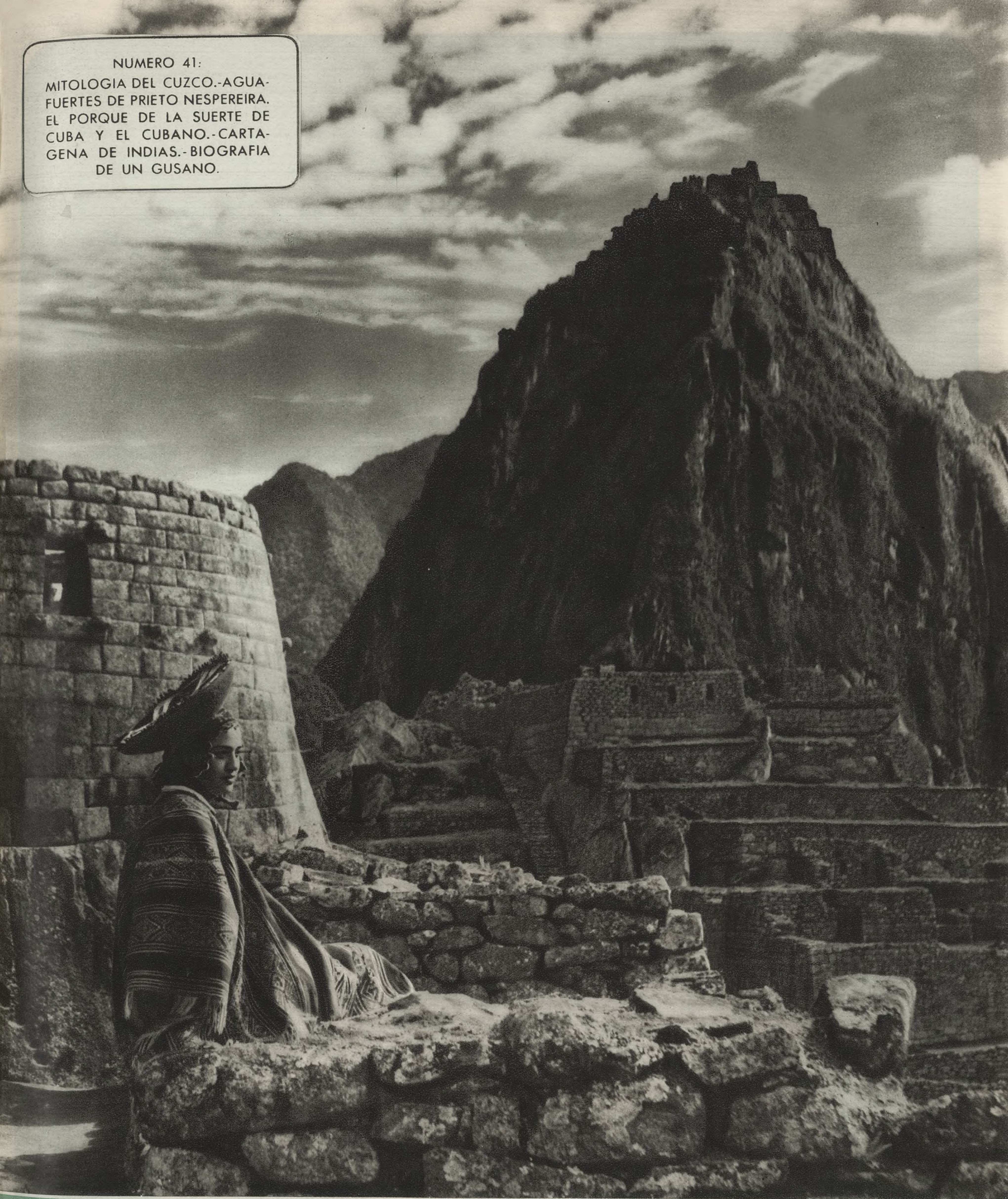


MVNDO HISPÁNICO



LA UNION Y EL FENIX DE CUBA

POR encima de las frondas retóricas que eran antes la vacía expresión de la atadura vincular hispanoamericana, y que cerraban, con un horizonte de artificio, la realidad, un nuevo acento vital señorea la soldadura y las relaciones de España con los países criados en su regazo.

En el campo de la cultura y de las interdependencias económicas los pueblos de América de nuestra lengua y la Madre Patria han replanteado sus nexos en un sentido de compenetración efectiva y operante y de segura fecundidad.

Este transbordo de la elocuencia a la eficiencia a cada paso cuaja en hechos señalados.

Uno de los últimos, y de la mayor resonancia, ha sido la instauración en La Habana de «La Unión y El Fénix de Cuba». El nombre de la flamante y ya poderosa Compañía aseguradora proclama su raíz de modo bien claro.

Efectivamente, «La Unión y El Fénix de Cuba» es, no una hija, sinó una hermana de la gran institución española, la primera que en América va a reproducir el victorioso ondeo de la bandera que representa el crédito firme, la historia brillante y la potencia inexpugnable de la institución española.

La inauguración reciente de «La Unión y El Fénix de Cuba» se perfiló con el resalte y la solemnidad de los acontecimientos positivos y trascendentales.

El cardenal Arteaga, primer Príncipe de la Iglesia de Cuba, le impartía, con la bendición, su beneplácito de patriota y de jerarca religioso. El Excmo. señor don Pablo de Garnica, presidente del Banco Español de Crédito, aportaba al acto inolvidable, con su presencia ilustre, no sólo la fuerte iluminación moral de su personalidad de hacendista y de culminante prestigio de las finanzas, sino también el testimonio directo, entusiasta y expreso, de la importancia que la institución matriz concedía al optimista y bien gestado nacimiento de una entidad a la que se le otorgaba, con plena y consciente fe, el nombre solariego.

Antes, don Luis Hermida, director de «La Unión y El Fénix Español», había estado en La Habana, y ello significó que el técnico consagrado, el hombre de magnífica experiencia y reputación ilimitada, había discernido al advenimiento de la Compañía cubana la importancia que tenía y las esperanzas que inspiraba.

El renombre y la solidez sumos del organismo español iban a repetirse en Cuba, último fruto desprendido del árbol castellano y que, por tal razón, conserva, más que ninguno, el aroma y el sabor del origen.

Al frente de esta empresa, saludada por todas las simpatías y escoltada por los más felices y unánimes augurios, fué colocado —no podía ser de otro modo— un hombre de maciza y ancha responsabilidad económica y social, y que está notoriamente ligado a las más nobles empresas, a todos los esfuerzos que se alimentan de inteligencia, de actividad, de pulcritud ética y de popularidad: don José Gasch.

Al abrigo de la profunda experiencia de la vigorosa entidad española, la pujanza cubana está ya levantando presión en forma ostensible, y «La Unión y El Fénix de Cuba» se proyecta, de salida, en el retablo de los negocios, no sólo como «el nuevo lazo» que era tópico inevitable en las exuberancias estrictamente verbales de la vieja costumbre, sino como robusto y airoso estribo del puente de confianza y seguridad que, por encima del mar, ha tendido una de las instituciones españolas de universal reputación y de inconmovible arraigo.

La rama prolonga, en lozanía y arrogancia, la firmeza del tronco, y por eso «La Unión y El Fénix de Cuba» viene a ser como un orgullo de familia en el que nos llamamos a la parte por lo que significa de alta satisfacción fraternal de armonía de bríos, de fructuosas perspectivas de futuro.



VISTA PARCIAL DE LAS OFICINAS DE «LA UNION Y EL FENIX» DE CUBA (HABANA)

MVNDO HISPÁNICO

LA REVISTA DE VEINTITRES PAISES
MEXICO-BUENOS AIRES-MADRID

PRESIDENTE DEL CONSEJO EDITORIAL:
ALFREDO SANCHEZ BELLA
DIRECTOR:
MANUEL JIMENEZ - QUILEZ
REDACTOR-JEFE:
MANUEL SUAREZ - CASO

NUM 41-AGOSTO 1951-AÑO IV-15 PESETAS

SUMARIO

Colaboración artística de Luis González y Daniel del Solar

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION:
MADRID - ALCALA GALIANO, 4 - TELEF. 23-05-26
APARTADO 245 - DIRECCION TELEGRAFICA: MVNISCO

EMPRESA DISTRIBUIDORA:
EDICIONES IBEROAMERICANAS (E. I. S. A.)
PIZARRO, 17 — MADRID

TIPOGRAFIA Y ENCUADERNACION, MARSIEGA, S. A. (MADRID * HUECOGRABADO, ARTE (BILBAO) * OFFSET, INDUSTRIA GRÁFICA VALVERDE, S. A. (SAN SEBASTIÁN)

los LECTORES tambien escriben

Buenos Aires, 1 de marzo de 1951.

Muy señor mío:
Hoy ha llegado a mis manos el número 31 de MVNDO HISPANICO y al leerlo detenidamente como acostumbro he encontrado tres erratas, no dudo fueron cometidas involuntariamente y para subsanar el error a continuación las detallo:

1.ª El nombre del fundador de la ciudad de Buenos Aires es Juan de Garay y no Blasco de Garay.

2.ª Las dos avenidas que figuran en las páginas 20 y 21 son diferentes: la de arriba es una vista nocturna de la Avenida de Mayo y la de abajo, una vista diurna de la Avenida 9 de Julio.

3.ª Mi nombre y apellido correcto es Enrique Lamas Alvarez y no Samas, como publicaron en mi carta, que está reproducida en el número 31 del mes de octubre en la sección «Los lectores también escriben».

4.ª De la página 20 extraje la palabra «River Plata». Esta palabra es, en inglés, River Plate, y en castellano significa Río de la Plata. Esto ustedes ya lo saben, pero... lo importante es que se equivocaron.

Sin más nada que comunicarle por el momento, queda suyo afmo. amigo y atento s. s.,

Enrique Lamas Alvarez

Bueno. Lo de Juan de Garay y Blasco de Garay—uno, fundador de Buenos Aires: el otro, inventor español—ya fué aclarado. Lo de las avenidas, también. En lo de «River Plate» le toca a usted el premio en esta competición que han entablado nuestros lectores entre sí y MVNDO HISPANICO con sus lectores.

Madrid, 12 de febrero de 1951

Muy señor mío:
En el último número de su revista leo la carta del frustrado suscritor bonaerense sobre el arte pictórico—el de Picasso y sus satélites—que admiten ustedes algunas veces. Se me adelantó el desenfadado comunicante; porque me cosquilleaba el prurito de protestar de que se admitieran y ampararan y con ello se fomentaran esos... alardes en Revistas como la suya, que lleva por el mundo las glorias de la cultura española, donde por lo mismo ha de asistir, más aún que en la mesa de los gobernadores, *todo primor y toda atildadura.* Quédense las ollas podridas para los caricatos bufos, para *Codorniz*, donde caben mamarrachadas, como en el Carnaval de las destrozonas, en busca de la risa, que no es precisamente el goce estético. Los Boletines de Pedagogía y los libros de psiquiatría traen dibujos de niños analfabetos y de locos que en Dios y en mi ánima, ni por sus líneas los primeros ni por su composición los segundos, tienen que envidiar a esas manos pecadoras que se exhiben en *La Hora, Correo Literario, Cuadernos Hispanoamericanos, Presencia* (argentina), etcétera. Si a la grey estudiantil se la empuja por tales derroteros, se acabaron por larga temporada los Velázquez, Zurbarán, Greco, etc.

Es verdad que vivimos, como usted replica, en 1951. Igual pudo decir Fray Gerundio en el siglo XVIII, y buena obra fué que lo matara la pluma del P. Isla. Lo nuevo, por nuevo, no es ni bueno ni malo; más todavía: lo nuevo sin raíces en lo viejo quizás florezca merced al desequilibrio individual o colectivo, pero se agosta; porque el desequilibrio no es estado permanente de la humanidad. Se agostó el conceptismo a pesar de la poderosa savia de Góngora y Quevedo.

¿Que los años y la educación incapacitan para estimular y aun entender los rumbos de la juventud briosa y rebelde a trabas convencionales? Conformes; me confieso incapacitado para estimarlos y aun entenderlos. Pero es que la benevolencia más de abuela se encalabrina ante lo que de Horacio no han aprendido sino que *pictoribus atque poetis-quidlibet audendi semper fuit aequa potestas*, y dan por arte los engendros de pesadillas de que el vate romano se burla en pintores y poetas.

También las novedades asaltan el Parnaso; y se publican en revistas literarias trozos de este jaez:

Es hora de despojarnos,
de aceptar las cosas como son,
sin lamentarnos por tener que rasgar los
(disfraces que encubren nuestra forma.
La hora de arrancarnos la máscara
con la que desfiguramos la verdadera expre-
(sión de nuestro rostro.

¿No le parece a usted sistema inventado para ahorrar el roerse las uñas, modo tradicional de llamar la inspiración o a su Lazarillo el consonante o ritmo? Con meter la tijera en el Código de Comercio (pinto por modelo de prosa), cortar las líneas unas cortas, otras largas, sale un poema que lo echa usted a pelear con la Araucana y se queda sólo en el campo (por no abajarse Don Quijote a medir su lanza con el lacayo Tosilos). Cuesta ver en esa poesía la doncella hermosa y recatada que no quiere ser manoseada ni traída por las calles, con los demás arrequives con que la pintó el Ingenioso Hidalgo, y no zafia fregona, o, a lo más, sesuda ama de llaves. No asoma ni por resquicios el *est Deus in nobis.*

En conclusión, señor director. Perdone la lata y este discurso, que usted no necesita, de estética casera. Creo, y no me faltan motivos para ello, somos muchos los que desearíamos se suspendiera el mecenazgo implícito de ese arte, digámoslo así, que si en *La Codorniz* está en su casa, en MVNDO HISPANICO da la impresión de un carbonero que desde el camión repartidor se trasladase a una fiesta de gala; que ese empaque de cultura aristocrática tiene, para solaz de sus lectores, la revista de su digna dirección.

Quedo de usted afmo. s. s.,

Lorenzo Cepeda

Sospechamos que, para corresponder a nuestro comunicante, tendríamos que repetir algunas frases con que ya hemos contestado a otros lectores, en ocasiones distintas. Quizá tenga razón el señor Cepeda, sobre todo si reconocemos también que del Código de Comercio a cierta pintura fotográfica e iluminada—que tampoco tiene algo que ver con Zurbarán o el Greco—hay un largo trecho. Nos agrada de verdad su magnífico ímpetu celtibérico.

México, D. F. a 25 de marzo de 1951.

Muy señores míos:
Es difícil alabar una revista como MVNDO HISPANICO, en la que todas sus partes están bien dirigidas, con gusto, y con buena psicología de lo que debe interesar.

Me gustaría, y lo creo de interés, la publicación de uno o varios artículos sobre «gastronomía regional», dando recetas sobre los platillos populares, que han dado fama en el mundo entero a las regiones y a España, pudiéndose ampliar a los países hispanoamericanos, de los que se obtendrían, a no dudarlo, exquisitas recetas. Su revista une a veintirés países, a través del arte, historia, reportajes, etc... ¿Por qué no unirlos también por el paladar y estómago? La cocina española es conocida en el mundo, aunque casi siempre de oídas, o de referencias, pero la capacidad del estómago y el gusto del paladar español en todo el mundo, hay que mostrarlo con recetas.

Les podría asegurar que los números, en los que aparecieran dichos artículos y recetas, figurarían en muchas cocinas de América y también de España.

Sin otro particular más que desearles siga el éxito por siempre, les saluda atentamente,

Rafael López

Nos parece una buena idea, llegada cuando ya está cerrado el «Concurso de ideas». Sospechamos que han de ser los propios lectores de MVNDO HISPANICO, emplazados en los lugares más distantes de la gastronomía hispanoamericana, los encargados de mantener esta sección. Porque entre nuestros redactores hay quien sabe hacer la «caldereta», la «fabada» y el bacalao al «pill-pill», pero eso no basta. Cuando ustedes gusten.

Buenos Aires, marzo 15 de 1951.

De mi mayor consideración:
Aunque un poco atrasado (a tono, desde luego, con la recepción de MVNDO HISPANICO en ésta, pues acabo de adquirir el número correspondiente a octubre), el propósito de la presente es referirme al número que dedicaron a Galicia. Maravilloso el tema y maravillosa la exposición. Tuve ocasión de enseñarlo a alguno de mis compañeros de trabajo, gallegos, y no podían creer lo que veían en las fotos. Tan extraordinario les parecía que aquella su tierra, a la que siempre recordaban envuelta en su belleza de paisaje campesino, fuese la pujante y fabril, diríamos americanizada, que reflejaban las páginas de MVNDO HISPANICO.

Y yo, aunque me enorgullecía de ello como español, en el fondo sentía un poquito de reconcomio (¿está bien dicho?). Y ¿sabe por qué? Pues porque poco más o menos también de mi patria chica, la sin par Andalucía, por estos y otros barrios sólo se conoce la otra cara, la de las panderetas y los «colmaos» que proliferan, no sé si para bien o para mal, por estas tierras de Juan de Garay. Hablar de Andalucía en América es hablar de toros y gitanería. Inútil explicarles que el andaluz es tan trabajador como el que más, sufrido y paciente como el que más, y que si Dios Nuestro Señor nos ha dado buen carácter, ello ha sido por especial concesión, pero sin quitarnos la obligación de ganar el pan con el sudor de la frente. Y que si hay «colmaos» para los turistas, también tenemos a Peñarroya y Ríotinto, los molinos de aceite y las bodegas y muchísimos lugares donde la fábrica y el campo se dan la mano.

Por eso es por lo que MVNDO HISPANICO pondría otra pica en Flandes para bien de España y de los andaluces, dedicándonos otro número donde estas gentes de por aquí aprendieran a tener otra visión, no menos bella, pero distinta, de la que habitualmente tienen formada de nosotros.

Y para terminar, una sugerencia. ¿No piensan dedicarle unas páginas al Museo Galdeano, igual que lo hicieron con el Museo del Prado?

Sin más, se despide de usted su afectísimo s. s.,

Rafael Varela

Acaba de salir un número dedicado no a una Sevilla mecanizada y electrificada, porque como se ve por la reacción de «Oselito», en una de las historietas que van en el número, sería una herejía, pero sí a una Sevilla actual, íntima. De todas formas, Andalucía, al margen de los «colmados» y la gitanería, tendrá su número. Mas demos tiempo al tiempo.

ESTAFETA

Desean correspondencia:

Francisco Bruñuelas Arce, Capitán Alarcón, 2, Mérida (Badajoz), con muchachas hispanoamericanas de veintidós años.

Angel E. Fugueras, Batlle, núm. 30, Calella, Barcelona, con muchachas hispanoamericanas o europeas.

Jaime Marcos, Fernando de la Peña, 13, Salamanca, con jóvenes de uno y otro sexo, de dieciséis a dieciocho años, europeos o hispanoamericanos.

Claudio Martínez García, Capitán Barón, 8, Mérida (Badajoz), con jóvenes hispanoamericanas.

Ulrico German, Tobel (Suiza), con ingeniero o hacendado o industrial hispanoamericano o filipino, para cambio de impresiones sobre problemas técnicos, en español.

Miguel Angel González, Alfonso VIII, 28, bajo, Plasencia (Cáceres), con jóvenes hispanoamericanas.

Tina Clar, calle San Alonso, 36, 1.ª, Palma de Mallorca, pintora, con pintores hispanoamericanos, sobre pintura de vanguardia.

José Antonio Farfante Rodríguez, Plaza Domecq núm. 41, 1.ª, Jerez de la Frontera (Cádiz), con hispanoamericanas de dieciséis a dieciocho años.

Agustín Macías Figuereo, Magistral Cabrera, 3, 1.ª, Cádiz, con jóvenes hispanoamericanos de uno y otro sexo.

TABLONCILLO

El ilustre periodista y abogado don José María del Rey Caballero, nos ruega hagamos constar en relación al artículo publicado con su firma en el número 38 de esta revista, que no es autor de «muchos de los conceptos que se le atribuyen». El señor del Rey Caballero indica: «Observo que de mi trabajo se han respetado íntegramente pocas líneas y que, en cambio, se introdujeron tan notables alteraciones, que la mayoría del texto no me pertenece.» Tiene razón el señor del Rey Caballero. Quien conozca el funcionamiento interno de una publicación no se extrañará de que, ante la necesidad de adaptar la extensión del original al espacio que en la revista se le concede, la Redacción de MVNDO HISPÁNICO suprimiese algunas líneas del trabajo del señor del Rey. Asimismo, el redactor encargado de tal tarea efectuó algunas interpolaciones con el exclusivo propósito, como decimos, de adaptar el trabajo al espacio que se le había reservado. El señor del Rey Caballero, que ha sido director de un periódico diario y que está tan acostumbrado a las incidencias de la vida periodística, sabrá disculpar lo ocurrido. Con tal propósito le enviamos nuestra más sincera disculpa.

*

Una maravillosa reproducción de algunos de los más espléndidos documentos cartográficos sobre América aparecerá en el número de septiembre de MVNDO HISPÁNICO. En tal número aparecerá, asimismo, un reportaje gráfico sobre el cine católico, dos artículos de gran interés hispanoamericano, titulados «La Capital de Nueva España», «Así baila Bolivia» y el «fútbol de la R. O. del Uruguay» y una antología de caricaturas del dibujante «Kin».

Heráldica Hispanoamericana

POR DALMIRO DE LA VÁLGOMA

La antigua Orden de Carlos III como Institución Nobiliaria



Citada más de una vez, en esta Sección del MVNDO HISPANICO, la Orden de Carlos III como prenda de la hidalguía gozada por sus individuos, viene inquiriéndose aquí por varios consultantes, respecto a la índole de tal institución que en tiempos gozó de aquél carácter porque así lo dispusiera su egregio fundador, el borbónico monarca de dicho nombre.

Carlos III, en efecto, ya con el cetro de España, queriendo conmemorar el natalicio de su nieto primogénito Carlos-Clemente—vástago de los Príncipes de Asturias—, hubo de instituir el año de 1771 la Real y distinguida Orden de Carlos III «para dexar a la posteridad un permanente testimonio del gozo que el feliz nacimiento del Infante ha excitado en el real ánimo del Rey».

En las constituciones de la expresada Corporación—creada el 19 de septiembre de dicho año—, se ponía a ésta bajo el sumo patrocinio de María Santísima, en su Misterio de la Inmaculada Concepción, unánime y espontaneamente aceptado por todo el país, mucho antes de su dogmática declaración en Roma.

Para mayor realce de tal Orden, el Monarca determinaba su frecuente incompatibilidad con otras instituciones parejas, excluyéndose, no obstante, de ella al Soberano, a los Infantes y a otros regios personajes.

Preceptuaba el artículo 34 de sus Constituciones, que los agraciados con esta condecoración patentizase su «vida arreglada y buenas costumbres» y «su limpieza de sangre, y de sus padres, abuelos y bisabuelos paternos y maternos; y, finalmente, la nobleza de sangre, y no de privilegio, por la línea paterna, a lo menos, conforme a lo que requieren las Leyes de estos Reinos para gozar de ella».

Ulteriores «Instrucciones» determinaban que la probanza nobiliaria fuese extendida a entrambos abuelos del caballero, el cual, incontables veces, aducía igual testimonio de la hidalguía gozada por una y otra abuela («Y si quisiera, por propia satisfacción, justificar la nobleza de las otras líneas, podrá hacerlo de la propia conformidad»).

Semejantes disposiciones, todas, contaron con vigencia hasta 1847, en cuyo año un Real decreto de 26 de julio—aparecido en la «Gaceta de Madrid» del 2 de agosto—, excluía de tal Orden y de la de San Juan de Jerusalén, su nobílico carácter aludido, recobrado posteriormente por esta última, quedando la de Carlos III como mera condecoración civil, importantísima.

Suprimida por la segunda República—como por la primera—también su Excelencia el Jefe del Estado, Generalísimo Franco, ha restaurado esta Orden sólo discernida en señalados casos, singularmente para sus categorías máximas, de Collar y de Gran Cruz. Los Papas, en especial Clemente XVI—a la sazón reinante—, confirieron a tal institución gracias diversas, de espiritual alcance, habida cuenta, decía el Soberano Pontífice, de cómo profesaba «muy particular afecto al mismo Rey Don Carlos» y por estimar a la Orden «no sólo muy conforme a la piedad del Rey, sino también muy a propósito para fomentar el exercicio de las virtudes en la nobleza española». Entre ellas, poder decir misa en altar portátil y obtener indulgencia plenaria en determinadas circunstancias, estos sus caballeros, quienes estaban obligados a previstas devociones, especialmente consagradas a la Purísima.

El Archivo de la Orden, establecido inicialmente en el Palacio del Buen Retiro, fué traslado al Ministerio de Estado y de éste—en 1889—al Archivo Histórico Nacional, donde hoy se conserva, dentro de la llamada Sección de Estado. Cuentan ahí, pues, los procesos de pruebas nobiliarias de los antiguos caballeros. En ellos, como en los de las otras Ordenes españolas y de Malta—aquí en menor cifra—puede abastecer al curioso de auténtica información sobre linajes y heráldicas, gran parte de su expectación, muchas veces traída a nuestro consultorio de MVNDO HISPANICO.

A la citada Orden pertenecieron numerosos caballeros americanos—como puede apreciarse de algún estimabilísimo libro reciente, del notable investigador peruano Lohmann Villena—, sobre cuyos pechos la cruz de celestes símbolos—una Inmaculada—otorgaría nuevas pujanzas a su católico aliento, idéntico al que animaba a sus hermanos españoles de Orden, entonces—y ahora—regidos por el mismo acendrado principio aquél traído a buen recuerdo por don Cristóbal Suárez de Figueroa cuando escribía que «aunque la nobleza heredada parezca ser natural, ninguna puede hallarse sin virtud y sin que obligue a imitación...».

D. S.—Buenos Aires.—Quisiera conocer, escuetamente, la genealogía paterna de don Juan Antonio de Saráchaga, individuo del Santo Oficio, cuyas pruebas de ingreso en éste se hallan en el Archivo Histórico Nacional, de Madrid.

Dicho caballero rindió sus citadas probanzas para Familiar del Santo Oficio de la Inquisición de Lima el año de 1777, siendo aprobadas en el Consejo de 24 de noviembre del mismo año. Casado con Margarita de Albero, era a la sazón «Capitán de la segunda Compañía del Cuerpo de Forasteros» de Tucumán. Había recibido las aguas bautismales en la parroquia de San Miguel, de Zalla (Vizcaya), el 19 de julio de 1746, siendo legítimo hijo de Bartolomé de Saráchaga y de María de Alcedo, del expresado concejo. El abuelo paterno, don Manuel de Saráchaga, también de Zalla, era vástago legítimo de Diego de Saráchaga de Zaballasa y de Angela de Ibarra (A. H. N. Sec. de Inquisición. Leg. 1290, núm. 24). *(Pasa a la página siguiente.)*

Luis M. Gonzaga.—Madrid.—Desearía me indicasen dónde puede hallarse un pleito de hidalguía de cierto abuelo mío, cuya existencia me consta: que no está en la Real Chancillería de Valladolid, y que se resolvió en el concejo de Llanes en 1802, según copia de dicho litigio que estuvo en mi poder hace algún tiempo.

Siendo cosa procedente de Asturias entendería de ella la Real Audiencia de Oviedo, creada por Felipe V en 1717, cuyas resoluciones en materia de hidalguía tenían idéntico valor a las de la citada Real Chancillería—y de otros Tribunales análogos, valiendo como prueba ante las corporaciones nobiliarias. Por desdicha, aquel copioso Archivo ha sido destruído en los pródromos de nuestra guerra civil y cualquier posible referencia al pleito a que usted alude tendrá que ser hallada volviendo al municipio originario, en donde se impone que trate de encontrar todas las huellas de la expresada hidalguía.

Domingo Arias Cortés.—Palma de Mallorca.— Pretendo información sobre la heráldica del apellido Castillo.

Sin duda, no ha leído usted alguna precedente nota de esta misma Sección, en la cual se decía que era preciso, al tratar de fijar la posible heráldica de un apellido, concretar, cuando menos, la oriundez de éste, extremo no puntualizado en su consulta.



Hipólito Ruiz Arenas.—Lima.—Desearía saber cuál era el escudo de don Juan de Larrea, caballero del hábito de Alcántara, que fué Oydor de la Real Audiencia de Santa Fe.

Al verificarse las probanzas de dicho caballero para el ingreso en esa Orden, el año de 1671, reconocen los informantes la casa solar del apellido, sita en Castro-Urdiales y su calle de Ardigales, con cierto blasón único, que describen así: «Una águila coronada y un castillo y unos jaqueles cuadrados que todos hazen forma de axedrez», de colores que no aprecian aquéllos en la piedra de cantería en que se halla labrado el blasón de referencia, cuya verdadera descripción es: escudo cortado, 1.ª de azur, castillo de plata; medio partido de oro con siete jaqueles de gules y 2.ª de plata, el aguila esployada de sable (Archivo Histórico Nacional. Sec. de 00. mm. Alcántara. Exp. número 786, fol. 57).—El Apellido de Larrea le correspondía a don Juan por su progenitora.

L. O. M.—México.—Quisiera saber noticias de un mayorazgo fundado en el siglo XVIII por don Fernando Valenzuela y su esposa doña María Ambrosia de Ucedo.

La ilustración que desea puede usted hallarla en el Archivo Histórico Nacional de Madrid (Sección de Consejos; Ejecutorias 1435 y 1437, Legajo 37.642), a cuyo Centro cabe que se dirija en solicitud de más amplia información, imposible de facilitarse en esta nota, de forzosa brevedad. Dicho Mayorazgo fué instituído con fecha de 13 de agosto de 1699, figurando en el citado legajo, entre otros documentos, el testamento del propio don Fernando de Valenzuela otorgado en Méjico el 10 de noviembre de 1691.

Juan de Noriega.—S.—Desearía saber noticias referentes al señorío de Lemale.

En el Archivo General de Simancas existen datos relacionados con el señorío de LIMALE, elevado a baronía en 12 de junio de 1633, a favor de don Tomás López de Ulloa (Secretaría de Estado. Documentos de Flandes) Vid. «Catálogo III» de dicha Secretaría por Julián Paz (Madrid, 1946), pág. 363.

J. de R. O.—Barcelona.—Desearía conocer la fecha de nacimiento y nombre de los padres y abuelos, así como su naturaleza, del caballero de Santiago o de Alcántara don Salvador Moxó.

Este caballero—caballero de la Orden de Alcántara—nació en el Puerto de Santa María el 27 de abril de 1777, bautizándosele el 30 del propio mes, con los nombres de Salvador, Mariano, José, Joaquín, de los Milagros, Miguel, Francisco de Paula, Rafael, Luis Gonzaga, Pedro. Era hijo legítimo de don Rafael de Moxó y Morato, Teniente Coronel de Dragones y de doña María Manuela Quadrado, casados en la citada localidad gaditana el 20 de julio de 1776. El progenitor, natural de Mataró (Barcelona) y la madre hermana del marino de Guerra don Miguel Quadrado. (A. H. N., Sec. de Ordenes ministeriales de Alcántara, Exp. núm. 85, moderno, del año 1816; fols. 9 v y sigs.)



GULES AZUR SABLE SINOPLE PÚRPURA PLATA ORO

Heráldica Hispanoamericana

CUPON

PARA EL CONSULTORIO

A partir de 1.° de septiembre próximo, toda consulta relacionada con esta sección — "Heráldica Hispanoamericana" — ha de venir acompañada de dos cupones. No es necesario que estos dos cupones pertenezcan a número distinto. Basta con que sean dos cupones, aunque correspondan a un mismo número de MVNDO HISPANICO. Será desatendida toda consulta que no reúna estas condiciones. La correspondencia ha de dirigirse exclusivamente a:

MVNDO HISPANICO. — (Consultorio de Heráldica Hispanoamericana).— Apartado de Correos 245. — Madrid) (España).

INVITACION A LA LITERATURA

PREMIO «SIMON I. PATIÑO» A LA CULTURA BOLIVIANA. 1951

De acuerdo al Reglamento vigente para la concesión del Premio a la Cultura Boliviana «Simón I. Patiño», la Fundación Universitaria, ha acordado destinar el próximo premio anual, al estímulo de las letras nacionales.

Por consiguiente, convoca a los escritores bolivianos, residentes en el país o en el extranjero, a un concurso sobre las siguientes bases:

1.ª Las obras sometidas al concurso podrán versar sobre cualquiera de los siguientes géneros: novela, ensayo, cuento, teatro, poesía, biografía o historia.

2.ª Deberán, en todo caso, ser de tema o ambiente nacionales y tener la amplitud y estructura indispensables para su publicación en forma de libro.

3.ª Las obras deberán ser de carácter rigurosamente inédito.

4.ª Las obras serán presentadas en la Secretaría de la Fundación Universitaria «Simón I. Patiño», Comercio 578 o casilla 1265 La Paz, hasta horas dieciocho del día 31 de marzo de 1952, suscritas con pseudónimo; el nombre del autor constará en un sobre cerrado. La entrega del premio se efectuará el 1 de junio.

5.ª La Fundación se reserva, de acuerdo al veredicto del Jurado, la facultad de declarar, en su caso, desierto el concurso.

6.ª En cumplimiento del Reglamento, el premio será asignado con el producto que corresponde a las rentas acumuladas, en el período de un año, del capital constitutivo de 50.000 dólares (U. S., más o menos en mil dólares americanos).

7.ª El Jurado será organizado por la Fundación Universitaria de conformidad al mismo Reglamento.

8.ª Detalles e informaciones en la Secretaría General.

PREMIO «FRANCISCO CODERA»

BASES:

1.ª La Institución «Fernando el Católico» convoca para 1951 el Premio «Francisco Codera», dedicado a la mejor monografía que se presente y trate algunos de los aspectos de la cultura árabe y Aragón.—2.ª El premio será de 4.000 pesetas.—3.ª Las monografías presentadas deberán ser originales e inéditas.—4.ª Las monografías se presentarán escritas a máquina, en papel folio, por una sola cara, a doble espacio, convenientemente encuadernadas y designadas por un lema. El nombre del autor se consignará en sobre cerrado no transparente, lacrado sin marca especial, y en cuyo exterior figure el lema.—5.ª Las obras se presentarán en la Secretaría de la Institución «Fernando el Católico» (Isaac Peral, 3, 1.ª, Zaragoza) antes de las doce horas del día 31 de diciembre de 1951.—6.ª El Consejo de la Institución «Fernando el Católico» nombrará el Tribunal encargado de fallar este Concurso.—7.ª El trabajo quedará propiedad de la Institución «Fernando el Católico», que podrá editarlo si así lo cree conveniente.—8.ª Los trabajos no premiados podrán ser retirados de la Institución durante los seis meses siguientes a la publicación del fallo, previa identificación de la personalidad; pasado este plazo quedarán en propiedad de la Institución.—9.ª El hecho de tomar parte en este Concurso significa la aceptación de las presentes bases y del fallo que el Tribunal dicte.

CONCURSO DE ARTICULOS SOBRE CINE

La Junta Nacional de la Acción Católica Española, dadas las posibilidades y trascendencia de este gran fenómeno social moderno como vehículo de ideas e instrumento de educación y cultura, como elemento de formación y perfección espiritual, como poderoso medio de propaganda y como diversión popular, y en su afán de lograr un criterio recto sobre el cine y subrayar la responsabilidad de los profesionales de este arte como educadores, así como la gran trascendencia de su vocación, convoca entre los escritores nacionales un concurso de artículos con arreglo a las siguientes bases:

Primera.—Se fija como tema del concurso el de «Cine, sí, pero al servicio del bien».

Segunda.—Los artículos deberán ser publicados en diarios o revistas periódicas españolas de circulación nacional, desde la aparición de las presentes bases hasta el día 1 de septiembre de 1951.

Tercera.—Los periódicos o revistas en los que se inserten los trabajos que se presenten a este concurso, se enviarán por triplicado al Secretariado de Espectáculos de la Junta Técnica Nacional de la Acción Católica Española (Cuesta de Santo Domingo, número 5, Madrid), antes del día 10 de septiembre de 1951.

Cuarta.—No se limita el número de trabajos que pueden presentarse por cada autor.

Quinta.—Se concederán los siguientes premios: Primer premio: 5.000 pesetas. Segundo premio: 3.000 pesetas. Tercer premio: 1.000 pesetas.

Sexta.—El Jurado calificador estará compuesto por:

Presidente: un Delegado de la Comisión Episcopal de Ortodoxia y Moralidad.

Vocales: un representante de cada una de las siguientes instituciones y organismos: Junta Nacional de la Acción Católica Española; Confederación Católica Nacional de Padres de Familia; Confederación Católica Nacional de Congregaciones Marianas; Junta Nacional de Prensa Católica; Dirección General de Cinematografía y Teatro; Círculo de Escritores Cinematográficos.

Secretario: el Director del Secretariado de Espectáculos de la Junta Nacional de la Acción Católica Española.

Séptima.—El concurso podrá ser declarado desierto, en parte o totalmente, si los trabajos presentados no reúnen, a juicio del Jurado, méritos suficientes para ser premiados.

Octava.—El fallo del Jurado y la fecha del reparto de premios se harán públicos en el mes de octubre.

PREMIO «ADONAIS» DE POESIA

Se convoca el Premio «Adonais» de poesía de 1951 para jóvenes españoles e hispanoamericanos, con arreglo a las siguientes bases:

1.ª Podrán concurrir a este Premio los poetas españoles e hispanoamericanos a excepción de aquellos que ya lo hayan obtenido en años anteriores.—2.ª En esta convocatoria se otorgarán un Premio de 3.000 pesetas y dos accésits de 1.000 pesetas cada uno a los tres libros inéditos que sean merecedores de ello a juicio del Jurado.—3.ª La composición de éste se dará a conocer al publicarse el fallo.—4.ª Cada poeta sólo podrá presentar un original, que ha de ser inédito. La extensión de los originales deberá ser aproximadamente la que corresponde a los volúmenes de la colección «Adonais», que suelen tener como máximo 100 páginas en octavo menor.—5.ª Los originales se presentarán por duplicado, escritos a máquina, haciendo constar en ellos el nombre y domicilio del autor. Deben ser enviados antes del 31 de agosto próximo a nombre del Director de la Colección, y a la dirección de la casa editora de «Adonais», Ediciones Rialp, S. A., Preciados 35, Madrid, indicando en el sobre: «Para el Premio Adonais de Poesía».—6.ª La Colección «Adonais» se reserva el derecho de publicar la primera edición de los libros premiados.—7.ª El Jurado emitirá su fallo dentro de los dos meses siguientes al día en que termina el plazo de admisión de los originales.—8.ª Esta convocatoria está patrocinada por el Instituto de Cultura Hispánica.

Al pie del maravilloso alcázar de Segovia, el Capítulo de Castilla y León de la Orden Soberana de Malta, va a recibir la Santa Reliquia del Lignum Crucis, que retorna por un día, de su sede actual en la parroquia de Zamarramala, al templo siete veces centenario, que de ella recibió nombre, para ser adorada y venerada en la entrega. Después del Caballero que, con la espada con que un día fué armado, da guardia de honor al estandarte bendito, el Baylío Presidente de la Lengua de España, Infante don Fernando María de Baviera y Borbón, precede a los Caballeros de mayor a menor. Debe besar el primero y en nombre de todos, la Cruz Santa, justamente en la raya divisoria de ambos concejos. El viejo ceremonial del Capítulo no se interrumpió nunca, es el exponente de su continuidad en los siglos, dentro de su universalidad.

LA ORDEN DE MALTA RECUPERA UN TEMPLO

Un convento-fortaleza de los Templarios (del siglo XIII), al pie del Alcázar de Segovia, ha sido restaurado y devuelto por España a la Lengua de Castilla y León de la Orden Soberana de San Juan de Malta.



Los Caballeros de la Soberana Orden salen del convento de Carmelitas de Segovia, que les sirvió de Sala Capitular, camino de su templo de la Vera Cruz, que el Gobierno español devuelve a la Orden para su nueva custodia, conservación, patronato y culto.



Jerusalén 1099, Rodas 1310, Malta 1530, tres soberanias de la Orden en la sucesión de los siglos, tres nombres de gloria universal, testimonios eternos de sus servicios a la Cristiandad, en la historia de los pueblos. Glorias que cimentaron su carácter de soberana, que hoy el Mundo reconoce y la comunidad de los pueblos respeta y mantiene.

La Cruz blanca octógona simboliza las Bienaventuranzas sobre el estandarte gules (rojo), que representa la sangre de sus caballeros vertida en defensa de la Fe, por mar y tierra. Soberana en Jerusalén sobre sus hospitales; hospitalaria y reina en Rodas y luego en Malta. Soberana del Mediterráneo. Magnífica e inolvidable en Lepanto.



Caballeros revestidos con el negro hábito secular, forrado y con vueltas blancas, de larga cola y gola filipina; sobre su pecho la Cruz blanca octógona de las ocho bienaventuranzas, que les servirá un día de mortaja, tocados de negra boina de terciopelo cubierta de la cruz y blanca pluma, en el convento de Carmelitas de Segovia, que les sirvió de Sala Capitular, antes de salir para la ceremonia a que dió lugar la entrega del templo de la Vera Cruz, en Segovia.

CEREMONIAS MEDIEVALES EN EL SIGLO XX

POR

EL MARQUES DE CIADONCHA



En el maravilloso marco de la castellana ciudad de Segovia, se conserva, como reliquia preciosa del pasado medioeval, una joya arquitectónica: el templo de la Vera Cruz.

Convento - fortaleza de los Templarios, edificado hacia el año 1245, situado en una eminencia del terreno, al pie del bellísimo Alcázar, fué estratégico bastión para la defensa de la ciudad. Su estilo responde al de la iglesia del Santo Sepulcro y es considerado, universalmente, como uno de los mejores del Temple.

Edificio de maravillosa sencillez y elegancia de estilo, tiene tres ábsides, con torreones circulares y cuerpo central exagonal. El deambulatorio, de perímetro dodecagonal, va en torno a otro edificio de análoga forma, con dos pisos. Como fortaleza cuenta con saeteras abiertas en sus muros, que en



El Infante Baylío, que preside tan dignamente la Lengua de España, en su sitial al lado del Evangelio, dándole guardia un macero de la Excma. Diputación segoviana. Más abajo el Barón de Guariglia, que representa la Soberanía de la Orden, cerca del Gobierno del Generalísimo, en nombre de S. A. el Príncipe Luis Chigi della Rovere Albani, Gran Maestre de la Orden de Malta.

su tiempo estaban rodeados de amplio foso. Los adornos de la fábrica tienen marcada influencia oriental y sus bóvedas son de crucería cordobesa.

Se llama de la Vera Cruz porque guardaba el trozo más grande del brazo derecho de la Cruz del Redentor, que el papa Honorio III donó a los Templarios, el 12 de mayo de 1224, para que ante tan gloriosa reliquia prestasen juramento de fidelidad al ingresar en la Orden. Su dimensión es como de pulgada y media, y se halla colocado en una cruz de plata, sobredorada de estilo gótico, adornada con perlas, regalo del mismo Pontífice.

A la disolución de los Templarios, este convento fué entregado a la Orden de San Juan de Malta, que, considerando la importancia de la reliquia y del templo, la erigió en Encomienda-Priorato.

Con la desgraciada desamortización del pasado siglo, la bella iglesia, en mal estado de conservación, dejó de servir para el culto y la Santa Reliquia se llevó al templo parroquial de Zamarramala (lugar más próximo a la Vera Cruz), de patronato y provisión de la Orden de San Juan, donde se guarda hoy con gran veneración.

En 1919, el Rey don Alfonso XIII logró salvar aquellas maravillosas piedras que contemplaron siete centurias, declarándolo Monumento Nacional. Y, recientemente, el Gobierno del Generalísimo Franco, en su labor magnífica e incesante de restaurar los mejores templos de nuestra Historia, procedió con generosidad y acierto a restaurar el convento-fortaleza de los Templarios, bajo la competentísima dirección del arquitecto señor Cabello y del restaurador del Museo del Prado, señor Prieto, descubriendo toda su belleza anterior arquitectónica, y volviendo a la luz las primitivas pinturas curiosísimas y artísticas del siglo XV. Se descubrió el altar mayor con sus ventanales de alabastro. Sobre la sencilla mesa del divino sacrificio se ha colocado un Santo Cristo del siglo XIV. El viejo retablo gótico que cubría el altar mayor, está hoy restaurado por la Orden, en el lado de la Epístola. Gracias a ello, puede contemplarse en toda su pureza de estilo el más bello convento de los Templarios, en la ciudad de Segovia.

El Gobierno español, con su acertado criterio de confiar el cuidado y conservación de los templos restaurados a las mismas Ordenes que los tuvieron durante siglos, acordó entregarlo a la Lengua de Castilla y León de la Orden Soberana de San Juan de Malta.

Y con ocasión de la entrega del templo por el Ministerio de Educación Nacional a la Orden de Malta, el 31 de mayo último, la vieja ciudad de Segovia revivió con rara solemnidad bellísimas páginas del pasado. A las once de la mañana salía del templo prioral de Zamarramala una típica procesión. El Cura Párroco llevaba en sus manos y bajo palio la Sagrada Reliquia, precedido del estandarte y guión parroquial, Cruz alzada entre ciriales. Daban guardia de honor los alabarderos de Zamarramala, que antiguamente custodiaban el Alcázar; y las varas del palio eran portadas por los más ancianos, según tradición. *(Pasa a la página siguiente.)*

Los Caballeros en sus sitiales, formando Capítulo, asisten a la primera Misa en el templo restaurado. Recuerdan con su colocación, a los brazos del Reino, en nuestras Cortes seculares de Castilla y León o concilios toledanos. Los Caballeros oraron como en los viejos tiempos, con el mismo espíritu e idéntico ceremonial. La historia casi milenaria de la Orden, no se interrumpió nunca.



El maravilloso templo medieval—iglesia de la Vera Cruz, de Segovia (en el círculo)—recuerda con su magnífica situación estratégica su misión defensiva, frente a posibles ataques. Los caminos serpenteantes nos hablan de rutas de conquista y peregrinación, a través de la Castilla inmortal. La «foto» recoge un momento de la llegada al templo de los Caballeros de la Orden de Malta, a quien ha sido devuelto, una vez restaurado, por el Gobierno español. Las ceremonias de la entrega revivieron en la iglesia de la Vera Cruz—que fué el más bello convento de los Templarios— los viejos ceremoniales de otros tiempos. En esta iglesia se da culto a una preciosísima reliquia, de la que recibe nombre: el trozo mayor del brazo derecho de la Cruz en que murió Cristo.

El convento-fortaleza de la Vera Cruz, con su inmensa antigüedad, contrasta con los modernos medios actuales de transporte. Tras su entrega a la Orden de Malta, el convento-fortaleza con el mayor trozo del Leño Santo y la mejor iglesia de los Templarios, será desde hoy motivo magnífico de constante peregrinación.

Casi simultáneamente salían del convento de Carmelitas de Segovia los Caballeros de Malta, revestidos de sus negros mantos, forrados y con vueltas blancas; al pecho la blanca cruz octógona, símbolo de las Bienaventuranzas; cuellos de gola filipeña con borlas negras pendientes, símbolo de las cuerdas con que fué atado y azotado el Divino Redentor; tocados de boínas de terciopelo negro, cubiertas de la Cruz y pluma blanca amazona al rededor.

Avanzaron lentamente, precedidos del rojo estandarte de la Orden, custodiado por dos Caballeros con espada desnuda. El Capítulo, de mayor a menor antigüedad de los caballeros, era encabezado por su Baylío, el Infante don Fernando de Baviera y Borbón, presidente de la Lengua de España, seguido de sus hijos, los infantes don Luis María y don José Eugenio de Baviera y Borbón y de los Grandes Cruces Duque de Hernani, vicepresidente, y Condes de Vallellano y de Guendulain, con más de cincuenta Caballeros de Honor y Devoción.

Al llegar al límite de jurisdicciones de Segovia y Zamarramala, los Caballeros, de rodillas en el camino, recibieron la Santa Reliquia, que llegaba en aquel instante, a la que dieron guardia de honor recorriendo el camino hasta el templo de la Vera Cruz, del que tomaba posesión la Orden. Con el Baylío Infante que recibía el Patronato de la iglesia por la Orden Soberana presidió la procesión el Marqués de Lozoya, director general de Bellas Artes, que hacía entrega de la iglesia restaurada, en nombre y por delegación del ministro español de Educación Nacional.

Una vez en el templo medieval, tomó asiento en el altar mayor el Nuncio de Su Santidad, Monseñor Cicognani y a su lado el Obispo de la Diócesis. En la presidencia, en el lado del Evangelio, el infante don Fernando, en el sitial correspondiente a su alta dignidad personal y de la Orden, dándole guardia de honor un macero de la Excma. Diputación de Segovia, con su tradicional investidura. Frente a él, en el lado de la Epístola, el Marqués de Lozoya, por su alta representación. Más atrás del Infante, el embajador de la Orden Soberana de Malta, Barón de Guariglia, con el consejero señor Huarte de Jáuregui. Y en los bancos, afrontados y paralelos, los Caballeros de la Orden recordaban en vieja estampa lo que debieron ser los viejos Concilios toledanos o las Cortes castellanas y aragonesas con sus brazos. En escaños próximos, el cuerpo de Damas de la Orden, con sus clásicas mantillas.

El ceremonial tradicional fué revivido: al Evangelio, dos Caballeros, con espadas desnudas, defendían simbólicamente la verdad de su contenido; en el Lavatorio otros dos prestaban su servicio de altar; desde la Consagración, cuatro con hachas encendidas, rendían honor, y al alzar, a un golpe del Maestro de Ceremonias, todos se postraban. Después de la Santa Misa, el Nuncio Apostólico dió a besar la Vera Cruz al Capítulo y Autoridades.

Una magnífica capilla de música y voces, situada en la torreta central del curioso edificio, interpretó la Misa solemne.

En fecha tan memorable para la historia de la Orden, los muros del edificio restaurado, vibraron nuevamente al reanudar su vida al servicio de Dios y de la Orden.



En el momento de alzar la Sagrada Forma, los Caballeros malteses se postran con su viejo ceremonial reverente. En su templo de la Vera Cruz había un silencio impresionante. Se veneraba en el más solemne momento, el Misterio de la Pasión de Cristo, ante el trozo de madera, que daba fe de su Verdad eterna.

MITOLOGIA Y TEOLOGIA DEL CUZCO Y SU CATEDRAL

POR GUILLERMO ARNAIZ DE PAZ

Toda historia arraiga en la mitología, toda mitología florece en la historia, reverenciemos a la solemne historia sin desdeñar la alada mitología que es el poema de la historia.



CRUZ DE CRISTO EN LAS CUMBRES DEL TAHUANTINSUYU.

De los mitos fundacionales, pocos tan bellos como éste del Cuzco, la ciudad dos veces imperial, del imperio heliolátrico de los Incas y del católico imperio de España.

Manco Capac y Mama Ocllo, hijos del dios «Inti», el sol, nacidos entre los «totorales» del excelso Titicaca —espejo astral de los Andes—parten un día en busca de paraje propicio para capital de su imperio solar. Marchan hacia el norte por los abruptos roquedales andinos, reino del cóndor solitario; bordean abismos vertiginosos y altos cerros en que el oro y la plata afloran reflejos mágicos; cruzan «punas» yermas donde campan sedosas vicuñas y alpacas gráciles; andan, andan a lo largo de cumbres nevadas, atalaya de su señorío: selvas fluviales al oriente, quebradas y desiertos a occidente que declinan hasta las remotas fronteras de los mares. Por las próbidas riberas del sagrado Vilcanota, donde indios pastores tañen en «quenas» de hueso «huaynos» de melancolía; cateando el suelo con su cetro de oro en busca de tierra honda y nutricia donde aposentar sus gentes y rebaños de llamas, llegan al cerro Huanacauti; allí el áureo cetro se hunde hasta el puño en el regazo caliente, humífero y fértil y desde allí convocan a los «ayllus» agrícolas y pastoriles a fundar el Cuzco, «el ombligo del mundo», de donde parten los cuatro caminos, a los cuatro vientos, por las cuatro regiones del Tahuantinsuyu, Imperio del Sol: Chinchaisuyu al norte, Collaisuyu al sur, Antisuyu al oriente y Contisuyu al occidente. Manco es su primer «Inca» o rey y Ocllo su primera «Colla» o reina.

Tal es el mito, eco de la misteriosa voz sideral, telúrica y genésica con que el sol fecundador y la tierra matriz llaman desde los tiempos primeros a la errátil grey humana.

A los comienzos del siglo XVI, el Cuzco es la opu-



EL BARROCO ADQUIERE TODA SU POMPA EN LAS TALLAS DEL TRASCORO.



NUDO DEL CORDON DE BALUARTES QUE CIÑEN LAS CUMBRES MACHUPICHU.

lenta metrópoli de un inmenso imperio que se extiende, casi de mar a mar, a lo largo de la columna vertebral de los Andes: «otra Roma», «tan grande y hermosa que sería digna de verse en España», «con calles muy derechas y empinadas, y por medio de cada una de ellas, un caño de agua revestido de piedras», dicen los cronistas. En torno a su gran plaza se levantan templos, palacios y recintos de sillares labrados a maravilla y encajados sin argamasa con geométrico primor: el «Coricancha», templo del sol, con sus adoratorios de la luna, las estrellas, el arco iris, el rayo y el trueno, de la teogonía incaica; los alcázares fastuosos de los emperadores; el «Ajllahuasi», de las «ñustas», vírgenes para el servicio del sol y del señor; el «Llachaimasi», universidad de los sabios «amautas», depositarios y traductores de los misteriosos «quipus», flecos de colores con nudos jeroglíficos; el «Sunturhuasi», capitolio de las celebraciones...; con fabulosos exornos litúrgicos, vajillas, aderezos y miniaturas de metales preciosos; como el gran disco de oro que refleja el sol del amanecer «iluminando el Coricancha como una fragua» (H. Velarde). Luego se extiende el caserío de, acaso, doscientos mil vasallos.

En la cumbre del cerro, defendiendo la ciudad, yérguese la mitológica fortaleza de Sacsahuaman —«donde come el cóndor», o quizá mejor, «la cabeza sagrada»—, construído con enormes megalitos de andesita traídos de no se sabe dónde, ni cuándo, ni cómo, a través de montes y ríos, en colosal esfuerzo multitudinario; nudo de un cordón de fortalezas que ciñe las cumbres desde el misterioso Machupichu, Walhalla andino, ciudadela perdida durante siglos entre el boscaje, que se eleva en prodigiosa andenería desde las aguas del «río sagrado» hasta el ingente Intihuahuatana, «amarradero del sol».

*

Por encima de ciudad y fortalezas se cierne la tragedia de otro mito:

Huiracocha, el dios blanco y barbudo de alba veste, aparecido al hijo de Yahuar-Huaca, «el que llora sangre», le hizo una tremenda profecía: Hombres blancos y barbudos como él, señores del rayo y el trueno, llegarían un día por el lado del mar trayendo en las manos el propio dios Inti. Y la profecía se cumple: por el lado del mar llegan los barbudos y blancos españoles—«viracochas» les llaman los indios—con armas que fulgen y truenan, y ¡sus sacerdotes traen en las manos el sol divino de la sagrada Hostia! El mito acaba y nace la historia; una historia que sobrepuja a la mitología.

Los «viracochas» son la guerra y la conquista que, cómo toda conquista y guerra, demuelen templos y palacios; y sobre los cimientos, con las mismas piedras, levantan sus templos solemnes y palacios blasonados los conquistadores. ¡Aciago sino de las culturas, edificar sobre ruinas! Con la mitológica andesita de Sacsahuaman construyen la catedral teológica, la iglesia que conmemora «El Triunfo»—así se llama— y la de «Nuestra Señora», allí mismo aparecida prodigiosamente a los guerreros cristianos; sobre el astrolátrico Coricancha levantan el monasterio de Santo Domingo; sobre el Amarucancha el templo de la «Compañía»...

Nueva sangre y cultura nueva se infunde en la cultura y sangre autóctonas; los caballeros españoles con las «ñustas» del sol generan los primeros linajes mestizos; la Cruz de Cristo, signo sublime de la redención, de la unidad y dignidad de la especie humana, se eleva señera y teologal en las cumbres del imperio heliolátrico del Tahuantinsuyu.

*

La monumental ciudad hispánica y las venerables ruinas del Incario hacen hoy del Cuzco «la Capital Arqueológica de Sudamérica», y la catedral es su más ínclito ejemplar, «el templo más prestigioso de América del Sur». En ella se concertaron las mejores gracias de la milenaria cultura española: teología y liturgia, sapiencia y elocuencia, arquitectura, pintura y escultura, música y canto, con todas las artes menores de la ornamentación.

Francisco Becerra, «el más ilustre arquitecto que pasara de España al Orbe Nuevo», venido de Méjico y Quito de construir catedrales, que proyectara también la de Lima; hijo de arquitecto, nieto del que fuera maestro mayor de la de Toledo, es probablemente quien traza los planos, al estilo de Siloe y Valdelvira, de las de Jaén y Málaga, del mejor renacimiento carlino. Veramendi, Chávez de Arellano, Correa, Cárdenas, Toledano, de la Coba... continúan la obra que se prolonga más de un siglo y remata Diego Arias de la Cerda. En 1538, Paulo III, a petición de Carlos V, confiere dignidad catedralicia al templo provisional; en 1560 pónese la primera piedra del definitivo; en 1572 manda el virrey Toledo «que se haga suntuoso, de tres naves y capilla mayor con bóveda y coro»; en 1647 las tres inmensas naves, crucero, sacristía y coro «están a toda su altura», trabájase en los osados arcos y se dispone el cierre de las temibles bóvedas que resistirán indemnes el devastador terremoto de 1650. El barroco, balbuciente todavía en las altivas torres, en la espléndida fachada e imafronte, adquiere toda su exuberancia y belleza en el interior del templo.

Tres anchurosas naves longitudinales, con dos más de capillas y ocho transversales, componen la planta rectangular de tipo procesional; catorce pilares unidos por arcos sostienen las bóvedas de góticas nervaduras; el coro, én fin, frente al altar mayor, integran el templo. Mide la imponente fábrica 86 metros de longitud, 46 de anchura, casi 17 de altura, sin contar las torres, con las torres más de 34 y 3.579 metros cuadrados de superficie total.

El altar mayor, de plata repujada; la custodia, monumental, de más de un metro de altura, finamente cincelada en oro y cuajada de piedras preciosas, de inmenso valor; los retablos y tallas doradas del trascoro; el púlpito y el coro, de soberbia labra, y las forjas floridas; un Cristo atribuído a Van Dyck, copia acaso pero de excelente factura, y otro en bulto llamado «de los temblores», regalo de Carlos V, entre profusos y valiosos elementos de «enorme riqueza morfológica y ornamental», según Marco Dorta, completan el conjunto catedralicio. Es la apoteosis del mestizaje artístico en Sudamérica, paralelo del étnico. Allí la norma hispana de los maestros peninsulares, a través de los artífices españoles y criollos, mestizos e indígenas, alcanza ese rango que es la gloria y el esplendor de la cultura nueva.

*

«El Perú—dice su ilustre escritor V. García Calderón—está en el quinto día del génesis.» A diario se le convulsionan las entrañas y de vez en vez la convulsión se traduce en pavorosas catástrofes. En 1950, como en 1650, el terremoto ha asolado el Cuzco. Esta vez sí ha rajado las torres solemnes, removido los sillares y resentido la fábrica de la egregia catedral. La enorme campana «María-Angola», místico diapasón de la comarca, ha quedado muda...

Cuando el suelo del Cuzco temblaba aún y las gentes despavoridas clamaban por las calles duelo, la voz de España emitida desde Lima en una memorable alocución radial, fué el primer aliento de consuelo y esperanza que oyeron los cuzqueños. El Gobierno español tomó después a su cargo restaurar el templo símbolo de la cultura hispánica en América, y hoy, como hace cuatro siglos Becerra y Veramendi, el arquitecto hispano León Boyer, encargado de la delicada tarea, ha montado ya sus andamios junto a las ínclitas torres y, sobre las mitológicas piedras traídas antaño de Sacsahuaman y ungidas de cristiana teología, martillos y cinceles del Perú y de España vuelven a cantar la canción jubilosa de la fe, del arte y de la hermandad.







ORGANIZACIONES DE AMERICA

"El Encanto" de la Habana

QUISIERAMOS que no desapareciese la delicada anfibología del título, porque lo cierto es que la institución mercantil a que vamos a referirnos constituye uno de los rasgos exquisitos y atrayentes de la fisonomía y del espíritu de la ciudad. «El Encanto» es algo más, mucho más que un espléndido racimo de tiendas selectas coordinadas y reunidas bajo un nombre afamado que se extravasa de los límites insulares de Cuba. Es mucho más que un establecimiento acreditado y acrecido a través de muchos años y en donde, sobre la solera inicial de distinción y refinamiento, día a día florecen las infinitas maravillas del buen gusto, de la moda vigilante, de las creaciones universales suntuarias que van incitando y remudando las preferencias de las gentes.

«El Encanto» tiene calidades si no extrañas, sí superiores a las de los objetivos comerciales corrientes. Diríase que el mostrador propende allí a ennoblecerse con la serenidad de la mesa de la cátedra y con los finos ritos de un altar consagrado al inefable dios de la delicadeza.

Camino del siglo, «El Encanto» es un milagro de permanente juventud, y el tiempo, lejos de encallecerle, le añade primores como en el prodigio telúrico de las grutas donde se convierte en un ensueño cristalizado, en un machihembrado jardín de colgantes y columnas, el lento goteo de la edad.

Cuba ama su tienda favorita, o mejor su cautivadora antología de tiendas, no sólo por que en «El Encanto» encuentra siempre el desiderátum de elegancia, de riqueza o de novedad, sino porque ha comprendido que sobre el comprar con pericia y con estética y el vender con afabilidad, «El Encanto» se dilata hacia superiores ambiciones de prestigio nacional y de afinamiento colectivo.

Ahora mismo, «El Encanto» está realizando el portento de transformarse interiormente, de renovar radicalmente sus instalaciones con arreglo a los últimos cánones de la arquitectura, del confort y de la decoración sin alterar ni entorpecer en lo más mínimo su ritmo normal de principal establecimiento de un país. Con la naturalidad con que el árbol cambia su follaje, sin alterar su equilibrio vegetal, «El Encanto» se metamorfoseó sin interrumpir ni lastimar, por un instante el intenso y constante fluir de su inmensa clientela.

¿Puede una tienda, una deslumbradora colmena de tiendas, distinguirse por una línea puramente espiritual?

Este es el caso singular de «El Encanto». En una conjunción impecable el negocio se alía liberalmente con otras actividades que sólo en aquellas horas luminosas en que el comercio de las repúblicas italianas fué el combustible áureo del Renacimiento aparecieron.

«El Encanto» con su Premio «Justo de Lara»—meseta de consagración para la intelectualidad cubana—rotura y acredita un digno mecenazgo que ya echó hijuelos lozanos. Vigía de la cultura, cuidador del patriotismo y cronólogo de la Historia, «El Encanto» hace incesantemente de sus vidrieras camarines reverenciales donde las figuras ínclitas, las obras egregias, las fechas gloriosas, las conmemoraciones augustas y las faenas y propósitos de altura cultural, son recordadas o expresadas al público en alegorías y símbolos, en iconografía o en síntesis penetrantes, con lo que «El Encanto» se convierte, a cada paso, en sensible semáforo intelectual de la ciudad.

Así acaba de ocurrir con el «Día del Idioma», con el Centenario de Isabel la Católica, etcétera.

La fama y la atracción de «El Encanto» se abastecen, pues, de la superioridad gremial y de la inconfundible elevación extracomercial de «su estilo». Paralela a su tricúspide esencia—la seriedad fundacional española, la viva pulsación cubana de sobrepujamiento continuo y el mágico consorcio nutricio del París normativo y del Norte innovador y pletórico—, Mercurio se apoya en Minerva y Apolo para hacer de «El Encanto» de La Habana un comercio de cosas preciosas y una fuente de estímulos y ejemplos; en suma, una institución incomparable.



Por eso «El Encanto» atesora un espíritu conjuntivo y todos los que allí trabajan vibran en un discreto, pero firme orgullo de misión. A todos ellos, arriba y abajo, los abarca Tácito: «Los príncipes luchan por la victoria: el séquito por su príncipe».

Este es el secreto de su potencia de su renombre, y de su gracia..., del encanto de «El Encanto».





LA FILOSOFÍA

TONOS DE LA HABANA

ERA el año 1870 y el mes de mayo. Napoleón el Pequeño, como lo llamó Hugo, entre los vaporosos primores de *foulard* de las bellas de la corte del Segundo Imperio, que había retratado Winterhalter, estaba próximo a ver remecida por el viento catastrófico de Sedán su perilla teñida.

En Francia iba a rodar un trono y en La Habana nacía algo más estable y firme. El aire estaba lleno de notas de Offenbach y de gorjeos de la Patti y de Tamberlik, pero en Cuba unos hombres de tesón y visión fundaban un establecimiento que no sólo subsiste, sino que ofrece el continuo milagro de un rejuvenecimiento constante.

Nada de rótulos extranjeros, ni siquiera un nombre estrictamente ligado a la índole de lo que se creaba. «La Filosofía» iluminaba con una idea de serenidad la primera de las grandes tiendas de La Habana.

La musa despeinada de la incoherencia no inspiraba a los fundadores de «La Filosofía», porque el gusto exquisito, el progresivo pulimento de lo que pudiéramos llamar un estilo mercantil, la probidad, el sagaz estudio de las vibraciones de la moda, la perfecta adecuación de esa platina de experimentos psicológicos que es el mostrador a la sensibilidad de las gentes, todo lo que, en fin, hace del vender una ciencia y un arte, caen muy dentro de una zona en la que Minerva no sentiría la cortedad del forastero.

El nombre del popularísimo y floreciente comercio habanero contenía en su originalidad el sano bulbo de una persistencia firme.

«La Filosofía» a los veinticinco años de su nacimiento era saludada en las páginas de la revista *El Fígaro*, que fué la aurora intelectual del presente mediodía de la cultura cubana, con un vaticinio que el tiempo confirmó: «Sí, el porvenir es suyo. Y así como Víctor Hugo escribió esta frase: «En el siglo XX habrá una nación extraordinaria que se llamará Francia», podemos afirmar nosotros que en el siglo XX habrá una tienda de ropas extraordinaria que se llamará LA FILOSOFIA».

Ya está el siglo a más de la mitad del camino y la profecía de la revista de Pichardo realizada plenamente.

En el mismo lugar en que brotó, en una de esas esquinas imantadas que tienen todas las grandes ciudades, llena de vitalidad y de preferencia multitudinaria, acrecida y refinada, «La Filosofía» lleva sus ochenta y un años con esa intangibilidad de brillo y de calidad que hacen al diamante inmune a la rozadura del tiempo.

Experta en la caza de ese mágico y volátil secreto del éxito que es la novedad, siempre bien cuidadas sus nobles armas de afabilidad y seriedad que constituyen el cutis y la médula morales de toda relación de servicios con el público, «La Filosofía» va hacia su primer centenario con el paso garboso y la frente enorgullecida de los vencedores.

Las severas instalaciones iniciales tienen ahora las gracias nuevas de la claridad atrayente; el aire acondicionado modifica hasta la delicia los rigores climáticos del trópico; un personal selecto y dotado de íntima solidaridad de *team* entusiasmado con su función integra la gentil anatomía de la casa, y las reputadas capacidades directivas coronan la fina maquinaria comercial de «La Filosofía», condensándose y acendrándose todo este racimo de factores propicios en la figura del señor José Gasch, de Pepe Gasch, si le hemos de nombrar como su popularidad, como esa decisiva forma de aprecio del pueblo cubano quiere.

La fórmula d'annunziana es la divisa y la entraña que explican el inmarcesible vigor y la permanente mocedad de «La Filosofía». No sólo no muere porque se renueva, sino que los años le aportan frescos y fundamentales dones de experiencia y de depuración, le ciñen iniciativas y avances, ponen sobre su historia venturosa y celebrada el toque de luz matinal de una existencia refractaria a la inmovilidad.

Esta es la filosofía de «La Filosofía», la concepción del tiempo no como lastre honroso, sino como velamen izado al viento de las horas; no como desgaste, sino como ascensión.

Josué le ha prestado su sol coadyuvante para que ningún crepúsculo la incite a detenerse y a dormir.

El bello y audaz nombre no ha sido profanado, puesto que no resultó efímera la empresa que se cobijó a su solemne sombra.



El «Cubana» (Cuba).



«Malabar XIII» (EE. UU.)



«Gaucho» (Argentina).

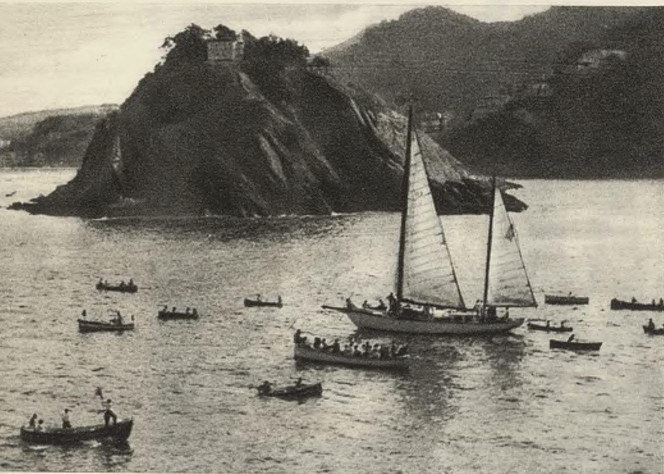


«Sunbeam» (EE. UU.).

LA HABANA SAN SEBASTIAN A TODA VELA

LAS rutas del Cantábrico al Caribe o del Caribe al Cantábrico, son casi media historia de España. Están ahí, sobre esa línea, las primeras aventuras del prodigioso Menéndez de Avilés, gobernador después de La Habana. O la galeaza con que el Adelantado de la Florida batió en sus tiempos y quizá para siempre (de La Habana a Vivero y Avilés) el «record» de la travesía trasatlántica a vela. Los bergantines del XIX o los paquebotes del XX, con los emigrantes que van y los emigrantes, que vienen... De Galicia a Camagüey o de Asturias a La Habana hay una comunicación ideal y centenaria. Algo así como la corriente espiritual y fraterna de un «Goolf Stream» que lleva hacia el Caribe mozos

El «Malabar XIII» acaba de llegar a la meta, vencedor de la gran regata. La tripulación recoge velas al entrar el 15 de Julio en la bahía de San Sebastián.



El «Malabar XIII», vencedor de la regata, hace su entrada en la Concha de San Sebastián.

campesinos de las rías bajas, del valle astur o del caserío vasco, y que. en sentido contrario, impregna de olor a vainilla, a cacao y a tabaco de Vuelta Abajo los puertos del Norte español: Vigo, La Coruña, Gijón. Santander, Bilbao... Aún el «Comillas» o el «Magallanes» desembarcan cada quince días al «americano del pote», que es el indiano que quemó su sangre y sus ilusiones sin hacer fortuna y que trae apenas un dije de oro:

Americano del pote
¿cuándo viniste, cuándo llegaste?
La cadena y el reló
con toda prisa los empeñaste,

dice con zumba la giraldilla de las romerías astures. O el que hizo plata a montones y contempla desde la aduana cómo las grandes redes depositan mimosamente el «haiga» sobre el muelle...



La vieja ruta de la nostalgia, de la vainilla, del recuerdo, del tabaco y del coronel de la reina que regresa con dos hijas deliciosas y candenciosas y un loro verde, acaba de ser recorrida por cuatro yates, participantes en la regata más sensacional de todos los tiempos, puesto que su recorrido de 4.080 millas (de La Habana a San Sebastián) es el más extenso de la historia náutico-deportiva. Otra aventura de corazón y vela, de temple y trapo, de serenidad y vientos y mar abierta... La suscribieron cuatro embarcaciones: «Cubana», de Cuba; «Gaucho», de la República Argentina, y «Malabar XIII» y «Sunbeam», de los EE. UU. de Norteamerica.

La salida, en La Habana, se dió el día 17 de junio. Veintiocho días después – el 15 de julio – , llegaba a San Sebastián el «Malabar XIII». Era media tarde y una banda de pañuelos blancos, apiñada la gente a lo largo de la Concha easotarra, dió la bienvenida al yate norteamericano cuando cruzó la barra y entró en la bahía. Dos días después, y a altas horas de la noche, hizo una espectacular entrada el «Cubana», clasificado en segundo lugar. Lo mandaba su propietario, el senador cubano don Diego Vicente de Tejada, portador de un mensaje del alcalde de La Habana para su colega el de San Sebastián. Tras las copas del vino ritual, en la recepción, los tripulantes del «Cubana» desfilaron, con el alba, por las calles de la capital guipuzcoana, cantando a coro algo que por ser español se sabe en Cuba:

No hay quién pueda, no
[hay quién pueda
con la gente marinera...

El «Sunbeam», por avería, entró en el puerto de Vigo. Y el «Gaucho» – famoso en los siete océanos – , menudo y audaz, se clasificó en tercer lugar...

Comodoro don Rafael Posso, cubano, presidente del Comité de organización de la gran regata atlántica.





Arriba: Tripulación del «Cubana».

Abajo: Tripulación del «Sunbea





Arriba: Tripulación del «Malabar XIII».

Abajo: Tripulación del «Gaucho».



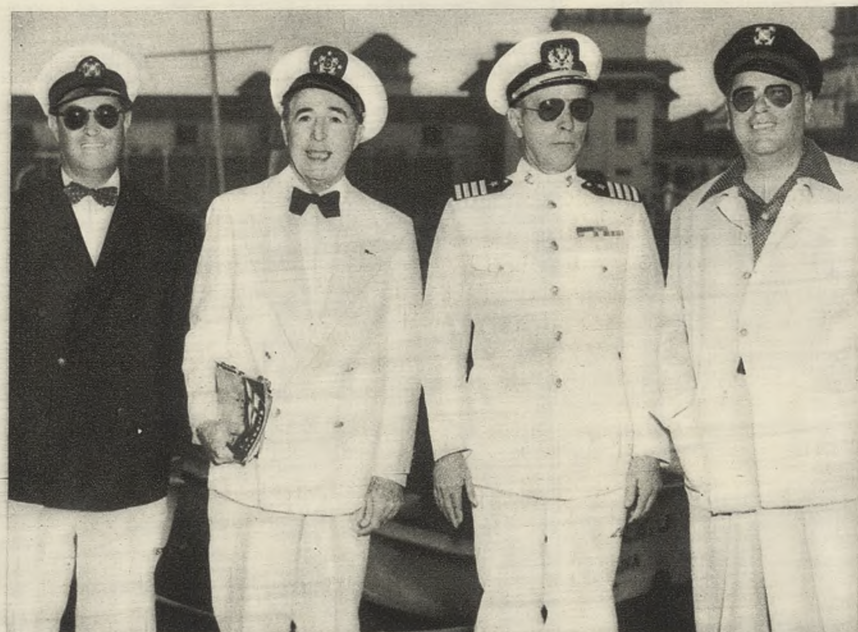
LA HABANA - SAN SEBASTIAN A TODA VELA



A bordo del yate del Honorable Sr. Presidente de la República de Cuba, señor Prío Socarrás, en el momento de iniciarse la regata internacional La Habana-San Sebastián. El Presidente Prío lee el programa oficial de la prueba, acompañado de su bella esposa. A la izquierda, el comodoro don Rafael Posso y el contraalmirante don Pedro E. Pascual.



A bordo del yate presidencial cubano. Al fondo a la derecha, el Dr. Prío Socarrás, Presidente de Cuba, y su esposa. En el centro, la señorita Teresa Baraibar, hija del ministro de España en La Habana, don Germán Baraibar. El Dr. Prío Socarrás presidió desde su yate la iniciación de la regata internacional, superior a la clásica travesía atlántica.



La comisión organizadora de la regata de mayor recorrido de todos los tiempos, con 4.080 millas, ha realizado un trabajo extraordinario. De izquierda a derecha: comodoro Manuel Rasco, comodoro Rafael Posso, capitán de navío Julio Díez Argüelles y vocal Antonio Botet. El comité en Europa estaba presidido por el comodoro Antonio de Zulueta.



IGLESIA DE SAN PEDRO CLAVER

Cartagena la heroica

CARTAGENA, señora, dama, como la de Elche, casi fabulosa por su hermosura, cerrada la boca de piedra y en toda ella la serena conciencia de su historia.

Tiene Cartagena una ajustada cintura de mar, pero no de un mar repetido y monótono, sino distinto de expresión, según por qué lado se la mire.

Hacia Marbella y Crespo tiene olas esponjadas, buenas para el baño y el alborozo.

Hacia el Cabrero, por el malecón, visto desde el balcón de la gloria, presenta, por la noche, unos caballos de acero con las crines de espuma y los cascos de plata, corajudos y fuertes, que piafan y galopan hasta el amanecer por sobre la montaña de piedras de la orilla. Aquellas piedras que debieron ser traídas allí por un Sansón o por una hecatombe.

Y al otro lado, a poca andanza y camino, porque la ermita pide silencio, hay un mar quieto, sereno, azul, con la lumbre estriada de algas tiernas y burbujas y coralillos de sol.

Desde la terraza del pastelillo—Club de pesca—se ve un mar ardiente, pleno, con el lomo revuelto por el trajín y las muchas rutas que le abren las naves pesqueras. Desde allí debió mirar Daniel Lemaitre su afortunado pescador de Zábalos.

Y por el otro extremo, el mar severo, mudo y limpio y a tono con los acorazados azul plomo.

Y todo este mar, visto desde la altura de la Popa, el santuario de la Virgen de las Candelas, tiene una totalidad imponente de creación:

En el tercer día Dios hizo el mar...

Y para este mar hizo Dios unas puestas de sol que sólo allí pueden verse. Ante una de ellas recitó Marquina por última vez sus versos:

Capitán de los tercios de España,
Señor Capitán...

Aquella tarde cayó el sol sobre un mar lleno de rosas. Y rosa se hizo el aire, y la tierra, y el cielo, y la montaña.

Y es así Cartagena, con su aderezo de agua y luz; pero también es bella pecho adentro, y lucida y española. No hay por estos caminos de España un rostro de pueblo tan cuidadosamente hispano como el de esta ciudad. Una perfección de tal estilo y forma, una tierra tan alardosa de su linaje, no es muy de hallar al paso; que no parece sino que España con esta hija, viéndola tan hermosa, tan metida en los mares, tan codiciada de piratas, quiso marcarla bien para que, si tenía que navegar, no se perdiera.

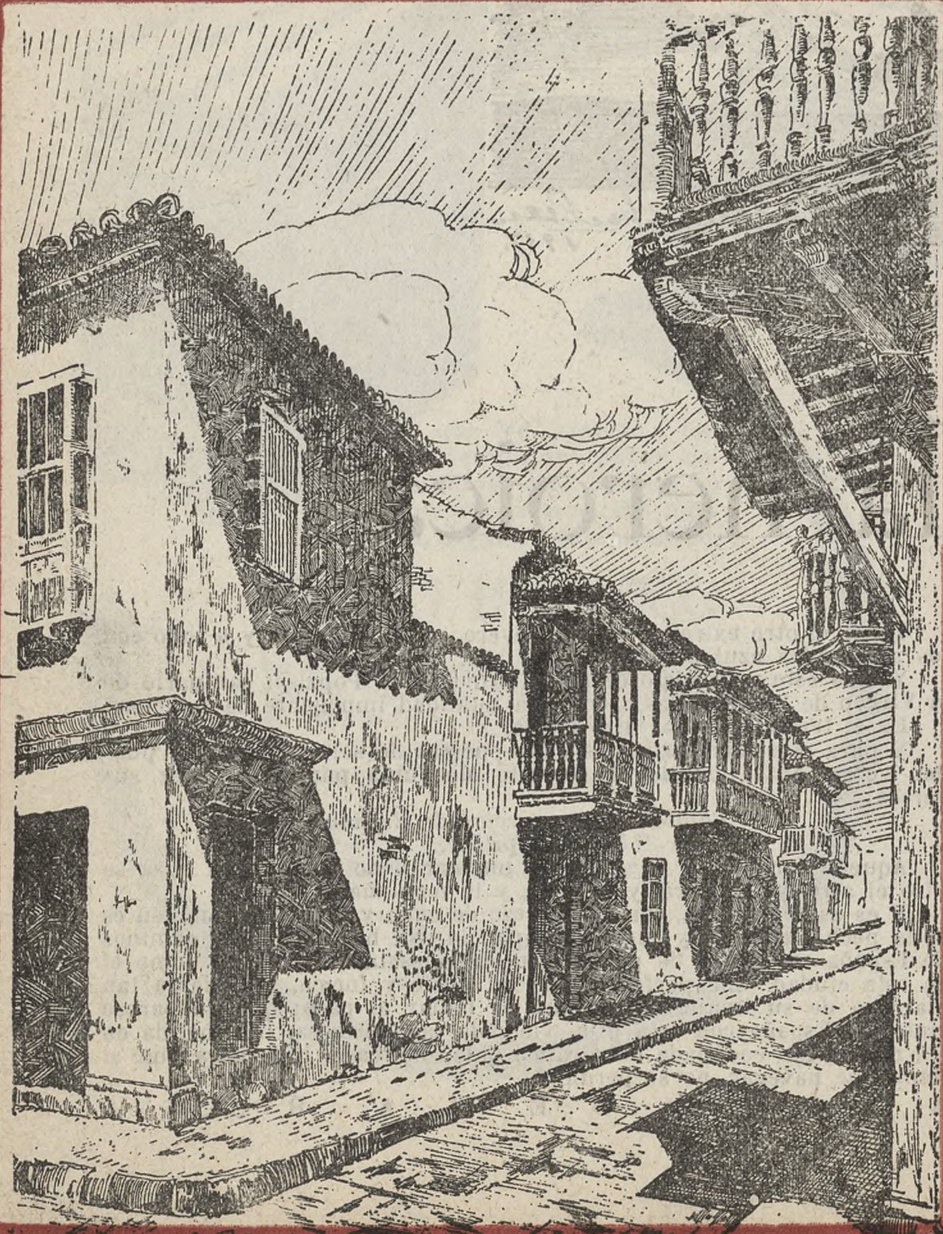
AMIRA DE LA ROSA



FRENTE DE SANTO DOMINGO, DERRUIDO POR EL CORSARIO MORGAN ↗



CALLEJUELA DE LA COCHERA DEL HOBO ↗



↙ TÍPICA CALLE DE AIRE COLONIAL



↙ CALLE DEL CURATO





PORTADA DEL CONVENTO DE SANTO DOMINGO ↗

↙ PORTADA DEL PALACIO DE LA INQUISICION

RUINAS DEL CASTILL DE LA POPA ↗

↙ CONVENTO DE SANTO DOMINGO Y FRENTE DE LA IGLESIA





CALLEJUELA DE LOS SUBURBIOS ↗

↙ FUERTE DE SAN FELIPE DE BARAJAS

CURROS ENRIQUEZ
EL DE CELANOVA



Hace ahora un siglo nacía en la Galicia del Sur el poeta Manuel Curros Enríquez. En Celanova, noble cuna, villa de holgados valles, cortejada por ríos que la requiebran de lejos: el soterrado Miño, el Arnoya, de pálidos abedules, en fin, el Limia, bajando a Viana por los montes de mi sangre y mi estirpe, en tierras de Bande.

Tras anónimas noches célticas, que en las cumbres dejaron dólmenes oliendo a sangre y luna, amanece esta región a la Historia al son del militar paso latino. Era la tierra extrema, el Finis-terrae. Una leyenda amenazaba con hacerle perder todo recuerdo a quien cruzase el Limia. Por eso los legionarios veteranos, curtidos en diez campañas, vencedores del parto y del númida, temblando como varas verdes se negaban a trasponer la laguna Antela y a adentrarse en la tierra donde habita el olvido. Tuvo Decimo Junio Bruto, aquel que las tablas capitolinas llaman Callaico, que imponérsele.

Pero en cuanto el cuestor pasó con su potro, los romanos se aficionaron a ese país. Bastarían a eso las termas que surgen, benéficas, en las márgenes de los ríos fronterizos. Ahí están, a medio camino entre Lindoso y Celanova, los Baños de Bande, *Aquis Querquernis* del itinerario de Antonino, con piedras miliarias, mosaico y consulares epígrafes.

La comarca de Miño y Limia toma una gran significación cultural cuando se desmorona la romanidad, y brota, entre sus ruinas, el Medievo. Es la época bracarense. Pujan en el valle del Salas troncos feudales que, constelados de heráldica y poesía se prolongarán igualmente sobre Portugal que sobre España. No voy a historiar yo ahora cómo se entroncan en la hidalguía lusa los Araújo. Pero no puedo callar una alusión, siquiera de pasada, a las hermanas Castro, que de ahí salieron a seducir reyes: una, al Don Pedro de Castilla; la otra, al príncipe, Don Pedro también, que a su lado sueña el sueño del amor eterno, en la Alcobaça. Del mismo terruño era San Rosendo, aunque con raíces en las sierras lusas de Leboreiro y del Gerez, señorío de su madre, Doña Ilduara, Condesa do Porto.

Pocas familias, en aquel tiempo aflictivo en que se caía medio mundo, sintieron tanto la vocación fundacional, pues Doña Ilduara construye en la colina del Arnoya el Monasterio mozárabe donde había de profesar su hija la virginal doncella Adosinda, que es lo que se llama Vilanova das Infantas; mientras su hijo, el Santo Rosendo, verdadero creador de Compostela, edifica para sus propias oraciones nueva celda en un sitio de su patrimonio hasta entonces denominado Vilar; Celanova.

Del santo directamente quedan un edículo anterior al año mil, y su corazón en la sacristía. El gran cenobio benedictino cubrió con su grandeza toda la comarca hasta Lindoso y Chaves. Ordenaba sesenta Prioratos. Sus abades eran condes de Bande, marqueses de Sande y capellanes reales, con las armas del fundador: el alfa y el omega colgando en los brazos de la Cruz. Duques de Arjona, condes de Monterrey, Nóvoas y Manzanedos fueron «pertigueros» del Monasterio con atribuciones semejantes a los de la Catedral de Santiago, y como tales ocupaban el palacio contiguo. Cuentan que Carlos V por poco lo prefiere a Yuste, cuando renunció al mundo, su patio de armas.

Tenía ese Monasterio por fuero que las casas de la villa no se empinasen a la altura de sus ventanas, quedando de rodillas ante tamaña grandeza. Así los ojos niños de Curros se abrieron al convento dominante con su aplomada fábrica; el escorzo barroco del templo; la altanera bóveda; los soberbios machones entre arcos redondos y molduras; la triunfal balconada con obeliscos y gárgolas; escondido el huerto; y, allá lejos, el «Cercado» de fastuosos castaños que el otoño dora. Esa impresión de potencia y orgullo monástico que hirió las pupilas del poeta al abrirse a la vida, le duraría siempre. De eso se resiente su obra.

Evoco a Curros mustio en la Plaza celanovense mientras los demás festejan las marzas litúrgicas. Atónito en Cortegada, donde Arnoya y Miño casan sus valles entre viñas. Ceremonioso en el San Roque de Bande, cuando bajo la araña del Casino bailaba el rigodón con mi abuela Ana. Triste entre la tuna de la Troya y su casa, él, tan lacerado como Antero, y desgreñado por el apocalíptico viento que, viniendo de Hugo, recrecía sus furores al pasar por Junqueiro.

De Compostela al Madrid conspirador de capas, embozos y señas sin santo.

El guirigay de los cafés y la fiebre comicial de la primera república, con cantonales y arrebatos de tronitronante Democracia, casi le sofocan las voces íntimas de

Por EUGENIO MONTES

(DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA)

su lirismo nativo. Por poco se pierde para la poesía, para su tierra, para todo. Pero esas voces estaban ahí, en su pecho, borboteantes, esperando el leve estímulo exterior que las convidase a salir. Más leve, el estímulo no pudo ser. Una tarde de invierno, con la lluvia arañando en los cristales, en el cuarto estudiantil de una casa de huéspedes madrileña, está, mozo entonces de dieciocho años, repasando el texto de «Economía Política», de Colmeiro, para sus aulas de mañana. Entre tanto, otro condiscípulo y coterráneo, de la Puebla de Trives, bostezaba sobre los apuntes de Procedimientos Judiciales. En aquella habitación no había sino dos sillas de enea, dos catres y una mesa de pino. ¡Ah, sí, y una guitarra, eso a que el español le cuenta al oído sus penas! La coge el de Trives; le pone los trastos; afina prima y bordón; la templa; e improvisa una melodía que pide versos. Curros se resiste. ¡Si ni siquiera tiene papel para los renglones! No importa. A lápiz, en las márgenes del texto, al borde mismo de la ley de la oferta y la demanda, escribe unas estrofas, al son de esas notas repentinas, fantaseadas por el amigo sobre un aire popular. Y así nació la cantiga que ha acunado mi infancia.

N'o xardin unha noite sentada
ó refrexo d'o branco luar,
unha nena choraba sin trégolas
os desdés d'un ingrato galán.

Y-a coitada entre queixas decía:
—Xa n'o mundo non teño ninguén,
vou morrer e non ven os meus ollos
os olliños d'o meu doce ben.

Os seus ecos de malenconía
camiñaban n'as alas d'o vento,
y-o lamento
repetía:
—Vou morrer e non ven o meu ben.
....

Esta improvisación no volvió a recordarla; menos iba a pensar en imprimirla. Unicamente mucho después, un atardecer, en Orense, reconoció esa hija olvidada. El de Trives la cantara de alba a poniente y el pueblo se la había aprendido de corazón.

De años escolares son también los ágiles versos que ahora me repican en la memoria.

Dendes d'o Lerez lixeiro
As veigas qu'o Miño esmalta,
Non houbo non mundo enteiro
mais arrogante gaiteiro
que o gaiteiro de Penalta.
Sempre retorcendo o bozo,
erguida sempre a cabeza,
daba de miral-o gozo
Era un mociño, ¡qué mozo!
Era unha peza... ¡Qué peza!

Lo rememora en la fiesta de San Trocado, entre triunfos de rosquillas y de pulpo.

Calzón curto, alta monteira,
verde faixa, albo chaleque
y o pano n-a faltriqueira:
Sempre na gaita parleira
levaba dourado fleque.

Aquí el verso brinca alegres compases, trisca sílabas joviales y retoza alardes rítmicos. Las estrofas cantan, se dan la mano, lucen justillos hechos con hilos de sol, huelen a manantial, a pinar y a luz de domingo.

Cando n-as festas maiores
era esperado o gaiteiro



botábanlle as nenas frores,
ledas copras os cantores,
foguetes o fogueteiro.
Ninguén soubo frolear
d'o xeito qu'il froleaba.
Verlle a muñeira botar
era unha nuve mirar
d'anxeliños que pasaba.
Xentil, aposto, arrogante,
en cada nota o gaiteiro
ceibaba un limpio diamante
que logo n-o redobrante
pulía o tamburileiro.

Luego, el misterio pasa su niebla sobre estos ritmos saltarines.

Ninguén pudo averiguar,
véndolla repinicar,
por qué, o son da gaita ouvindo,
cantos bailal-an sorrindo
acababan por chorar.

Hundida en sus húmedos vallejos, con éxodo al fondo, la tierra triste del ochocientos toma el contrapunto.

Tocaba... e cando tocaba
O vento que d'on roncón
pol-o canuto fungaba
dixeran que se queixaba
de gallega emigración.
Y era verdá, ¡Mal pocada!
Contra un penedo amarrada
Cravado un puñal n-o seo
n'aquela gaita lembrada
Galicia era un Prometeo.

En esto hay un poco de retórica. Y en otros asuntos, dos pocos, porque, ciego a veces de tolvaneras políticas, Curros confunde a veces poesía y palabrería: achaque del tiempo. Mas cuando se libera de prejuicios y cierra en el cuarto obscuro la retórica, entonces le brota pujante todo el caudal lírico de la autenticidad. Autenticidad cuajada en divina geometría al bordar con hilo de Leyenda Aurea el lino puro del milagro aldeano de la Virgen del Cristal. Entreveo una pastora, una rueca y un arco iris que, ángeles de nieve, hilan en Vilanova das Infantas, tras el retumbo del trueno.

Esta é unha pedriña pedra,
esta é unha pedra pedriña,
tan rara, tan pulidiña
como outra n-orbe non hay.
¡Mesmo parece unha bágoa
d'os ollos de Deus caída
pra se quedar convertida
en cárcere de sua nai!

La mía rezaba, lloraba estas estrofas al tenerme en los brazos. El más antiguo recuerdo de mi vida se me enmaraña, se trenza, en estos líquidos versos. Los siento cayéndome como copos desde un cielo perdido sobre mi candor ronroneante. Y siento crujir, doloridas, las maderas viejas de nuestra casona labradora cuando una tarde mi padre—en la mano un telegrama verde; y en los ojos, luto—irrumpió sollozándole, no sé si al aire o a mis ocho años no cumplidos: «¡Murió Curros Enríquez! ¡Y en La Habana, en La Habana!» Yo pensé entonces que vivir en La Habana, entre humo de cigarros, morenitas Trinidad, copas de ron y café tostado, debía ser muy alegre; pero morir tan lejos de Celanova y de Bande debía ser muy triste. Ya llovió desde entonces, y sigue lloviendo. ¿En Curros? ¿En mis ojos?

POLEMICA DE LAS CULTURAS EN TORNO AL ARTE SACRO MISIONAL

Por FAUSTINO G. SANCHEZ-MARIN

Dejad a cada voz su acento, a cada palabra futura su actual balbuceo, a cada estilo su esfuerzo, a cada arte, su parte; a cada romero, su camino de Roma; a cada pueblo, su vocación; a cada canción, su garganta y su idioma. ¡Qué ancha, Señor, tu santa Iglesia y qué profunda, grande y varia en las obras de sus fieles! Sobrecogía tanta grandeza entrevista en una simple exposición de arte sacro misional. ¡Qué fuerte, qué sobrehumano, qué divino lazo de unidad el que así puede aunar tan dispares actitudes y aptitudes étnicas, culturales, estéticas!

Aquí hemos de referirnos solamente a las últimas, tan distantes a veces de la *costumbre* artística europea y occidental, que muchas de las expresiones plásticas expuestas allí a contemplación directa y súbita de ojos iniciados en el mirar estético por las formas helénicas, producían choque casi traumático. Producían incluso en ocasiones una sublevación de criterios y juicios—¿acaso también de prejuicios?—blancos, europeos, occidentales.

En el fondo, en tal sublevación estaban presentes y apremiantes un instinto de recelo conservador y un punto de orgullo exclusivista en favor de los supuestos de un estilo cultural occidental que, naturalmente, tiene que ser distinto del estilo cultural oriental. Estaba también presente y protestante el otro instinto, propio de toda civilización poderosa, de unidad. Sólo que tal protesta es evidentemente parcial en obsequio de los modos culturales europeos y occidentales y, por ende, de sus criterios y cánones estéticos.

Ciertamente que la unidad por los estilos de la creación artística es una apetecible y nada frágil unidad; tanto, que una tal unidad sería remate y prueba de una previa unidad de cultura y civilización.

En realidad, una unidad tan radical y que, sin embargo, respete diferencias rotundas de culturas, sólo puede estar en algo también muy radical y universalísimo: en los dogmas de una misma religión revelada en la comunidad de una Iglesia, en la universal participación en el cuerpo místico de Cristo Redentor universal. Es, en cambio, legítima, deseable y fecunda, la diversidad en los estilos de cultura unificados, por arriba, por la común información cristiana. Lo oriental tiene el mismo derecho—y la misma capacidad—a ser informado por la fe cristiana sin perder peculiaridad, que ha tenido lo occidental sin perder la suya.

La Cristiandad: he ahí la unidad superior respetando rasgos culturales e históricos específicos. La Cristiandad puede ser lo mismo cristiandad occidental que cristiandad oriental, porque tanto lo occidental como lo oriental pueden ser informados por lo cristiano; pero lo formalmente cristiano, incluso en cuanto cristiandad temporal, supera ambos ámbitos o estilos que en lo común superador armónico cristiano pueden ensamblar los trozos ausentes de sus almas parciales: pues lo humano, en cuanto tal género subyacente a los modos occidental y oriental, puede ser, está destinado a ser, asumido y sobreelevado por lo cristiano sin destrucción de los parciales caracteres.

Para tan alta y superior unidad de las culturas humanas, una cosa basta, *porro unum est necessarium*: el universalísimo *verbum Crucis*. En Cristo, Verbo de Dios, está la suprema unidad de los verbos humanos, con sus distintos acentos, con sus particulares palabras, con sus voces tan varias, matices reflejos de la inexpresable riqueza del Verbo Unico, *exemplar omnium*, ejemplante del universo entero. ¡Dejad a cada voz su acento, a cada palabra futura su actual balbuceo; a cada estilo, su esfuerzo; a cada expresión, su más ambiciosa intención; a cada arte, su parte; a cada plegaria, de las culturas, su fervor; a cada romero, su camino de Roma; a cada pueblo, su vocación, a todos, la unidad y la libertad de los hijos de Dios que cantan, cada uno según su garganta y según su idioma, la gloria del Padre! Esta polifonía, tan rica de voces varias y tan única de alabanza y culto, se alzaba sonoramente del conjunto de la maravillosa exposición de arte sacro misional.

POLEMICA SOBRE EL ARTE SACRO MISIONAL

Ya más arriba hemos aludido a la posible contemplación del arte sacro misional, desde exclusivos juicios y explicables prejuicios culturales y estéticos de la categoría histórica europea y occidental.

La gran autoridad del iniciador de la polémica, Eugenio d'Ors, nos aconseja a nosotros la elemental prudencia de no formular opiniones propias. Por otra parte, nuestro encargo se reduce a informar a los lectores de MVNDO HISPÁNICO acerca de tal polémica entre Eugenio d'Ors y el P. Heras, S. J. Mas, antes de proceder a la imparcial exposición, séanos permitido hacer algunas observaciones que ayudarán a mayor claridad.

Debemos hacer, al menos, una, referente a la naturaleza misma de la Exposición, provocadora de tan importante polémica. A nuestro juicio, parece evidente que dicha Exposición, propagandista como casi toda exposición, era una inteligentísima, y de signo muy actual, propaganda de las Misiones y no directa y principalmente del arte realizado en tierras de misión por artistas indígenas cristianos. No se exponía allí, pues, el arte misional (valga el inadecuado término) como recomendación, aprobación, etcétera, del mismo; sino sencillamente como maravilloso pretexto, muy a tono con el esteticismo actual de la cultura europea, para llamar la atención de los católicos distraídos sobre las Misiones. Era una manera de propaganda de las Misiones y no propaganda directa, mucho menos con intenciones de imposición, de estilos y modos artísticos chinos, indios, senegaleses, etc.

No se trataba, además, de un arte que esté directamente aconsejado o influído por los misioneros, sino de un arte brotado espontáneamente en tierras de misión, al ser cristianizados los artistas indígenas. Aquí cabe, además, la distinción de que la conversión del hombre no exige la conversión de los estilos y los procedimientos de expresión del artista, etc., etc.

De haberse tenido esto muy presente, no se hubiera, quizá, suscitado la polémica. Pero entonces hubiésemos perdido todos: la Exposición, en cuanto destinada a interesar públicamente lo más posible; nosotros, en cuanto lectores.

Provocada, de todos modos, la polémica, hubo de versar principalmente sobre los siguientes puntos:

1.º Si era lícito que la historicidad de las figuras de Cristo, de su Santísima Madre, etc., padeciese tanto en la contrapuesta diversidad de las figuraciones plásticas.

2.º Si, ya en un orden directamente estético, resulta lícita una tal atomización de cánones formales que permite que «asomen su jeta los monstruos».

3.º Si, en un orden más directamente misional, resulta realmente eficaz la «condescendencia hacia la barbarie», hacia cualquier clase de formas y de instinto artístico de los misionados o misionandos.

4.º En una palabra, si no se estaría, con tal «condescendencia», haciendo peligrar la *romanidad* de la Iglesia.

Pero hagamos ya exposición directa de la polémica.

EUGENIO D'ORS ANTE «EL PROBLEMA DEL ARTE MISIONAL»

El gran filósofo y crítico de arte Eugenio d'Ors publicó en *Arriba* (17-6-51), de Madrid, un importantísimo artículo titulado «El problema del arte misional». Primero son los elogios; vienen luego los reparos, claramente argumentados y valientemente dichos.

No deben entrar aquí nuestras particulares apreciaciones, y nos limitaremos a transcribir seguidamente los párrafos más directos del artículo, siguiendo el orden en que están en el texto del autor, sin forzarlos a ajustarse a nuestro anterior esquema de la polémica.

«Una irrecusable impresión, sin embargo, es que, muchas veces, se ha llegado aquí al límite, si no se ha pasado un poco la raya. La romanidad—cuya mención, en la triple definición de nuestra Iglesia, nada tiene de pleonasmo—, ¿no sufre un poco, ante tanta condescendencia etnográfica que se acomoda a estilizaciones, en cuya variedad ya lo ecuménico formal parece a punto de olvidarse?... Así como la historicidad de las figuras evangélicas, por otro lado. El «Cristo interior», caro a la piedad protestante, puede acaso admitir la posibilidad de una figuración mongólica. Pero no, el Cristo-acontecimiento, el que padeció bajo el poder de Poncio Pilatos, y cuyo trasunto físico, ya que no retrato, quedó impreso, para edificación de nuestra electiva afinidad en la Santa Sábana de Turín. Con unos rasgos que nos recuerdan a un Durero, infinitamente más que a un Tran Mink-Tho.»

«Todavía, semejante apartamiento de lo que es un naturismo califica de convención, pero que una liturgia propiciará fácilmente como un canon, escandaliza menos, cuando se debe a un primitivismo, que, después de todo, ha conocido también la tradición central de la Iglesia,—en el bizantino, en el gótico, en el barroco vernacularizante,—que en aquellos otros, donde la deformación es ya tendenciosa, con un designio de propaganda lisonjera, donde se trabaja, con el halago, la conversión. ¿Podemos inscribir en una veneración ortodoxa el índico «Nuestro Señor con el Pan de Vida», el pie izquierdo, levantado hasta el vientre y en el puño, un pan que es también fuego, un Hostia-Soma? El Jesús, disfrazado de «Sannyasi», de pie sobre una flor de loto y entornando el mirar, «en signo de renuncia del mundo»—¡él, que había venido para salvarle!—¿sigue siendo el mismo, que veneramos bajo la dignidad de Cristo-Rey? A la Virgen, que recibe doblemente el mensaje de Anunciación, con un efluvio del Espíritu Santo y con un sobre de correspondencia postal, o a la Maternidad de ojos oblicuos, apenas vestida con un «páreo», ¿la llamaremos todavía «Nuestra Señora»? «Potangala», el hombre-serpiente y «Uyagrapada», el hombre con pies de tigre, ¿figuran aquí, a título de ídolos documentales o de aceptables soluciones iconográficas?»

«Ningún compromiso puede admitirse, en lo que respecta a la integridad y pureza de la fe católica; pero sí, en las formas artísticas; es decir, en el ropaje exterior»... dice en el Catálogo de la Exposición nuestro venerable paisano el P. Enrique Heras. ¿Nos atreveremos a confesar nuestra vacilación sobre este punto? ¿Asentiremos sin reserva a que las formas en que se encarna lo sagrado sea sólo «un ropaje exterior»? No, no podemos ver en la apariencia un accidente, por lo mismo que no podemos verlo en lo conceptual. La forma es espíritu. La forma decide. Aquí están, asomando ya su jeta, los monstruos. No podemos creer que esa calidad monstruosa sea ingenuamente ignorada por quien ha fabricado el fetiche; por quien lo maneja; por quien lo venera,—o, tal vez, LO APLACA.—Al contrario: un sentimiento oscuro liga aquí, demoníacamente acaso, la eficacia con la fealdad.»

«Pero en la condescendencia hacia la barbarie, no significa la idolatría el peligro único. Hay el otro, el tremendo. La dimisión de la inteligencia, el plano inclinado hacia el alado impulso, hacia la pánica embriaguez.

Es nostalgia del caos
Lo que informa a los monstruos...

ha cantado nuestro Camón Aznar. Un sector suicida de la sensibilidad moderna puede apetecer tal disolución. Pero ella no puede atraer el organismo de los organismos, al cristal de los cristales, la Iglesia.»

«Lo que lo explica es un santo ardor de eficacia, que cierre los ojos a caídas juzgadas transitorias. Ahora bien, esta superior utilidad, ¿gana tanto en el juego como arriesga?»

«Conviene que todo el mundo, en el sobrehaz de la tierra, implore un pan, que tal vez materialmente no le apetecería. Que oiga un latín, dejado de entender hace siglos o no entendido nunca. Conviene que, a la cabaña semiesférica del esquimal, presida el Pantocrátor de la cúpula semiesférica de Bizancio... Para evitar que, como Alejandro de Oriente con la tiara, lo vuelvan de Paupasia, con un «pareo». Y que el Exotero no quiera soltar a aquel a quien el Ecumeno adelantó en Misión.»

REPLICA DEL P. HERAS, S. J.

Pasada una semana de la aparición del artículo, antes extractado, de Eugenio d'Ors, el P. Heras publicó una réplica titulada «No es propaganda misional». El artículo del P. Heras está dirigido principalmente a aquietar los escrúpulos de Eugenio d'Ors en cuanto a ruptura de la romanidad y alteración de la historicidad; y, sobre todo, a reclamar ardorosamente para los orientales el derecho a tener sus propios cánones estéticos.

Transcribimos, a continuación, y sin comentarios, como en el caso anterior, los párrafos principales:

«Eugenio d'Ors teme que si este arte misional se fomenta, «la romanidad» y «lo ecuménico» se pone a riesgo de perecer. Mas, ¿qué es esa «romanidad» y eso «ecuménico» para el señor d'Ors? ¿Es, por ventura, la forma hercúlea del Juez Supremo en el Juicio Universal de la Capilla Sixtina, o las señoras flamencas retratadas como vírgenes en los lienzos de Rubens, o las españolas en las Inmaculadas de Murillo, o las andaluzas en las Vírgenes de Salcillo? ¿Por qué no le ocurrió al señor d'Ors abogar por la romanidad en contra de toda esta «condescendencia etnográfica», al contemplar las formas paganas del Renacimiento y tantas otras de diferentes nacionalidades en el arte religioso de Occidente? Fué precisamente cuando el arte religioso oriental ha interpretado nuestros dogmas y misterios en formas orientales cuando el crítico se le ocurrió hablar de «romanidad». Tan romano es lo uno como lo otro. Este abogar por la romanidad en este momento, en contra de las formas orientales, sean ellas indias, chinas, coreanas o japonesas, es, por lo menos, de mal gusto.»

«Ni nos objete el ilustre crítico que tales representaciones orientales pugnan con «la historicidad de las figuras evangélicas»; porque si lo hace le responderemos de igual modo que en el caso anterior. Muy poco concuerdan con aquella historicidad, para no salir de España, la Virgen y San José de Berruguete en el «Nacimiento», ni los mismos de Juan Sánchez de Castro en el mismo misterio, ni la «Huída a Egipto», del maestro de Villalpando; ni en «Jesús entre los Doctores», de Rafael Vergós; ni en tantos y tantos otros que Eugenio d'Ors conoce tan bien y admira tan concienzudamente. ¿Por qué, por ejemplo, no se rebeló su instinto histórico contra el «Niño Jesús Dormido», del siglo XVII, legado Vega Inclán, que más parece un paje de la Reina Doña Isabel de Portugal que el Niño judío Jesús, hijo del carpintero de Nazareth?»

«Los occidentales, acostumbrados por tantos siglos a ver y admirar tipos occidentales en nuestra iconografía religiosa, tenemos gran peligro de imaginarnos aquellos tipos como los tipos históricos del Evangelio; sin tener en cuenta que «El Señor en el huerto de los Olivos», de Manohara, o «La Virgen en la Asunción», de Chandrakant Mhatre, con ser tipos tan indios, están probablemente más cerca del original judío, que es un tipo oriental, que las vírgenes y demás personajes de nuestras pinturas clásicas. Es que los occidentales corremos el peligro de forjarnos una tipología occidental como genuina expresión de la religión católica; así como nos imaginamos a veces que nuestra civilización occidental, por el mero hecho de serlo, ya es *a priori* superior a las civilizaciones del Oriente.»

«Eugenio d'Ors parece creer que esta escuela de arte indígena misional ha sido creada «con un designio de propaganda lisonjera», por la que «se trabaja, con el halago, la conversión»; en una palabra, según él, el arte misional es un «instrumento de propaganda». No negamos que, merced a este arte, la religión católica pueda tal vez extenderse con mayor facilidad en tierras de misiones, como que se la representa ataviada con un ropaje de la tierra, apareciendo así plenamente «católica». Pero no es esta la razón primordial del arte misional. Este arte no nace en las misiones *a priori*, sino *a posteriori*. Los nuevos cristianos son verdaderos miembros del Cuerpo místico del Señor tanto como los miembros del Occidente. Todos ellos disfrutan de los mismos derechos y privilegios. Si esto es así, ¿por qué se les ha de negar el derecho de producir obras artísticas según los cánones estéticos de su respectiva raza o nación? Si se les fuerza a copiar obras occidentales, o a lo menos a inspirarse en ellas, se les niega prácticamente aquel derecho, y el vínculo de la caridad fraterna se quiebra. La unidad esencial entre todos los miembros de la Iglesia demanda tales diferencias accidentales. ¿Por qué negar a un indio o a un chino el innato derecho que tiene de alabar a Dios según le dictan la tradición y estética de su pueblo? Por estas diferencias accidentales, tan patentes en la Exposición, descubrimos maravillosamente la nota de catolicidad, que fué la verdadera causa por que Eugenio d'Ors fué «deslumbrado» al visitar la Exposición.»

ROMA O BABEL

Este epígrafe parecería una toma de posición de quien no tiene aquí más oficio que de reseñador, si no se advierte en seguida que fué el título de un nuevo artículo de Eugenio d'Ors, publicado, como los anteriores, en *Arriba* (7-7-51). En él, el maestro insiste en su afirmación y defensa de un canon, incluso estético, romano que deba también ser aceptado por el arte religioso oriental.

Nos limitamos, otra vez, a transcribir los textos más explícitos del ilustre articulista:

«Porque, a nadie se le ocurriría el negar a las efusiones secretas o familiarmente íntimas del alma, el derecho a representarse lo divino en el repertorio lingüístico o iconográfico más libre, más excepcional y hasta más amorfo. Pero, la Iglesia no es un ambiente, es un cuerpo. Resúltale indispensable, como a cualquier cuerpo, el estar dotado de unidad formal. Para eso, tiene un dogma, en que la emoción se traduce a conceptos. Para eso, tiene una liturgia, en que la piedad se traduce a figuras. No estamos aquí para deshacer un organismo, en un paisaje. Ni, para sumergirnos,—¡oh apresadores que, como el de mi cuento, no pueden soltarse!—para sumergirnos en el nirvana. Ni para salir por peteneras; es decir, para dar rienda suelta y campo abierto a la espontaneidad local.»

«Pero, no es hacia estas formas, sino a otras, de caracterización excéntrica, a donde han dirigido, precisamente, los ambientes esnobismos, sus preferencias, según era previsible, en la coyuntura de la Exposición misional. Abonaba al Cristo etiópico una moda, tan frívola como la que preconizaba el «arte negro». Los resortes que han empujado a muchas personas sensibles hacia los «Descendimientos», con estructura de tubérculo o hacia las Crucifixiones con faldellines de rafia no son distintos a los que utilizan, en las metrópolis noveleras, los figurines con andrajo del «Vogue» o los pedruscos informes del plástico de Montparnasse.

Diviértase quien quiera en tales aventuras; pero la dimisión de la inteligencia no debe llegar a tal extremo; y menos, la del revestido.»

Hasta la fecha en que describimos tan importante polémica (19-8-51) no hemos podido ver una nueva contrarréplica del P. Heras. Queda, pues, la noble disputa sin terminar. Somos fieles cronistas de la misma—a este propósito nos habíamos obligado exclusivamente—, haciéndolo constar así y lamentándolo.

Sigue viva, tras la lectura imparcial de los artículos de Eugenio d'Ors y del P. Heras, alguna inquietud por los resultados a que pudiera conducir una excesiva «condescendencia» con los instintos estéticos primitivos. Pues lo demasiado espontáneo, primitivo acaso, termine, como la excesiva libertad del abstraccionismo supermodernista, tallando Cristos de Assy.



CHINA.—ANUNCIACION. Luca Hua.



VIET-NAM.—MATERNIDAD DIVINA. C. Le Van De.

POR espacio de varios meses los Palacios de Exposiciones del madrileño Parque del Retiro han cobijado la magnífica muestra de Arte Misional que, por deferencia especialísima de la Santa Sede, pudo admirar el pueblo español en su propio solar. Esta Exposición se había celebrado anteriormente en los Palacios Apostólicos de Roma. Trasladado a Madrid todo el inmenso tesoro de arte que lo integra, fué exhibido con la dignidad que el tema merecía.

Monseñor Constantini, Prefecto de la Sagrada Congregación de Propaganda de la Fe, vino a Madrid con tal motivo y, según declaró, quedó maravillado de la magnificencia con que España exhibía el tesoro que la Santa Sede le había confiado. Centenares de miles de visitantes han podido contemplar las estupendas muestras del arte misional. La intelectualidad española ha prestado al acontecimiento atención especialísima. Una amplia y constructiva polémica se originó sobre el arte sacro misional, iniciada por el filósofo don Eugenio D'Ors. El pabellón especial de España y el que Portugal envió, asimismo, a esta Exposición madrileña enriquecieron especialmente las colecciones llegadas de Roma. Por todos conceptos, la Exposición ha constituído un franco suceso en la vida artística, intelectual e incluso popular de la capital de España.



AFRICA FUGA DE EGIPTO. P. Woefel.



AFRICA.—LA VIRGEN Y EL NIÑO. P. Woefel.



INDIA.—MATERNIDAD DIVINA. A. Da Fonseca.

INDIA.— MADRE FELIZ. C. N. Mhatre.



JAPON- VIRGEN CON EL NIÑO. Koseki Kimiko.





INDIA.—MADRE E HIJO. Alfred Thomas.

AFRICA (Nigeria-Ondo).- SAN FRANCISCO DE ASIS PREDICANDO A LOS PAJAROS.





VIET-NAM.—LA SAGRADA FAMILIA. Nguyen Van Anh.

INDIA.- ANUNCIACION. A. Da. Fonseca.



PABELLON DE LA INDIA EN LA EXPOSICION MISIONAL DE MADRID.

UN ASPECTO DEL PABELLON DE OCEANIA.



EL POR QUÉ DE LA SUERTE DE CUBA Y DEL CUBANO

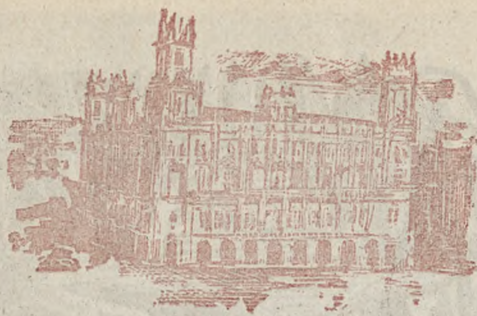
Por GERARDO GALLEGOS

(SEGUNDO PREMIO DEL II CONCURSO DE REPORTAJES DE "M. H.")

CUBA, el cubano, se prodigan a todo lo ancho de la vida. La riqueza de su suelo lo permite. De cuando en cuando cae el precio del azúcar y decrece el volumen de la zafra. El pueblo padece las eventuales consecuencias. Se hace una revolución, cae un gobernante y se suceden otros. Pero la crisis, como todo lo que ocurre en lances críticos, dura poco. Vuelve a subir en el mercado mundial la cotización del azúcar y el cubano recobra un optimismo que, si bien es cierto, nunca hubo de perderlo del todo. Aun en los peores momentos su carácter deja de ser expansivo, despreocupado, con una despreocupación generosa y elegante. Vive convencido de que todo lo malo que le ocurre es circunstancial, y que al cabo todo se arregla con un poco de buena voluntad y de suerte. Sobre lo escrito, bien o mal trazado, pasa el borrador de los días y el cubano está siempre en disposición de abrir cuenta nueva. Y hay que convenir en que si para el cubano «no hay problema», es decir, problema sin solución, ésta es más bien buena que adversa.

Recientemente, una casa anunciadora, como «slogan» de la propaganda radial de uno de sus productos, puso en boga la frase de «¡Qué suerte tiene el cubano!» Y la suerte de Cuba y del cubano la quisieran para sí muchos países de América. Sin embargo, es oportuno investigar hasta qué punto es verdad para Cuba aquello de la *suerte*.

Por lo general, la suerte acompaña a quienes poseen espíritu de iniciativa y a quienes, además, emplean métodos adecuados para el éxito de sus gestiones... disponiendo de elementos suficientes. En este sentido Cuba está ciertamente favorecida por factores de primera calidad: una tierra prodigiosamente feraz; una bella ciudad turística ubicada en el crucero de dos hemisferios; su tradición española nutrida por una ininterrumpida corriente de inmigración peninsular y, por último, su proximidad inmediata a la nación norteamericana y a sus métodos de trabajo, los cuales sirven para hacer la vida buena y disfrutable.



LOS ESPAÑOLES Y CUBA

Cuando el cubano se pone de mal hunor reniega hasta del progenitor español. Pero hay que aceptar que aun en el reniego existe una expresión de entrañable afecto. La tradición española la conserva celosamente el pueblo de Cuba. Se nutre por una no interrumpida corriente de inmigración. Hasta hace unos tres o cuatro lustros, el «sobrín» procedente de Asturias o de Galicia arribaba a los muelles de La Habana con destino a una ocupación tras del mostrador en el negocio del español en camino de prosperidad. De entonces acá los tiempos han cambiado. Innumerables trámites dificultan la inmigración. Hay que contar, además, con la ley de trabajo del cincuenta por ciento. Pero, por suerte para Cuba, por uno o por otro cauce, incluso el originado en la última contienda civil española que arrojó millares de españoles a tierras de América, no cesa de afluir sangre ibérica a las playas de Cuba. Tras de la fortuna llegan en busca de oportunidades, pero la encuentren o no la encuentren—la fortuna—entregan a Cuba las cualidades de su estirpe. La riqueza que acumula el español en años de duro bregar la disiparán sus hijos cubanos... o no la disiparán. Acerca de lo primero hay poco de verdad y mucho de leyenda.

En cuanto el español se asienta en «Cubita bella» otea el horizonte y descubre su cubana. Al mismo tiempo aprende a bailar el *son*. El amor y la música criollas captan el alma y los sentidos del emigrante ibérico. Y esa influencia que, desde luego, nada tiene de misteriosa, remodela su espíritu. Es otro. Se encariña con la tierra a tal extremo que una vez radicado en Cuba, de cuando en cuando visita la «madre patria», pero ya no se queda en la Península. Sin remedio vuelve a Cuba. Para su gusto, la segunda patria se le ha vuelto más necesaria que la primera. La tierra y el alma cubanas se le han adentrado tan hondo que las siente como suyas. Padece y se entusiasma con los avatares del vivir cubano. Toma parte en sus dichas y en sus desdichas. Discute con los cubanos como si hubiera nacido en Cuba.

Pero con todo eso ni olvida ni renuncia al orgullo de su casta. España estará siempre en su voz con acento altisonante. Loa sus costumbres, sus virtudes y sus glorias. El español—y valga el término popular y gráfico—«aplatanado» en Cuba, traduce su nostalgia de la tierra nativa en acercamiento al calor de afectos de sus compatriotas. De lunes a sábado atiende el negocio como es debido. El domingo, a divertirse. Los merenderos en los jardines de La Polar y La Tropical, y, más recientemente, los de La Cotorra, se animan en las tardes dominicales con la música de gaitas y bandurrias. A esta hace fondo, en las pistas de baile, la dulce y pegajosa música de las orquestas criollas...

Aparte de su espíritu de empresa y de coraje para «entrarle» sin miedo al trabajo, una de las buenas cualidades que trajo a Cuba el emigrante español fué su espíritu de asociación y de mutua ayuda. Pero nunca en un sentido egoísta sino más bien ancho, para dar cabida y protección a hijos, parientes y amigos españoles y cubanos. Al calor de este sentimiento nacieron las Cooperativas o Quintas Regionales.

Tan pronto arriba a Cuba un español, su pariente más cercano o, a falta de parientes, un amigo suyo le inscribe en el Centro Gallego o en el Centro Asturiano—puede ser también en el Andaluz, en el Canario o en el Center Catalán—. De esta suerte queda asegurado de la salud contra posibles riesgos.

Los palacios del Centro Gallego y del Centro Asturiano, cara a la estatua de José Martí, en el Parque Central, expresan la solidez indestructible de la raíz ibérica en las costumbres, en el alma y en la raza del cubano nativo. Estas dos instituciones surgieron al calor del espíritu asociativo del español trasplantado a Cuba. Hoy sus asociados se integran con un treinta por ciento de españoles. El otro setenta por ciento lo hacen cubanos nativos y cubanos nacionalizados. Además, sirvieron de ejemplo para la constitución de otras Quintas regionales y para las Cooperativas cubanas de salud. Una de estas últimas, el Centro de Dependientes, posee también su palacio frente al Paseo de Martí y colabora con excepcional éxito en el esfuerzo común por el bienestar físico y el progreso educacional, artístico y recreativo del pueblo cubano.

Pero el ejemplo mismo, si alcanzó realización en plenitud, se debe al espíritu del cubano, abierto a todas las iniciativas. Siempre dispuesto a entrar en cualquier combinación. Lo mismo si se trata de una empresa de peligro en eventuales riesgos que de una asociación mutual cooperativa. Los españoles estructuraron las primeras cooperativas. Los cubanos, con su intervención en dichos Centros, y constituyendo otros similares, ampliaron sus funciones, les dieron solidez y carácter nacional cubano.

Hoy las Quintas regionales y las Quintas criollas en conjunto, definen a Cuba como uno de los países de América mejor organizados—si no el mejor—en un sentido de cooperación mutual. Un ejemplo ilustra este concepto: El Centro Asturiano, con un promedio de sesenta mil asociados, además de asegurar la salud de sus miembros con derecho a atención clínica, quirúrgica y hospitalización en los pabellones de la Covadonga, dispone de escuelas adscritas al Centro para la educación gratuita de los hijos de los asociados, de una academia para la cultura artística y en su Edificio Social de salones de baile para las grandes fiestas. Todo por una mínima cuota que el cubano, nativo o trasplantado de España, la gasta despreocupadamente en rueda de amigos, en cualquier café de la esquina.

De años atrás, como miembro del Colegio Nacional de Periodistas y de la Asociación de Repórters, el autor de este reportaje se encuentra vinculado a la clase periodística cubana. Esta circunstancia me permite agregar al tema de este párrafo una información de primera mano.

La veterana Asociación de Repórters—Círculo Nacional de Periodistas—es el antecedente cronológico y constitucional del Colegio. Su prestigio como institución clasista sirvió de base al entusiasmo de un grupo de periodistas profesionales, los cuales encabezados por Lisandro Otero Masdeu se lanzaron a la empresa de constituir el Colegio. En poco más de dos años de laboriosas gestiones alcanzaron éxito. Hoy el Colegio, ajeno a luchas políticas y partidistas, es un baluarte defensivo de los derechos del periodismo profesional. La Escuela de Periodismo Márquez Sterling, organismo educacional del Colegio, se encuentra ya catalogada entre las de mayor prestigio de la América Latina.

Ahora bien, el periodista que es miembro del Colegio—y tiene que serlo para ejercer la profesión—y de la Asociación de Repórters, por razón de una y otra institución goza de los siguientes servicios: en el Edificio de los Repórters dispone de un local equipado con máquinas de escribir, papel, escritorio individual, etcétera, para su labor profesional; de un servicio médico con derecho a hospitalización; de un abogado para la defensa gratuita de sus derechos como periodista: de la representación y respaldo del Colegio para la defensa de esos mismos derechos en posibles conflictos patronales de trabajo; de los servicios del Club y del Restaurante en el Edificio de la Asociación, y mediante una pequeña cuota adicional ingresa en la mutual del Colegio o sea en el Fondo de Auxilio Mutuo que es un seguro de vida en condiciones excepcionalmente favorables. Y, en el último evento, cuando el hombre no necesita ya de nada para sí, a no ser un pedazo de tierra para el reposo definitivo, la Asociación de Repórters le brinda ese rincón en el Panteón de los Periodistas.

¡Suerte que tiene el cubano! Pero esta suerte, en Cuba, se hace extensiva a muchos periodistas que —como el autor de estas notas—, sin ser precisamente cubanos, pero sí radicados en Cuba, han sido gentilmente acogidos como miembros del Colegio y socios de la Asociación de Repórters o Círculo Nacional de Periodistas.



CUBA Y SUS VECINOS LOS AMERICANOS DEL NORTE

Esa suerte de Cuba para sostenerse en un bienestar que si decae en ocasiones nunca zozobra, ni al cruzar el Mar de los Sargazos de la caída del precio del azúcar, se origina también, si bien desde un distinto punto de vista, en su bien aprovechada vecindad inmediata a los Estados Unidos de Norteamérica.

De la aparente contradicción entre el lema del norteamericano anglosajón, «Time is money» y la actitud despreocupada del criollo, hijo del caliente sol de los trópicos, más bien atento a encontrar una fórmula que le permita «matar el tiempo» lo más agradablemente posible, el cubano ha hecho una síntesis y extraído para sí las mejores ventajas. Estimulando su natural ingenio saca buen partido del tiempo, de los acontecimientos y de los hombres con los cuales entra en contacto por motivo de negocios y aun de competencia en el negocio. Porque, en todo caso, el cubano sabe poner el aceite lubricante del desinterés y de la amistad. Arte singular que no se aprende porque la naturaleza lo da, cuando lo da, como en el caso del cubano.

Y he aquí cómo, a fin de trabajar lo menos posible, el cubano ha aprendido a trabajar y bien. Esta aparente paradoja es uno de los secretos de su suerte. Habituado al buen vivir y a lucir mejor no se resigna a estrecheces ni penurias, menos a un mal aspecto de su persona. Y cuando las vacas flacas del descalabro en el precio del azúcar, entre exponerse a perder ese amable disfrute de la vida o decidirse a trabajar como es debido, el cubano, en la alternativa, opta por lo segundo. La dura experiencia sufrida cuando la crisis de la primera guerra mundial le sirvió de mucho. En esa dura prueba templó mejor su carácter.

El cubano tipo medio—que es quien da carácter y fisonomía a la población—, si bien mantiene una actitud personal que lo sitúa lejos de los hábitos conservadores del español, para hacer frente a las vicisitudes de la vida pone a contribución lo mejor de las condiciones morales y espirituales heredadas de sus antepasados ibéricos. Dicho en otros términos, la viva luz del trópico agudiza en sus pupilas el espíritu alerta, emprendedor y tesonero del emigrante español. A lo que se agrega, para su ventaja, lo mucho que ha aprendido de sus vecinos norteños en cuestiones de conducir bien los negocios. A esta vecindad los cubanos le sacan más partido de lo que los mismos norteamericanos se figuran. El cubano viaja al norte con frecuencia y facilidad. Así el que tiene algún dinero como el que no lo

tiene. No se arredra nunca por dificultades más o menos. Su objetivo es Nueva York. Allí aprende o mejora su inglés. En parte trabaja y en mucho observa los métodos de organización para el buen éxito de los «business». Del «Time is money» de los norteamericanos capta solamente lo imprescindible. Con esto y con lo que sabe por sí mismo regresa a Cuba. Y según gráfica expresión del propio cubano, «le mete mano» al negocio. Sin desalentarse resiste la prueba de los contratiempos y de los fracasos. Al cabo triunfa. ¡Y he allí, de cuerpo entero, a un cubano con suerte!

El norteamericano—inventor del reloj-pulsera para no perder los segundos del tiempo que necesita para extraerlo del bolsillo—domina la técnica y las posibilidades prácticas del negocio, como son mercados, competencia, capital y mano de obra. Con un poco de atención y sin mirar el reloj, aun cuando lo lleve en la muñeca, el cubano aprende todo esto y prontamente de sus vecinos del norte. Además, hace uso de una muy suya peculiar visión intuitiva para entender intereses humanos. Algo muy distinto de manipular mercancías. En consecuencia domina con ventaja las más difíciles situaciones. Este sexto sentido psicológico del cubano equilibra y en algún modo aventaja al sentido práctico que distingue la mentalidad del hombre de negocios del norte.

Esta condición del cubano cabe ilustrarla con un ejemplo. El que la caña de azúcar constituya la riqueza de Cuba no es un secreto para nadie en el mundo. En cambio, muy pocos saben que, al margen de la pugna contra el capital inversionista extranjero, el cubano, paulatinamente, va rescatando para sí, de manos de las poderosas Compañías norteamericanas, grandes sectores de los cultivos de caña y muchos de los ingenios de azúcar. Año tras año disminuye el por ciento que de las ganancias de la industria del azúcar se canaliza desde Cuba hacia las oficinas de los magnates del capital inversionista en Wall Street. Colonos y hacendados cubanos, trabajadores de la caña, y obreros de la industria azucarera, asimismo cubanos, marginan para sí gran parte y en creciente proporción, de las ciertamente jugosas utilidades del dulce jugo de la caña. En suma, si bien es cierto que la industria cañera cubana mantiene poderosos accionistas en el norte, no lo es menos que cada día que pasa va siendo más cubana en su manipulación y en sus utilidades.



LOS CUBANOS EN SU NEGOCIO DEL AZUCAR

Las negociaciones entre Cuba y los Estados Unidos por asuntos económicos, incluyendo en las mismas el Tratado de Reciprocidad, generalmente se concluyen con ventaja para Cuba. Dentro del marco de posibilidades que le permite su condición de país pequeño, dependiente en lo económico y productor de materias primas, Cuba sabe sacar el mayor y más equitativo provecho de su riqueza cañera. Ventajas son éstas que el cubano no las obtiene de gracia, sino mediante hábiles gestiones conducidas con acierto y para cuyo éxito juegan papel importante la penetración psicológica y ductilidad imaginativa del cubano, frente al espíritu práctico y a los poderosos intereses de sus vecinos del norte.

Cuando la segunda guerra mundial, inmediatamente que se produjo este acontecimiento de consecuencias desorbitantes para la economía del mundo, la opinión nacional encaró el problema y, a través de la prensa diaria, se discutió la posibilidad de inmediatos mayores volúmenes de la zafra y de un mejor precio del azúcar, cuya cotización en el mercado mundial, cuando ese entonces, apenas si era ligeramente mayor de dos centavos y medio la libra. Los norteamericanos, por su parte, rápidamente reaccionaron contra el intento. Por razones de orden político interior el gobierno cubano no insistió en la demanda. Un poco más tarde apenas si se aumentó en menos de un centavo el precio del azúcar cubano. En cambio, sí se alteró en mucho para los compradores en el mercado mundial. El beneficio iba a parar a los intermediarios del norte, por cuyo conducto se efectuaban las operaciones. En cuanto los Estados Unidos entraron en el conflicto, propagaron el «slogan» de que la América latina debía contribuir para el triunfo de la democracia. La contribución de Cuba sería en azúcar, manteniendo al nivel el precio de anteguerra. Pronto el cubano se dió cuenta que esta contribución, en sentido económico, se contradecía con los mayores precios de los artículos norteamericanos manufacturados y con el más alto costo de vida...

En 1944 asumió el poder político un nuevo régimen y con él los cuadros del revolucionarismo militante en el partido «auténtico»; gentes curtidas en el entrejuego de la política de acción y en riesgos de toda índole, incluso en los que implica el arbitrar recursos sin pararse a meditar en la calificación de los medios al alcance.

Una vez instalado en Palacio, junto con sus cuadros de avezados revolucionarios, el nuevo mandatario echó una ojeada en torno a lo económico y descubrió que la riqueza del azúcar cubano, en esa hora de alza de precios de productos esenciales, estaba poco menos que inexplotada. Con instrucciones concretas del presidente de Cuba, el embajador en Washington se entrevistó con los representantes de la Casa Blanca para las negociaciones de la adquisición de la zafra cubana. Punto por punto les fué ganando la pelea. Acabó por demostrarles que una tan baja cotización del azúcar cubano, además de ser ruinosa para la economía de este país, era contraria al propósito de ganar la guerra para la democracia. Les convenció de la urgente necesidad de subir el precio de compra del azúcar a fin de que, a su vez, los cubanos pudiesen adquirir las encarecidas manufacturas de la industria norteamericana y, sobre todo, los artículos de primera necesidad, vitales para la existencia, cuyos costos a precio de bolsa negra impedían al cubano trabajador alimentarse lo suficientemente para rendir un buen trabajo en la producción, precisamente del azúcar, artículo del cual la democracia estaba muy necesitada...

Por su parte, los representantes del gobierno de la Unión no encontraron argumentos para resquebrajar tan sólidas razones, y negociación tras negociación, las zafras cubanas fueron aumentando hasta alcanzar volúmenes insospechados. Al mismo tiempo la cotización del azúcar cubano subió hasta dos veces más del precio de anteguerra.

Si es verdad que los márgenes del sobreprecio del azúcar destinado a la cuota mundial levantaron ingentes fortunas individuales, no lo es menos que, por carambola, el pueblo cubano vió crecer el caudal de moneda circulante.

De otro lado la Ley del Diferencial del Azúcar canalizó los márgenes provenientes de los más altos precios del azúcar sobre determinada suma, en partes proporcionales, hacia los tres sectores integrantes de la industria: hacendados, colonos y obreros. De esta suerte los trabajadores de la caña aseguraron un promedio de vida y subsistencia durante los largos meses, otrora angustiosos del «tiempo muerto». El diferencial sirvió también para nutrir los fondos del Retiro Azucarero. Este previsivo mecanismo impidió el total improductivo derroche de los ingentes ingresos de la zafra en los años de su mayor auge. Por su parte el ingenio siempre alerta, y la voluntad de superación del cubano no dejaron pasar esta brillante oportunidad de extraordinario movimiento de dinero circulante. Prontamente surgieron distintas empresas de tipo industrial y comercial financiadas con capital cubano. Aun la educación tuvo su alternativa, mediante la creación y engrandecimiento de los Colegios particulares, precisamente cuando la docencia oficial venía a menos como consecuencia del impacto de la Revolución en los Institutos de Enseñanza Secundaria y en la Universidad.

Y hoy, como en aquel todavía cercano ayer, el volumen del dinero circulante se mantiene al ritmo de prosperidad. No decrece. El pueblo cubano disfruta de un bienestar económico. La clase media equilibra sus gastos con sus ingresos. Pero... ¿y el día que baje el precio del azúcar y disminuya el volumen de la zafra? ¡Quién piensa en eso! Y si tal cosa llegara a ocurrir, no cabe duda que, al mismo tiempo, algo acontecería para mantener a flote la bella «isla de corcho», que si se sumerge no se hunde, al decir de uno de sus biógrafos y comentaristas. Y aun cuando no ocurriera ese «algo» extraordinariamente favorable en tiempos críticos, el ingenio del cubano no tardaría en descubrir excelentes recursos para sobrenadar en aguas turbulentas. En el peor de los casos, su buen humor ingénito le serviría para mantener su espíritu en un equilibrio saludable. El necesario para mirar la vida cara a cara y con inalterable optimismo.



LA EXPANSION DEL CUBANO CAPITALISTA

Cuba, país propicio a la inversión del capital extranjero, se está convirtiendo en inversionista en el mercado exterior. Buen ejemplo de esta aseveración es lo que ocurre en la bella ciudad floridana de Miami, balneario paradisíaco de temporadistas invernales, en la costa sur de los Estados Unidos y a minutos en vuelo de La Habana.

Prácticamente y en un sentido industrioso y comercial, Miami ya no es de los norteamericanos sino, en gran parte, de los cubanos enriquecidos en los eventos de la política. Temerosos éstos de las extorsiones que desataron contra ellos los cuadros de acción revolucionaria, invirtieron en Miami sus capitales. Tiendas, hoteles y restaurantes, así como fincas y propiedades inmobiliarias urbanas, han pasado a ser propiedad de cubanos ricos. Allí—y en Key West—disfrutan de su riqueza y también de poder. Intervienen con éxito y por sus personales métodos en la elección de autoridades municipales. Alguna vez uno de los mismos cubanos resulta elegido autoridad. Para los norteamericanos de Miami los cubanos residentes, sean éstos dueños o no dueños de negocios, les han resultado excelentes amigos y consejeros. Pero de seguir en auge la penetración del cubano capitalista en la ciudad de Miami, un día los floridanos van a protestar del «imperialismo» cubano en los Estados Unidos de Norteamérica.





EDICIONES CULTURA HISPANICA

COLECCION DE FUENTES DEL DERECHO INDIANO

Recopilación de Leyes de los Reinos de las Indias. (Tres volúmenes, 150 pesetas.)
Notas a la recopilación de Indias, por Manuel Josef de Ayala. (Dos volúmenes, 100 pesetas. La obra constará de cinco volúmenes.)
Cedulario Indiano, por Diego de Encinas. (Cuatro volúmenes, 400 pesetas.)
La incorporación de las Indias a la Corona de Castilla, por Juan Manzano Manzano. (Un volumen, 70 pesetas.)
Historia de las Recopilaciones de Indias. Tomo I, siglo XVI, por Juan Manzano Manzano. (Un volumen.)

COLECCION DE INCUNABLES AMERICANOS

Doctrina cristiana en lengua española y mejicana, por los Religiosos de la Orden de Santo Domingo. Prólogo de D. Ramón Menéndez Pidal. (Un volumen, 50 pesetas.)
Dialectica resolutio cum textu Aristotelis, por el P. Alfonso de la Vera-Cruz. (Un volumen, 40 pesetas.)
Provisiones, cédulas, instrucciones para el Gobierno de la Nueva España, por el Dr. Vasco de Puga. (Un volumen, 50 pesetas.)
Vocabulario en lengua castellana y mejicana, por Fr. Alonso de Molina. (Un volumen, 40 pesetas.)
Ordenanzas y Compilación, por D. Antonio de Mendoza. (Un volumen, 40 pesetas.)
Arte de la lengua mexicana y castellana, por Fr. Alonso de Molina. (Un volumen, 40 pesetas.)
Diálogos militares, por Diego García del Palacio. (Un volumen, 40 pesetas.)
Instrucción náutica para navegar, por Diego García del Palacio. (Un volumen, 40 pesetas.)
Problemas y secretos maravillosos de las Indias, por Juan de Cárdenas. (Un volumen, 40 pesetas.)
Tratado breve de medicina, por Fr. Agustín Farfán. (Un volumen, 70 pesetas.)
Arauco domado, por Pedro de Oña. (Un volumen, 60 pesetas.)

COLECCION DE HISTORIA Y GEOGRAFIA

Imagen del mundo hacia 1570, según noticias del Consejo de Indias y de los tratadistas españoles, por Gonzalo Menéndez Pidal. (Un volumen, 60 pesetas.)
Semblanza espiritual de Isabel la Católica, por el P. Feliciano Cereceda, S. J. (Un volumen, 30 pesetas.)
Diego Laínez en la Europa religiosa de su tiempo, por el P. Feliciano Cereceda, S. J. (Dos volúmenes, 100 pesetas.)
Hernán Cortés: estampas de su vida, por Santiago Magariños. (Un volumen, 80 pesetas.)
Expediciones españolas (siglos XIX), por el General Esteban Infantes. (Un volumen, 65 pesetas.)
Breve Historia de España, por José M.ª Pemán. (Un volumen, 25 pesetas.)
Reseña histórica de la villa de El Salvador, por Rodolfo Barón Castro. (Un volumen, 100 pesetas.)
Alabanza de España, por Santiago Magariños. (Tres volúmenes, 180 pesetas.)

COLECCION DE VIAJES Y DESCUBRIMIENTOS

Relación que escribió Fr. Gaspar Carvajal, fraile de la Orden de Santo Domingo de Guzmán, del famoso Río Grande, que descubrió por muy gran ventura el Capitán Francisco de Orellana, desde su nacimiento hasta salir a la mar, por José Toribio Medina. Prólogo de D. Antonio Ballesteros. (Un volumen, edición limitada, 75 pesetas.)

COLECCION AMBOS MUNDOS

Las huellas de los Conquistadores, por D. Carlos Pereyra. (Un volumen, 8 pesetas.)
El dorado fantasma, por el P. Constantino Bayle, S. J. (Un tomo, 15 pesetas.)
Historia de la Leyenda Negra hispanoamericana, por Rómulo D. Carbia. (Un volumen, 15 pesetas.)
El sentido misional de la conquista de América, por Vicente D. Sierra. (Un volumen, 20 pesetas.)
La aportación extranjera a las misiones del patronato Regio, por Lázaro de Aspurz, O. F. M. (Un volumen, 15 pesetas.)
Problemas de las migraciones internacionales, por Teodoro de la Torre Recio. (Un volumen, 35 pesetas.)
Manual de dialectología española, por Vicente García de Diego. (Un volumen, 30 pesetas.)
Viaje a Nueva Castilla, por Juan Bernia. (Un volumen, 12 pesetas.)
El inca Garcilaso, por Aurelio Miró Quesada. (Un volumen, 30 pesetas.)
Un caudillo: El General Fructuoso Rivera, prócer del Uruguay, por José G. Antuña. (Un volumen, 25 pesetas.)
Cuando los dioses nacían en Extremadura, por Rafael García Serrano. (Un volumen, 50 pesetas.)
México en la Hispanidad, por José Fuentes Mares. (Un volumen, 30 pesetas.)
El Occidente y la Hispanidad, por Bernardo María Monsegú, C. P. (Un volumen, 40 pesetas.)
Las Malvinas, por el Dr. José Arce. (Un volumen, 40 pesetas.)

SECCION JURIDICA

Relaciones económicas entre España y los Estados Unidos, por José Miguel Ruiz Morales. (Un volumen, 15 pesetas.)
Los principios del Derecho Público en Francisco de Vitoria. Selección con introducción y notas, por Antonio Truyol Serra. (Ediciones en francés e inglés. Un volumen, 15 pesetas.)
El Estado según Francisco de Vitoria, por el P. Emilio Naszalyi, O. C. (Un volumen, 45 pesetas.)
Derecho Constitucional Ecuatoriano, por Ramiro Borja. (Tres volúmenes, 240 pesetas.)

COLECCION PUEBLOS HISPANICOS

Uruguay, el Benjamín de España, por Ernesto La Orden Miracle. (Un volumen, 70 pesetas.)

COLECCION HOMBRES E IDEAS

El africanismo en la cultura hispánica contemporánea, por José María Cordero Torres. (Un volumen, 20 pesetas.)
La cultura española en los últimos veinte años: el teatro, por Nicolás González Ruiz. (Un volumen, 15 pesetas.)
Vida de la Avellaneda, por Mercedes Ballesteros. (Un volumen, 20 pesetas.)
Emoción y recuerdo de España en Filipinas, por el Dr. D. Carlos Blaneo Soler. (Un volumen, 30 pesetas.)
Breve historia del Brasil, por Renato de Mendoça. (Un volumen, 25 pesetas.)
Razas y racismos en Norteamérica, por Manuel Fraga Iribarne. (Un volumen, 25 pesetas.)
Política española y política de Balmes, por José María García Escudero. (Un volumen, 25 pesetas.)
San Antonio M.ª Claret, por el P. Pujadas. (Un volumen, 25 pesetas.)
La síntesis viviente, por Víctor Andrés Belaunde. (Un volumen, 30 pesetas.)

COLECCION HISPANISTAS

Cervantes en el país de Fausto, por J. J. A. Bertrand. (Un volumen, 45 pesetas.)

CUADERNOS DE ARTE

SERIE A:

La ruta de Colón y las torres del Condado de Niebla. (Un volumen, 65 pesetas en rústica y 85 encuadernado.)
Jerez y los puertos. (Un volumen, 65 pesetas en rústica y 85 pesetas encuadernado.)
Trujillo. (Un volumen, 100 pesetas en rústica.)

SERIE B:

Elogio de Quito, por Ernesto La Orden. (Un volumen, 250 pesetas.)

PUBLICACIONES DEL SEMINARIO DE PROBLEMAS HISPANOAMERICANOS

COLECCIÓN DE MONOGRAFÍAS:

Misión de los pueblos hispánicos, por Juan Ramón Sepich. (Un volumen, 15 pesetas.)
La independencia de América en la Prensa española, por Jaime Delgado. (Un volumen, 25 pesetas.)
Visión política de Quevedo, por Osvaldo Lira, SS. CC. (Un volumen, 25 pesetas.)
España como problema, por Pedro Laín Entralgo. (Un volumen, 15 pesetas.)
El Seguro social en Hispanoamérica, por Carlos Martí Bufill. (Un volumen, 25 pesetas.)
Amor a México, por Ernesto Giménez Caballero. (Un volumen, 15 pesetas.)
Directrices cristianas de ordenación social, por Fr. Albino G. Menéndez Reigada, Obispo de Córdoba. (Un volumen, 25 pesetas.)
Sociología de la política hispanoamericana, por Julio Icaza Tijerino. (Un volumen, 25 pesetas.)
Orientaciones internacionales del Cinema, por el Congreso del O. C. I. C., de Bruselas. (Un volumen, 40 pesetas.)
Amor a Portugal, por Ernesto Giménez Caballero. (Un volumen, 25 pesetas.)

COLECCION SANTO Y SEÑA

Viaje a Suramérica, por Pedro Laín Entralgo. (Un volumen, 12 pesetas.)
Pasado, presente y porvenir de la Gran Argentina, por Jesús Evaristo Casariego. (Un volumen, 12 pesetas.)
Las doctrinas políticas de Eugenio María de Hostos, por Francisco Elías de Tejada. (Un volumen, 20 pesetas.)
Perfil cultural de Hispanoamérica, por Angel Alvarez de Miranda. (Un volumen, 12 pesetas.) Premio MVNDO HISPÁNICO 1949.
Mensajes de Hispanidad, 1949. Discursos de los Excelentísimos e Ilmos Sres. Sánchez Bella, Raffo de La Reta, Marín Balmaceda, Belaunde y Martín Artajo. (Un volumen, 12 pesetas.)
La Universidad, el intelectual y Europa, por Pedro Laín. (Un volumen, 15 pesetas.)

COLECCION LA ENCINA Y EL MAR

Escrito a cada instante, por Leopoldo Panero. (Un volumen, 30 pesetas.)
Antología tierra, por Manuel del Cabral. (Un volumen, 30 pesetas.)
La espera, por José María Valverde. Premio Nacional de Literatura 1949. (Un volumen, 30 pesetas.)
La casa encendida, por Luis Rosales. (Un volumen, 30 pesetas.)

COLECCION DE ANTOLOGIAS POETICAS

Nueva poesía nicaragüense. Introducción de Ernesto Cardenal; selección y notas de Orlando Cuadra Downing. (Un volumen, 50 pesetas.)
Panorama y antología de la poesía americana. Estudio y traducción de José Coronel Urtecho. (Un volumen, 50 pesetas.)

OFICINA IBEROAMERICANA DE INFORMACION ECONOMICA

Industria algodonera en el mundo hispánico, por E. Cobos. (Un volumen.)

VARIOS

Catálogo de revistas españolas. (Un volumen, 100 pesetas.)

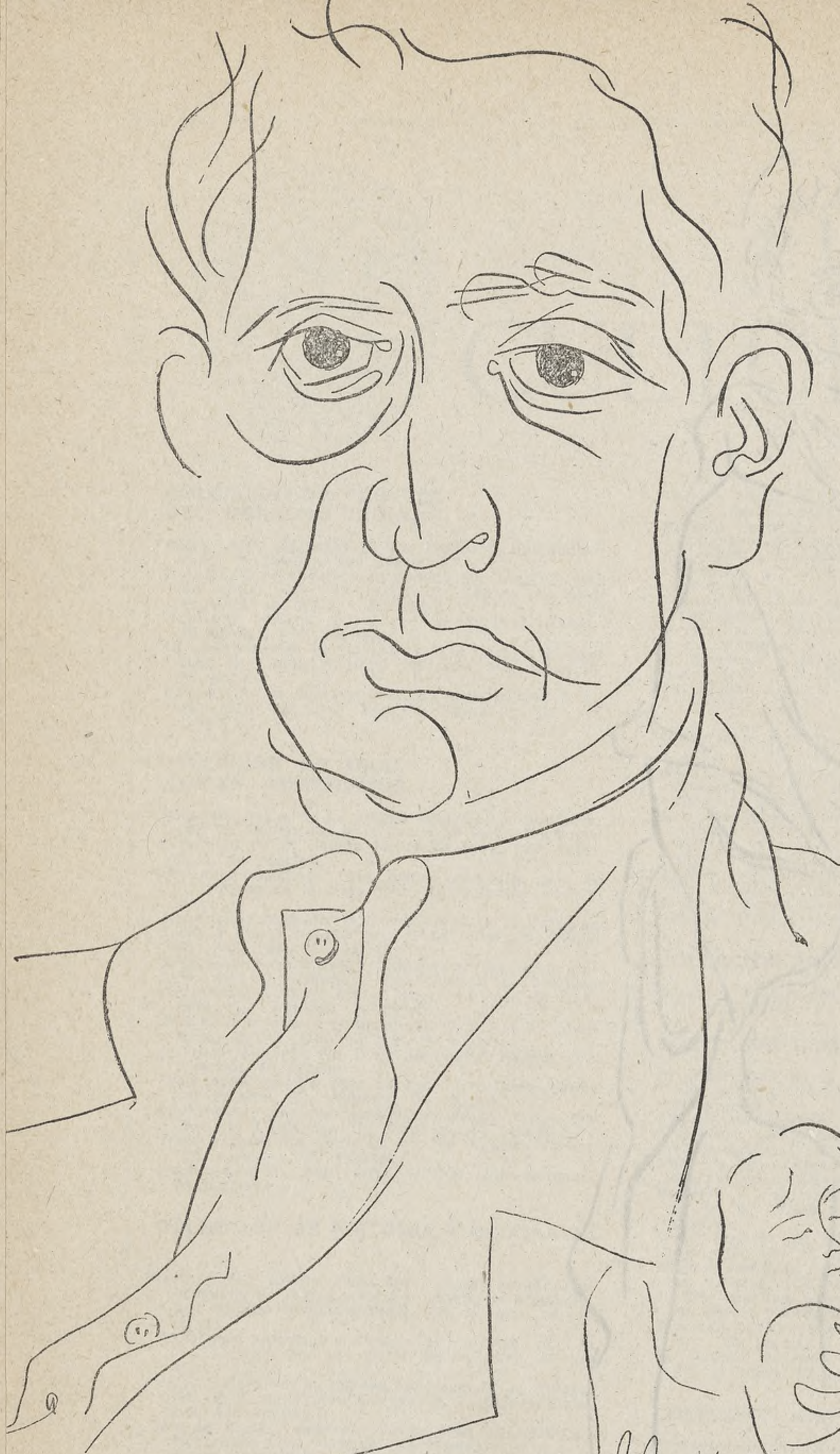
OBRAS EN PREPARACION

El Romancero, por D. Ramón Menéndez Pidal.
La Crónica general de 1344, por D. Ramón Menéndez Pidal.
Reliquias de la poesía épica española, por D. Ramón Menéndez Pidal.
Los caminos en la Historia de España, por Gonzalo Menéndez Pidal.
Tablas cronológicas de la Literatura Española, por Gonzalo Menéndez Pidal.
Mapa de Juan de la Cosa.
Manual del investigador hispanoamericano, por Joaquín de Entrambasaguas.
Bibliografía científica del Ecuador, por C. M. Larrea.
Centros de investigación hispánica en los Estados Unidos, por Ronald Hilton.
Cuatro clásicos americanos, por Gonzalo Zaldumbide.
El Salvador, país de lagos y volcanes, por Alberto de Mestas.
El chapín de raso, por Paúl Claudel.
Vindicación de España, por Maurice Legéndre.
Vecindad histórica (españoles y franceses), por François Pietri.
Antología de elogios de la lengua española, por Germán Bleiberg.
Coros y danzas de España en América, por Rafael García Serrano.
Antologías poéticas de Argentina, Puerto Rico, Perú, Cuba, Colombia, Brasil, Ecuador, Méjico, Chile, Santo Domingo, y *Poesía indígena precolombina americana.*
La reforma del Congreso de los Estados Unidos, por Manuel Fraga Iribarne.
Linaje y descendencia de Hernán Cortés, por Dalmiro de la Válgoma.
Síntesis histórica y geográfica del Ecuador, por J. Luna Yepes.
Sesenta notas sobre literatura, por Félix Ros.
Tres poetas argentinos, por J. M.ª Alonso Gamo.

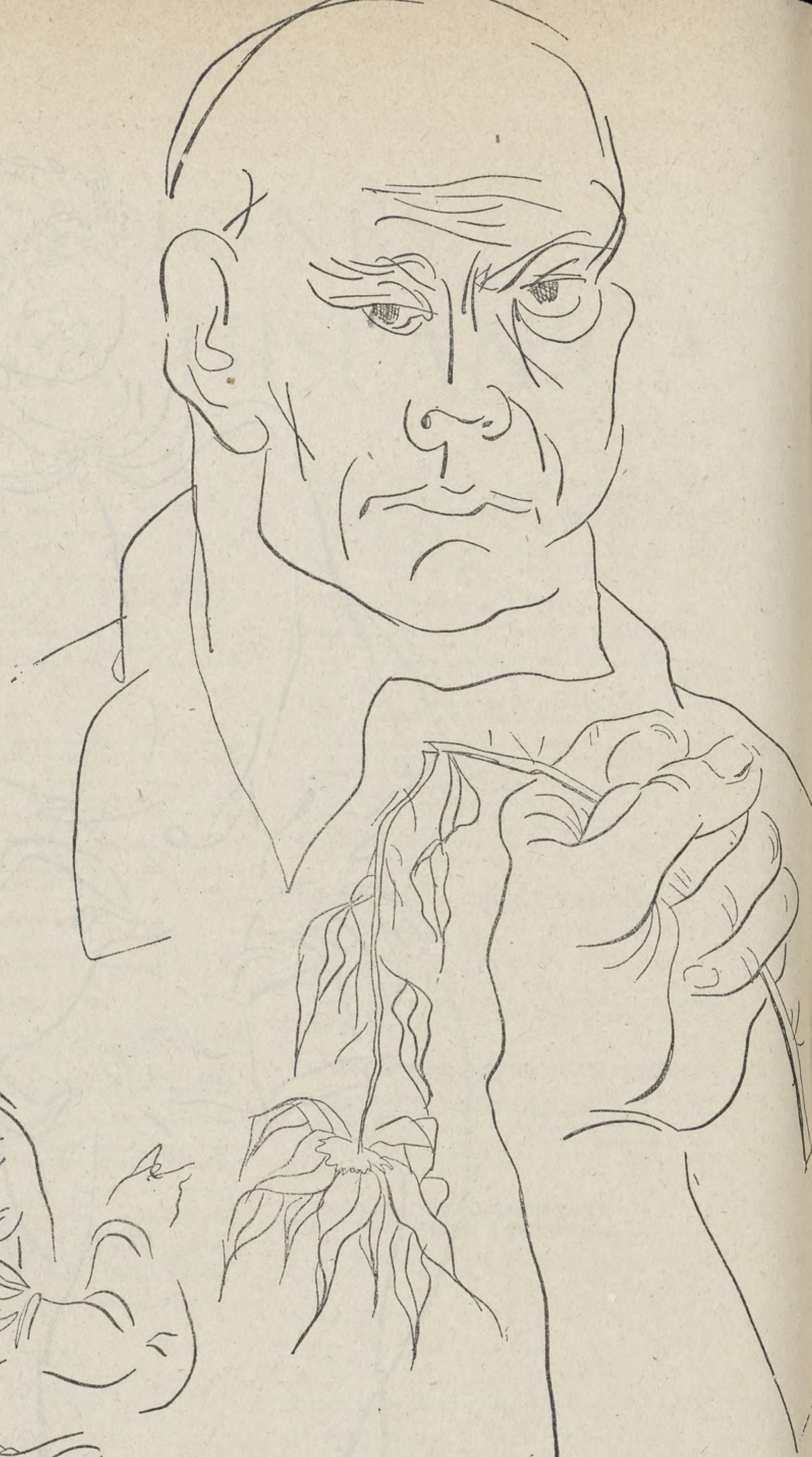


DIEZ DIBUJOS DE LIEBANA

LIEBANA (César Ginés Liébana Velasco), nacido en Córdoba, con apellido santanderino, acaba de regresar de un largo viaje por Europa. No hace mucho, este antiguo colaborador de MVNDO HISPANICO expuso sus dibujos simultáneamente en salas de Madrid y de París. MVNDO HISPANICO ofrece en estas páginas unas muestras del lápiz de Liébana, en las que se acusa la evolución de este pintor español.



CABEZA DE F.



MANO CON FLOR Y FIGURA



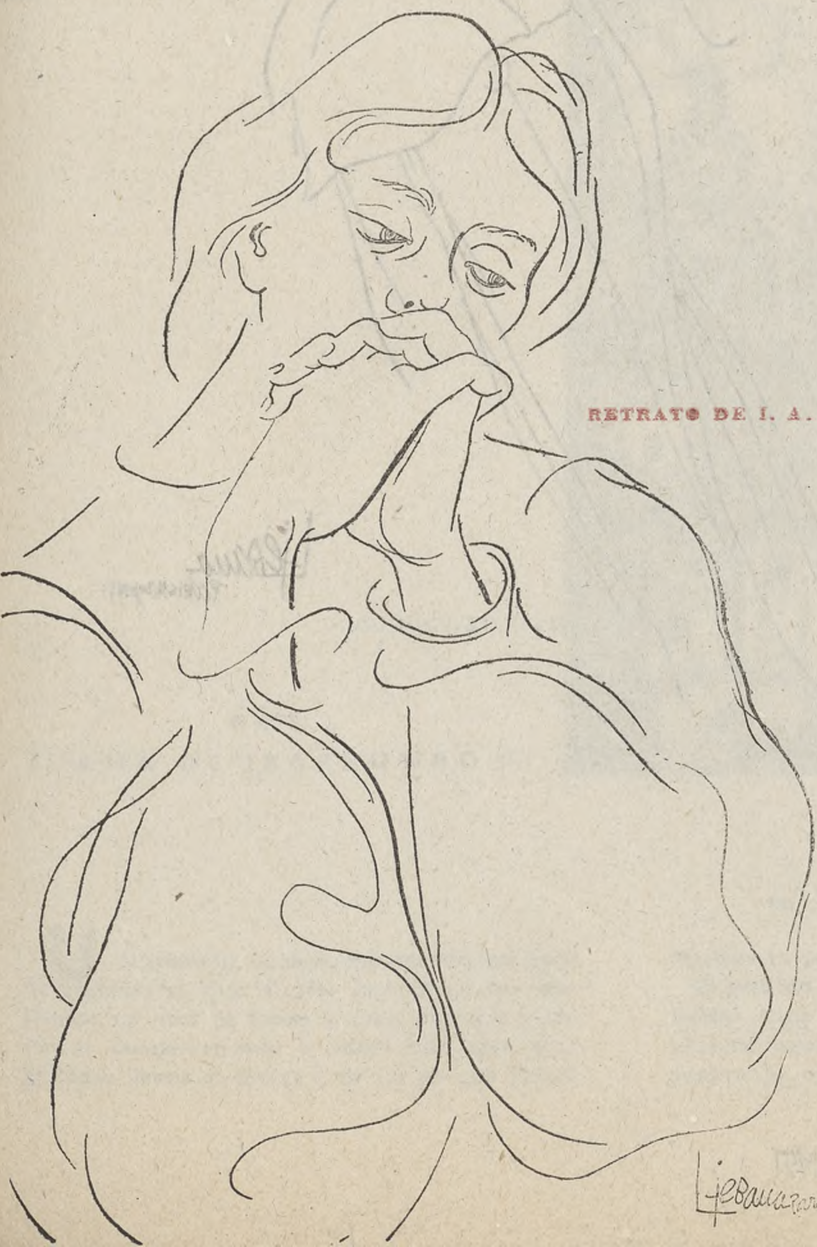
ANGEL DE ROMA



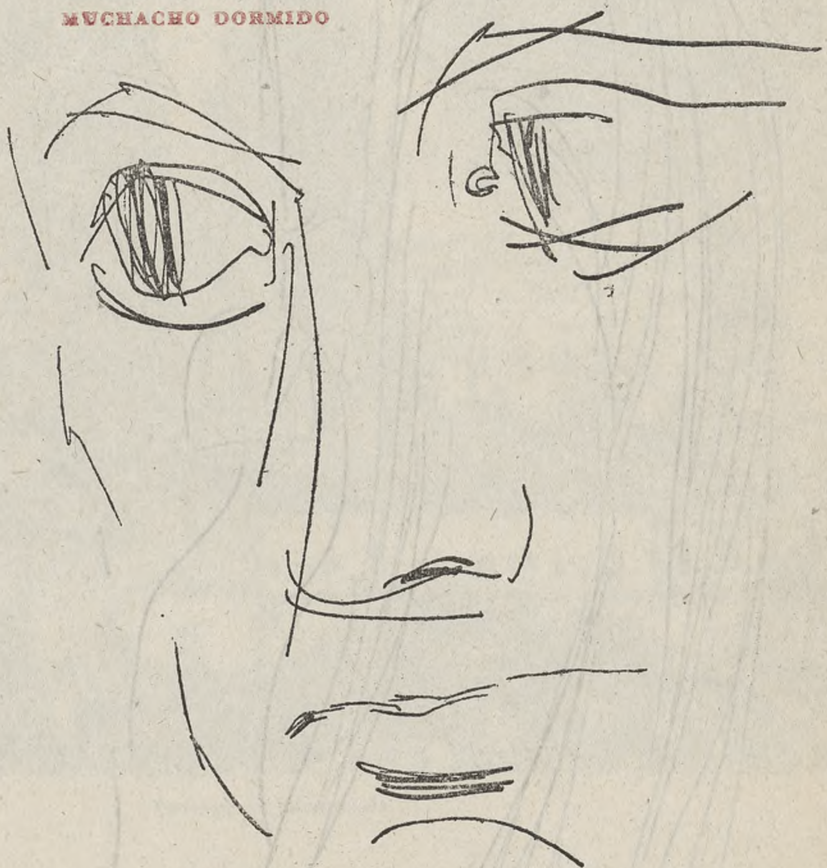
BABETTE LEONET



MUCHACHO DORMIDO



RETRATO DE I. A.



CABEZA



RETRATO DE BIOUCHY

FIGURA DE CHAILLOT



Crucero gallego en la costa.



Pueblo marinero de Galicia.

Aguafuertes de Prieto Nespereira



Santiago de Compostela.

POR
JUANA DE IBARBOUROU

UN asombro, un deslumbramiento, ese gozo de encontrarse ante el arte logrado en sus más íntimos secretos de forma y alma, detienen y renuevan constantemente la admiración ante esos grabados llenos de fuerza y de luz en que Prieto Nespereira parece haber tocado ya la perfección.

El grabado de Julio Prieto está lleno de voces y latidos, pone el alma en sus estampas. Morriña, y ensueño, agua con luz, aire movido, paisajes con respiración, casonas detrás de cuyos muros golpea el oleaje de la vida interior, a veces río limpio y a veces mar brava. Tienen sus aguafuertes una gracia, un vigor, una luz y un ambiente tan reales, que de todo ello surge la fuerza espiritual honda, rica, apresando la admiración y el sentimiento.

Ribera del Berbes (Vigo).



Pinos de la costa gallega.

Pocas veces he visto perfección más palpitante, con más comunicación de alma para el contemplador. Sus aguafuertes se afincan en la vida y de ella toman elementos corpóreos y anímicos, que transmiten una emoción profunda que nadie puede definir, pero que viene de la belleza y de la realidad logrados, en ese elegido destino del artista puro.

Nuestro amigo —a gloria tengo yo esta alta amistad— posee un dominio del dibujo y una expresión ahondándose desde lo externo, que es seguramente conseguida por la técnica dominada al servicio de un espíritu profundamente noble y lírico, que entra en el paisaje y las cosas y sabe sorprender los palpitantes secretos de la naturaleza. Una ría, una plazuela, una muchacha, una calleja, la niebla y el sol, la luna y el alba, todo posee, en la obra de Prieto, esa profundidad conmovedora de la forma sensible que es seguramente el alma universal entregada o conquistada por el artista, que ha encontrado la clave divina. Prieto está en este punto, que es el pináculo.

Frente a sus aguafuertes se siente el embrujo de un alma y un talento creadores. Porque ese no se qué de los cuadros de Julio Prieto, es sólo suyo. Mezcla de saudade y esperanza, como en los ojos que miran lejos, más allá de los horizontes y quizás más allá de la muerte. Acaso muerda la placa de metal con ácidos preparados por alguna «bruxa».

Se piensan muchas cosas frente a estas magníficas estampas. Y cuando una obra de arte hace pensar y sentir hondamente, ya es cosa señalada por el signo divino: ya tiene un alma que se comunica con la del contemplador. Dios se ha inclinado hacia ella... Y Dios debe estar contento de las estampas de su Julio Prieto...

Sol, viento, agua corrediza, paisaje movible de la Galicia de mi amor y de mis sueños. Gracias, Julio Prieto, por haberme dado con sus aguafuertes tan fantástica cercanía del país desconocido y lejano, que la morriña de mi padre hizo substancia de mi corazón.

Le debo a este artista exquisito unas enternecidas tardes en las que se mezclaron, como dos corrientes puras, la emoción de arte superior que nos cae de su obra y la emoción saudosa de tierra gallega que emana de sus estampas. Poeta del ácido, que del corrosivo sobre la plancha de metal, como un demiurgo, saca este milagro de evocación, de hondas reflejadoras, de luz y aire oxigenados, que nos viene de sus cuadros. Milagro vivo, con pulso y con sangre, como si camináramos por las calles seculares que amparan las torres graves de Santiago de Compostela, o como si un largo rato hubiéramos asistido a la angustia de la madre y la novia que esperan al emigrante amado en el poemático tríptico de «N'a espera» o como si, pensativos, nos hubiéramos llenado el hueco de la mano con un puñado escurridizo de esa agua de las rías que nos trae Prieto Nespereira, con todo el esplendor de su frescura y su elasticidad. ¡Esto es, Señor, regalar belleza auténtica a los ojos fatigados de mentiras!; y esto es hacer españolismo superior fuera de las fronteras de la Patria.

Galicia solaz, Galicia lírica, poma de oro caída de las manos de Dios entre las montañas de España: sonríe y bendice a este artista tuyo que tiene el don brujo de hacerte llegar, admirabilísima, a todos los rincones del mundo donde por ti suspiran los hijos de tus hijos.

Galicia de mi padre y de mis sueños: ¡cómo he andado estos días, por sus labrados campos y sus ciudades seculares, traspasada de morriña, ávida, llena la boca de versos y rezos en la infinita sauda de que tal vez nunca ha de saciarse!

Betanzos (Medalla de Oro, 1932).





El mar tiene en Prieto Nespereira un fiel intéprete: Casas de pescadores.

A la izquierda: Paisaje con figura, toda la saudade gallega hecha poesía.

Galicia solaz, Galicia lírica, poema de oro: Los tres hermanos.



La isla de los Pinos tiene una mina de oro



FUE ANTIGUO REFUGIO DE PIRATAS



POR JESUS CONDE

EL solo nombre de una pequeña mancha cartográfica escondida en la litografía azul del mar Caribe suscita bellas sugestiones que empiezan ya por el perfume de algo muy evocador: Isla de Pinos.

¿Qué habrá detrás de las cortinas de este nombre de tan penetrante fonética? He aquí, sin duda, la primera pregunta de quien se tropiece con él en las páginas de cualquier Geografía o en las rítmicas columnas periodísticas de un reportaje, noticia o razón lírica de viajes y periplos.

Descorramos esas cortinas. Al otro lado aparecerá súbitamente un lento y lánguido cinturón de playas que rodea con femenina gracia el perfil insular de un breve territorio. Y en la frontera de las limpias arenas, el viaje cumplido de un abanico de ríos que antes habían viajado por las espesuras forestales y que arrastran en sus aguas el eco misterioso de mil recuerdos de piratería.

Historia, leyenda, tradición, romance. Todo mezclado, como en los sueños y en las fantasías literarias de Melville, Conrad y Stevenson.

Paisaje para el idilio campesino, el silencio fecundo y la égloga honda. Por todas partes el horizonte es una línea ondulada de montes suaves y vegetación brillante bajo la explosión del sol. Retazos que urden la gran trama de una verde y sosegada belleza, tendida laxamente al pie del cielo tropical, cuyo rizado límite lo forman las espumas fluviales y oceánicas al confundirse. Un jardín inmenso y encantado en el que Dios se esmeró con su cósmico pincel.

La vega pinera no tiene rival. Poesía, recreo, serenidad y deleite se funden en un todo armónico para llenar de paz el espíritu más inquieto y atormentado.

Tal es Isla de Pinos en nuestros días: pueblos escondidos en un recato manso y noble, que sombrean los boscajes de sus pinares y naranjos. Isla plácida y tranquila, que vivió olvidada desde su descubrimiento, y cuyas fuerzas potenciales, de calidad extraordinaria, nadie quiere justipreciar en todo su enorme valor. Cuba misma la tiene abandonada. Y las necesidades de aquel territorio son como las coplas del payador argentino:

«Cosas que todos las sienten,
pero que «naides» cantó...»

El 13 de junio de 1494 empieza la historia de Pinos. Regresaba Colón—en su segundo viaje al Nuevo Mundo—de explorar la costa Sur de Cuba, cuando otro territorio virgen se puso frente a la proa de sus naves. Con ellas entró el Almirante por una ría baja de ensueño, que proporcionó a los españoles una emoción profunda por la gracia de aquella vegetación poderosa que se iba abriendo a su vista en las márgenes de la límpida vena de agua por donde navegaban. El descubridor tomó

posesión de la isla y le puso por nombre «La Evangelista».

Colón tenía prisa por proseguir la ruta del Cipango, el Catey o el Queroneso, hacia su delirante ilusión de hallar el relieve de las Indias Orientales. Levó anclas en seguida y su paso por Pinos quedó someramente registrado en estas cuatro líneas de su diario: «...donde fuí bien recibido por los habitantes de ella; y fuimos tan proveídos de agua, pescado y leña, que ninguna cosa hizo falta.»

La isla volvió a su recatado silencio y España no se acordó más de ella, hasta el extremo de haber llegado a olvidar el nombre puesto por el descubridor. Años más tarde, el Cabildo de La Habana la mercedó al capitán don Hernando de Pedroso, natural de Valderas, en el reino de León, y soldado que era por aquel entonces del famoso Morro. Los que la visitaron después del descubrimiento llamáronla la Isla de los Pinos.

Muy poco progresó «La Evangelista» a pesar de ello. Un historiador de aquella época escribió: «Halléla muy despoblada; la vi con cuarenta vecinos; agora once más, sin Alcaldes, sin Regidores, sin orden de pueblo.» En el primer censo de población sólo aparecen 76 habitantes.

En 1773, el conde de Ricla se propuso colonizarla, pero hubo de abandonar el proyecto por su regreso a España.

Fué el general don Francisco Dionisio Vives quien estableció en la isla la primera colonia militar, «para prevenir algún ataque que por aquella parte del territorio a su mando pudieran intentar las fuerzas insurgentes de Bolívar».

La verdad fué otra. Se enviaron tropas a «La Evangelista» porque los ingleses intentaron posesionarse de ella si no se protegía, ya que por su colocación estratégica de ventanal a las rutas oceánicas, con puertos seguros y grupos de cayos escondidos y desiertos, que facilitaban refugios admirables preparados por la Naturaleza, fué durante siglos amparo tranquilo y casi inviolable de los cientos de aventureros que merodeaban las costas cubanas, en acecho de los buques indefensos. No hubo lidiador de mares que no la tomara como trampolín para sus correrías por los meridianos de las Antillas.

Hawkins, Drake, Baskerville, Morgan, el Olonés, «Pata de Palo» y demás gente pirata se acogieron a la sombra protectora de sus bosques mientras carenaban sus peligrosas naves. Las costas pineras presenciaron el fin de la poderosa escuadra con la que Drake pretendió barrer las ciudades hispanas de América, como represalia de la derrota sufrida por su jefe, Hawkins, en San Juan de Ulúa. Baskerville, que mandaba gran parte de la flota, trató de evitar el ataque, pero la escuadra española le combatió y le puso en dispersión, dejando el filibustero mu-



Bohío recatado y escondido en la selva tropical exuberante.

Ría baja de la Isla de Pinos. Por aquí pasó Colón con sus naves.



Villa señorial. En torno, ciñéndola, la selva.

Otro aspecto de la Isla de Pinos: una trocha.



chas embarcaciones rezagadas en los cayos isleños. El resto de la flota de Drake fué duramente castigada al sur de Cienfuegos.

Superada la era tormentosa en que ondeaba en las costas pineras la tétrica enseña de la calavera corsaria, hizo gestiones el rey Leopoldo I de Bélgica para comprarla. Pero no andaba muy holgado de dinero el reino flamenco y estaba España harto preocupada por los disturbios que la llevaron a la guerra civil, fracasando en su intento de adquisición el diplomático Barón de Norman.

En 1830 se hizo el acta de colonización. Al pueblo en el que habrían de residir las autoridades se le llamó Nueva Gerona, como tributo de respeto y admiración hacia la vieja y heroica ciudad ibérica.

El primer personal que fué a la isla lo constituyó una compañía de guarnición y un considerable número de presidiarios. En el año de 1874 fué creada término municipal, segregándola de Bejucal, a cuya jurisdicción pertenecía. El ayuntamiento se constituyó en 1879.

Con la independencia antillana, Isla de Pinos anduvo en pleitos de conversaciones y tratados, hasta que el 13 de marzo de 1925 quedó definitivamente bajo la soberanía de Cuba. Y vino un fugaz renacer del pueblo, hasta que volvió a sumirse en su calma habitual y a vivir de la ensoñación de sus recuerdos.

De pronto, inesperadamente, rompieron su quietud equipos de ingenieros y cuadrillas de operarios y trabajadores. Cables, turbinas, railes y vagonetas hicieron su aparición en el apacible paisaje. Una potente y atronadora vibración de motores quebró la vieja égloga de paz. Una vibración que andando los días se convertiría en riqueza, en fuerza, en alegría, en una vida mejor.

Porque en Isla de Pinos hay una mina. No es una mina de bocas tenebrosas, con un oscuro dédalo de galerías donde acechan el grisú y las sombras. Es una mina de oro y la explotación se realiza a cielo abierto.

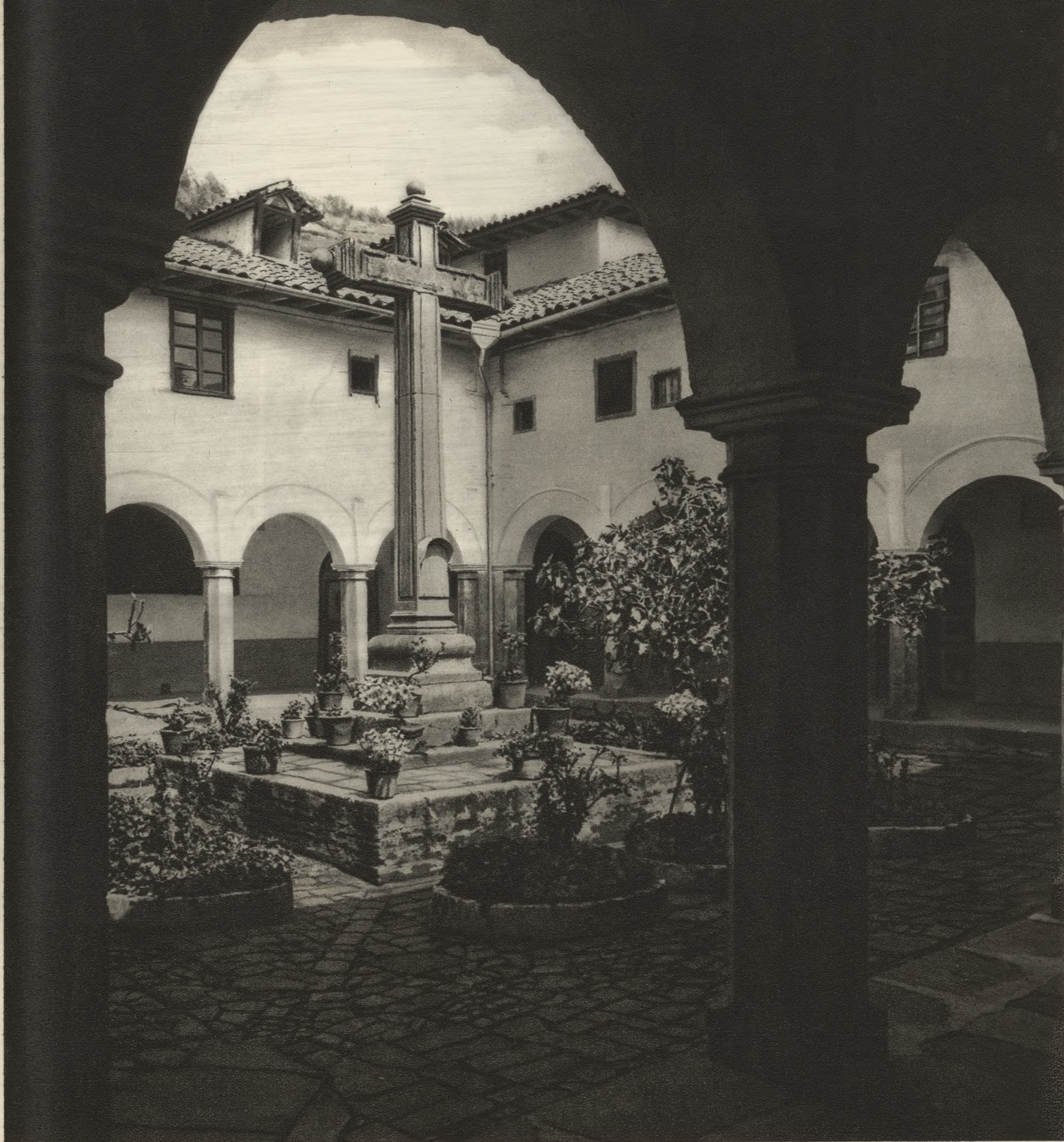
Y, sin embargo, la isla no perderá su personalidad. Es cierto que en torno a las vetas han nacido edificios recientes para formar un poblado nuevo nervioso, febril y lleno de esperanzadoras ilusiones. Pero apenas ha quedado a la espalda el revuelto engranaje de hierro y cemento, vuelve a presentarnos su fisonomía antigua, su perfil tradicional de tierra apacible y silenciosa, de vida tranquila sin ruidos ni sobresaltos.

Aquellos indescriptibles paisajes, impregnados de melancólica belleza, continúan dormidos bajo el rumor de los pinos que mueve el viento y la gran sinfonía de sus ríos y sus fuentes. Y la clara luz, de una inusitada transparencia, pule y contornea, como siempre, la grácil silueta isleña. No es sólo la emoción solemne de la leyenda y la incomparable hermosura natural lo que da a la Isla de Pinos acento propio. Es también su ubérrima vega, escoltada por amplias, jugosas y fecundas perspectivas.

Y aquí queda hecha, en trazos superficiales y leves, la biografía de este territorio insular, tan rico en resonancias estéticas y literarias, y que fué madriguera de gentes sin ley, nubes de piratas que nunca pudieron imaginarse que bajo la verde y tropical alfombra hollada por sus pies delincuentes se agazapaba la riqueza perseguida por ellos en crueles y atroces singladuras sobre el lomo de las olas caribes.

Para que no falte el dato geográfico indispensable que sitúe al lector en el escenario exacto de este trabajo, hemos de terminar por donde quizá deberíamos haber empezado. Isla de Pinos está situada en la parte suroccidental de Cuba. Tiene una superficie de 3.061 kilómetros cuadrados y una población, incluyendo la penal—alrededor de 2.000 entre autoridades, guardianes y reclusos—, de 9.812 habitantes, según el último censo. Antes de la ratificación del Tratado Hay-Quesada llegó a alcanzar un número de 30.000 habitantes.

Está unida a Cuba por un brazo submarino, y esos insignificantes centímetros de agua que cubren el banco, impiden a los gobernantes habaneros darse cuenta de que forma parte del mismo tronco de la Perla de las Antillas.



PATIO DE SAN DIEGO, RELICARIO DE ARTE Y DE EMOCION

ELOGIO DE LAS IGLESIAS MENORES DE QUITO

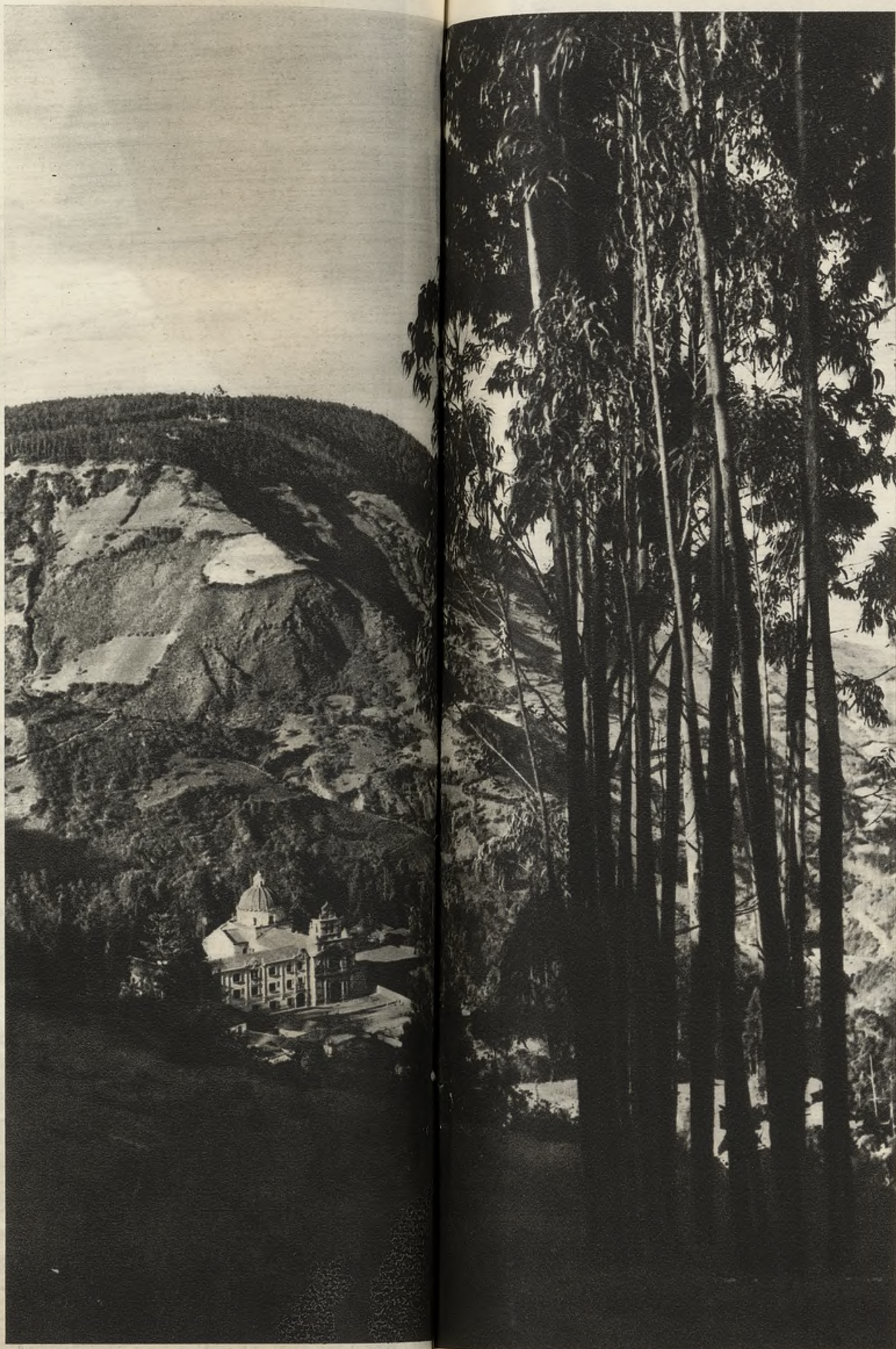
POR ERNESTO LAORDEN MIRACLE

Cantemos ahora a las hermanas pequeñas. Aunque en Quito no haya ninguna iglesia realmente grande, comparable ni de lejos a las catedrales de España y de Méjico, entre los templos criollos del Ecuador los hay ciertamente mayores y menores. Medianas iglesias quiteñas son San Francisco, la Catedral, la Compañía, la Merced, San Agustín y Santo Domingo de todas las cuales ya hemos hecho el elogio. Entonemos ahora la alabanza de las iglesias pequeñas, mas humildes en sí y peor tratadas por los hombres, pero llenas también de sabor y de hermosura.

Y empiece el canto por la más antigua, la Santa Veracruz fundacional, erigida en los límites del egido o campo comunal de Quito, al promediar el siglo XVI, cuando todavía los conquistadores no levantaban sus templos en el área de la arrasada ciudad incaica. Es una iglesuela mínima, una ermita andaluza, toda blanca, con dos torrecillas graciosas, un Santo Cristo espléndido y un castillete de plata por sagrario. La llaman ahora el Belén, y en verdad que ofrece una estampa de «Nacimiento» ingenuo, entre las frondas de la antigua alameda. Hermanas son de esta Veracruz, por lo sencillas y lo cándidas, las parroquias de San Sebastián y San Blas. Ruinosa la primera



MONASTERIO DE EL TEJAR, ILUSTRADO CON LA SANTA MEMORIA DE FRAY FRANCISCO BOLAÑOS



SANTUARIO DE GUAPULO, DEDICADO A LA VIRGEN DE GUADALUPE



BELLISIMO CLAUSTRO DE EL TEJAR, CON RAROS OJOS DE BUEY EN LA GALERIA SUPERIOR

junto a una pretenciosa hijuela seudorrománica y desfigurada la segunda en el interior por el «progreso», ambas conservan todavía su faz —encalados hastiales y campanarios minúsculos— y algunos tesoros maltratados de imaginería y de plata. Más dichosas al cabo que San Marcos y San Roque, otras dos parroquias de arrabal, en las que solamente algunas tallas flotan sobre el naufragio de la restauración.

Aunque tales parroquias casi no son más que ermitas, también hay en Quito ermitas verdaderas, cada una con su leyenda milagrosa. La ermita del Consuelo, con su Virgen policroma sobre un bloque de piedra, en la verde ladera de Ichimbía. El Señor de los Milagros, con su Ecce Homo sangriento y su atrio pintoresco, en la agria cuesta de la quebrada de Manosalvas. La Capilla del Robo, testimonio de una profanación del Sacramento, con el pintoresquismo de su cupulilla y su espadaña junto a un mercado popular que, en tiempos, fué la espantable quebrada de Jerusalén. Viejas ermitas de sabor rural, nunca olvidadas por la fe del pueblo.

Pero la reina de las iglesias menores de Quito es la capilla del Hospital, el parvo barroco adosado en el siglo XVIII al más antiguo hospital del Nuevo Mundo, fundado en 1565 bajo la advocación de San Juan de Dios. Tiene esta capillita una puerta inolvidable, filigrana de piedra bajo una estupenda ventana exagonal, encima de un brevísimo pretil. Dentro fulgen los oros de siete retablillos, gemelos seis de ellos dos a dos, y se respira un aire de misericordia antigua, surcado por las tocas de alguna Hermana de la Caridad.

HOSPITAL DE SAN JUAN DE DIOS (1565)

En este humilde coro de las iglesias menores gozan de principado las recoletas de los frailes. Nunca se establecieron en las Indias cenobios de cartujos y de bernardos, pues era aquella tierra de misión, pero los religiosos apostólicos y mendicantes sintieron necesidad de ser recoletos. En los buenos tiempos de los siglos XVII y XVIII, cuando la Santa Madre Iglesia disfrutaba de todos sus derechos y privilegios, aumentados en Ultramar con riquezas y honores, los frailes criollos corrían serios peligros de relajación. Singularmente en Quito, cristianísima y pía, la vida de la ciudad y la de los conventos se entremezclaba a veces en exceso. Pleitos monacales se convertían en públicos motines y las algaradas concejiles repercutían a veces en la paz de los claustros. Celosos de su Regla y sus deberes, los priores quiteños proveían condignamente al bien espiritual de sus hermanos, apartándoles por temporadas de sus casas del cogollo de la ciudad y llamándoles a penitencia y meditación en sus recoletas.

¡Maravillosos retiros de las recoletas quiteñas! Los mismos santos fundadores que se reservaron solares para el culto público en las vecindades de la Plaza Mayor, eligieron rincones escondidos para la penitencia en los pintorescos alrededores de Quito. Santo Domingo echó por la cuesta abajo del Machángara y alzó entre aquellas breñas su convento de Nuestra Señora de la Peña de Francia. San Agustín prefirió las alturas y se instaló en la loma de San Juan. San Ramón Nonato trepó por la misma quebrada a que estaba asomado su convento máximo y construyó en una isla de verdura, entre dos barrancos profundos, su oculta recoleta de El Tejar. Y en cuanto al «poverello» de Asís, buscó su Monte Auvernia allende la quebrada de Jerusalén, al pie del Panecillo y del Pichincha.

Convertidas hoy en conventos de monjitas, las recoletas dominicana y agustina han perdido completamente su esplendor. No así el monasterio de El Tejar, ilustrado con la santa memoria de fray Francisco Bolaños y el venerable Urraca, que atesora un claustro bellísmo, con raros ojos de buey en su galería superior, y una linda iglesuela con dos torrecillas de chinesco remate.

Pero la perfecta recoleta de Quito es la franciscana de San Diego, el umbroso retiro de Miraflores donado por doña Beatriz de Cepeda, prima carnal de Santa Teresa de Jesús. Todavía el inglés Stevenson, secretario del conde Ruiz de Castilla, último

gobernador español, describía románticamente en 1810 este convento como «la morada que más conviene al retiro religioso en el Nuevo Mundo». Entonces estaban todavía solitarios los alrededores, serpenteaba un riachuelo entre cipreses y rocas y los pálidos monjes se daban disciplinas en las ermitas del monte cercano.

Menoscabado ahora por los terremotos y la pobreza, poblado por monjas en vez de frailes y rodeado de un barrio popular, San Diego no parece sombra de lo que fué en siglos pasados, pero es todavía un relicario de arte y de emoción. Su blanca fachada humilde, con una puerta pétrea de línea escurialense, se asoma a un pretil breve en el fondo de un corralón campesino, cerrado con murallas almenadas y ornado con un crucero de 1625. Traspuesta la sencilla portería se abren dos claustros pequeñitos, íntimos, uno de ellos casi lleno con un humilladero monumental. Se alinean las celdas penitentes, con altas claraboyas en lugar de ventanas y batientes de cuero que apagan los sonidos. En la iglesia martirizada, bajo un resto precioso de artesonado mudéjar, hay un púlpito áureo de hechura de cáliz, de cuya copa rebosa un brazo de madera para sostener los crucifijos patéticos en los sermones de postrimerías. Losas sepulcrales claman todavía por los tránsitos y en los muros se leen temerosas estrofas:

«Adiós, rey de lo creado;
adiós, madre de piedad;
con Dios, ángeles, quedad,
que yo me voy condenado...»

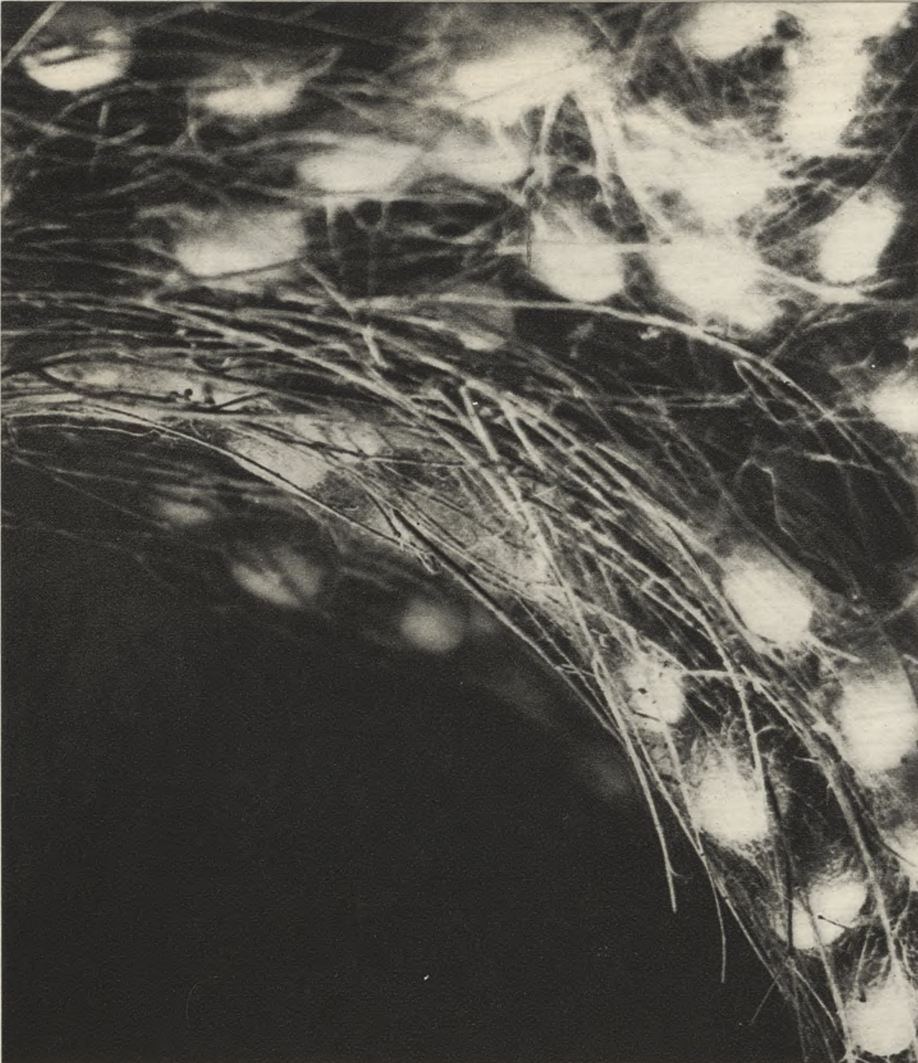
En este ambiente de compunción religiosa vivió en el siglo XVII el venerable fray Manuel de Almeyda, muerto en olor de santidad. Dice la tradición que, siendo aún mozo, este fraile quiteño anduvo en nocherniegas aventuras, hasta que cierta vez, al pasar ante el crucifijo que todavía se venera en el coro, la santa imagen dejó entender estas palabras: «¿Hasta cuándo, Almeyda, hasta cuándo?» «Hasta la vuelta, Señor», contestó el libertino, entre inconsciente y audaz, sin renunciar a su deleite. Mas cumplió su palabra, vuelto en sí, al regresar de su último pecado.

A muy poca distancia de Quito, en el tremendo socavón que hace el Machángara junto a las colinas del Batán y Bellavista, la fe de nuestros mayores creó un santuario de Nuestra Señora. En torno a una tela de la Virgen de Guadalupe —la de España, la imagen casi negra, bizantina, que trajeron consigo los extremeños conquistadores—, fundóse una ermita que a fines del siglo XVII por poco se convirtió en una catedral. El soberbio templo levantado por el cura Herrera y Cevallos, con limosnas que recolectó peregrinando seis mil leguas por las Indias, se enriqueció con grandes retablos y preciosos lienzos de Gorívar y Miguel de Santiago. Durante el siglo pasado, el fuego y los temblores arrasaron este santuario guadalupano, desposeído además por el abandono y la rapiña, pero su media naranja es digna hermana de la del Sagrario de Quito, y su gran púlpito, de talla primorosa, rivaliza con los cálices oratorios de San Francisco y de la Compañía, del Carmen Bajo y de San Diego. Aunque sea un santuario rural, preferido por los pintorescos «priostazgos» de los indios, este templo de Guápulo figura con justicia en la serie de las iglesias mayores de Quito.

Visto entre los eucaliptos de la colina del Batán, en el verde pozo que llena de rumores el Machángara, con el trasfondo amarillo del valle del Guayllabamba y la alta corona nevada del Cayambe, Guápulo ofrece un espectáculo seductor. Y cuando se entra bajo su bóveda solemne, después de leer en el atrio los nombres indígenas de sus cofrades —Toapanta, Ninahualpa, Guachmín—, es grato caer de rodillas ante la Virgen oscura y releer el voto con que, el día 6 de julio de 1644, *reinando don Felipe IV el Grande de Portugal*, el brazo secular y el eclesiástico de Quito proclamaron a la señora de este Guadalupe incaico «Capitana de nuestros ejércitos» y «Patrona, defensora, protectora y auxiliadora de las Armas Católicas».



RECOLETA FRANCISCANA DE SAN DIEGO



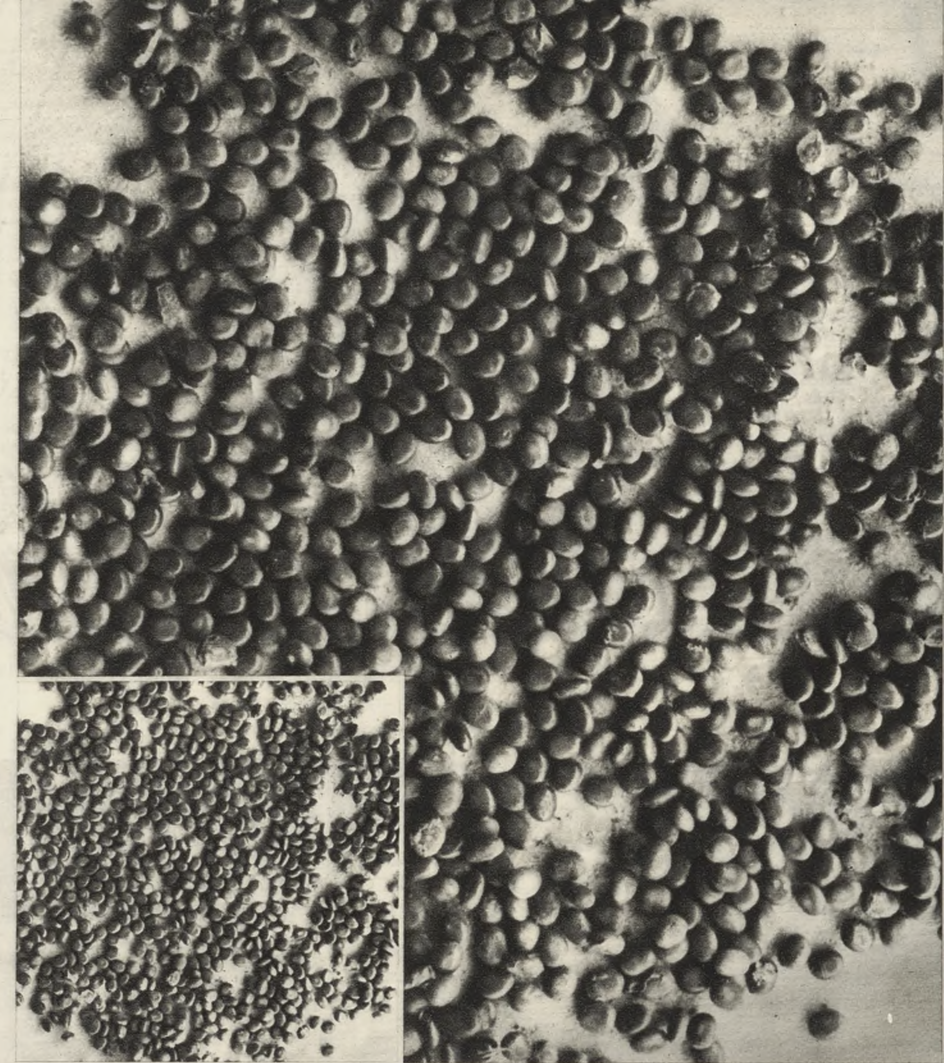
Los gusanos de seda ya han hilado los capullos en los zarzos de boj.



Mariposa rompiendo el capullo. A la izquierda, abajo, reproducción en su tamaño natural.



Mariposas del gusano de seda. Arriba, la mariposa macho; abajo, la mariposa hembra.



«Semilla» del gusano de seda. Abajo, los huevecillos al triple de su tamaño.

BIOGRAFÍA DE UN GUSANO DE SEDA

POR MANUEL FERNANDEZ DELGADO MAROTO

(DEL II CONCURSO DE REPORTAJES DE «M. H.»).

DE tradición viene, y porque además son pingües los beneficios, no hay ni una sola familia huertana, que no «lleve» gusano en esta cálida primavera de Murcia. El gusano, que luego será capullo, y más tarde, suavísima seda o hijuela brillante, más fuerte que el acero.

Cuando los últimos fríos han traspuesto ya los picos de España, y cada mañana se levanta sobre la Cresta del Gallo un sol que dora perfilés y hace crecer los rosales, esta raza antigua se despereza, y mientras los hombres cavan los huertos olorosos, los jugosos bancales de tierra agradecida, las mujeres se aprestan a «echar» el gusano. Algún viejo, mira con nostalgia, bajo la parra, las sementeras que otrora pisó descalzo por no herir, y tiene que contentarse con, desde su silla, cebar con hojas de morera, ese conjunto movedizo y homogéneo que forman los gusanos de la seda, en su crianza, bajo las mantas de «la tartana».

Murcia es tierra tradicionalmente sedera. No llega nuestra antigüedad, ni con mucho, a poder emparejarse con aquellas historias de la princesa china, esposa de Hoang-ti, que un día cualquiera del año 2698 antes de Jesucristo, comunicó a su pueblo el gozoso misterio del gusano que se teje su cárcel, mientras florecían los viejos almendros orientales.

Ni tampoco, a los tiempos en que la prometida de Kotán, salta alegremente la muralla que separa el Celeste Imperio del resto del mundo, mientras esconde entre las retorcidas vueltas de su cabello—que son un anticipo del barroco—las semillas del gusano de seda, para descubrir, a Persia y al Japón, el drama apasionado de la mariposa que tiene que morir antes de nacer.

Fuera Nearco, el Almirante de Alejandro Magno, en cita de Estrabón, o los dos monjes de la orden de San Basilio que hacia el año 550 viajaron desde Oriente hasta Constantinopla, los que trajeran a Europa la ciencia y la semilla de la seda, lo cierto es que desde muy antiguo debían hacerse aquí muy bien las cosas, porque ya los escritores árabes recogen noticias de la gran estima que alcanzaron los tejidos de seda murcianos en Persia y en Siria. Y tiempos después, en el año 1552, mientras en Castilla los rudos guardias germanos se dejaban enamorar por las gracias dulzonas de las primeras indias que se atrevieran a seguir, en sentido inverso, la ruta colombina, en Murcia, ya se ordenaba con provisión real, dada a 20 de enero, en Madrid, la actividad de los Corredores de seda, de los torcedores, tejedores, pasamaneros, tintoreros, etc.

Las Ordenanzas de los Corredores, en reiterativa sintaxis jurídica, determinaban que la seda, había de pesarse necesariamente en un mercado especial llamado Contraste, que fué establecido aun antes de este tiempo por orden de los Reyes Católicos, —carta de 21 de junio de 1500—y más tarde derruído y vuelto a edificar—1601 a 1604—con un marcado aire renacentista sobre el mismo área que el anterior. La contravención tenía pena de diez mil maravedís para la Cámara del Monarca.

Y las de los Tejedores, modelo de ordenación gremial en cuanto «a la forma que se ha de tener en el obrar y tejer de la seda que en esta Ciudad—de Murcia—se coje», a más de la necesidad de ser examinado para poder «pone telar bajo pena de doscientos maravedís y que le derriben telar» y de «poder poner en tercería hasta ser denunciadas, las sedas encontradas contra Ordenanzas en poder de sastres o cualquier otra parte», mandaban como señal de gracioso otorgamiento, para mejor favorecer la ya floreciente artesanía, «que los que tuvieren los dichos telares de seda y los fabricaren y los oficiales del obraje del tejer las dichas sedas, sean francos de tener huéspedes, salir al Malecón y de las otras hacenderas concejiles». Y que «resérvanse de soldados a los oficiales de tejedores de seda, atento a las necesidades de este arte, en esta Ciudad, y las exenciones que para conservar este oficio tienen se les guarde».

Cada marzo y cada abril han ido marcando sobre esta tierra la seña de una clara ejecutoria sedera. Y así, los de 1777 vieron el acuerdo de los Tratantes y Corredores del Arte de la Seda, de labrar a su costa, un nicho para la imagen de la Concepción, que había de presidir en el Contraste el mercado sedero. Y los de 1786, pasar la Real Fábrica de Sedas a la Piamontesa, dirigida por el italiano Fernando Gasparro y existente en la calle de la Acequia, a manos de la Asociación de los Cinco Gremios Mayores de Madrid.

Luego, de comienzos del siglo pasado, nos queda exacta constancia de ser Murcia quien aporte una sexta parte de la producción sedera nacional; aportación que se va aumentando progresivamente, para en este tiempo alcanzar la casi totalidad de la cosecha nacional. Bien es cierto, que el Estado, sobre todo en este último período, ha protegido de una manera rotunda y expresiva el desarrollo de la industria de la seda en esta comarca.

Naturalmente que el gusano que pertenezca al orden de los lepidópteros, suborden de los heteróceros, familia bombícidos, género Bombix y especie mori L, será un gusano de seda, aquí y en Pekín, donde dicen antiguos historiadores que entraban mil carretas de capullos por día para dedicarlos a la elaboración de tejidos de seda y tisúes.

Lo que es diferente, es el modo de tratarlos. Parece que esta industria de la cría del gusano de seda hubiera sido inventada para esta tierra, donde el tiempo no cuenta, y donde hasta las más vitales acciones se revisten de un «tempo lento» y parsimonioso.

Aunque ya, y gracias a los desvelos de la Estación Sericícola, van siendo muchas las familias huertanas que poseen una incubadora, algunos prefieren todavía proporcionar a la «semilla»—huevecillos puestos por la mariposa a las pocas horas de salir del capullo—el calor uniforme necesario, para que, avivado el germen, salgan al exterior los gusanillos, procedentes de sus propios cuerpos. Y así, hay mujeres, que con notorios perjuicios para el gusano, guardan la semilla en unos recipientes de barro, que llaman «cauzas» y los tienen junto a su carne, varias jornadas, durante todo el período de descanso nocturno.

De una u otra forma, al cabo de varios días, más o menos, según el calor y el procedimiento, la semilla comienza a blanquear, lo que acontece dos o tres días antes de la «avivación».

Nace, tras ésta, el gusano, y comienza la labor de buscar la comida, en la que se le irá una tercera parte de su vida. El huertano, es decir la huertana que casi siempre es función femenina la de la crianza del gusano, elige cuidadosamente la hoja de morera con que éste se ha de alimentar. Las más tiernas irán a parar a las mallas de tul, donde el recién nacido comienza a transpirar por su piel una gran cantidad de vapor de agua. La larva se traslada a grandes pliegos de papel, donde permanece de ocho a nueve días, alimentándose regularmente, hasta que pierde el apetito, y tras de imprimir a su cabeza un movimiento constante, queda inmóvil, con la piel tersa y la cabeza levantada en actitud expectante. Está en la primera muda de la piel, y el huertano afirma en su peculiar y pintoresco lenguaje que «el gusano va a dormir de la una».

Tras de dos días de dormida, el gusano comienza su segunda edad, que durará hasta cinco o seis días, para volverse a dormir—«de las dos» ahora—una vez devorados los frescos y jugosos cebos que les pusieron sobre el lecho. La hoja seca, que se retuerce y afea, se «deslecha», es decir, se saca del lecho, para que éste se conserve limpio y aireado.

La tercera edad no ofrece variantes, salvo una mayor cantidad de hojas de morera consumidas, y un especial cuidado de separar, en espartana decisión, aquellos gusanos que no hubieran terminado a tiempo la muda de la piel.

Después de esta dormida, reparadora en desorbitada función digestiva, viene la cuarta edad, llamada freza. Ocho días con ocho noches come el gusano ininterrumpidamente, pues aunque los cuatro o cinco cebos se ordenan desde las cinco de la mañana hasta las diez de la noche, la luna se cuela hasta las «andanas» caseras, en las tibias madrugadas, por ver cómo los gusanos dibujan sobre la hoja el recorte de una inigualable puntilla vegetal.

Cuarta muda de la piel—«dormir de las cuatro» que corresponde al Nirva no yesumi o sueño del jardín de la leyenda japonesa—durante dos días y medio, y el gusano llega a la freza mayor o última edad. La «tartana» cobija al gusano bajo la mira vigilante de las viejas. Devora, en este tiempo, la larva, hasta morir a veces de indigestión. Y a los ocho días, algunos gusanos, comienzan a arrastrarse inquietos, buscando por los bordes



Gusanos en la tercera edad, cuando devoran enormes cantidades de hojas de morera.



El viejo huertano, retirado ya de la dura cava, ceba los gusanos en la «tartana».

Los manojos de hijuela en rama ya están preparados para tejer con los hilos de seda.





Los hábiles dedos de las hortelanas murcianas lavan la hijuela en un azarb.

Lavada la hijuela, ésta es secada para formar luego los manojos de hilos de seda.

de los zarzos donde pasaron su fugaz vida, un sitio adecuado en el que confeccionar su capullo; son los primeros hiladores.

La huertana rodea entonces las «andanas» de zarzos donde están los gusanos, de ramujas secas y flexibles de plantas aromáticas. El romero, la boja reina y la madreselva, darán oloroso acobijo al gusano en este trance de su metamorfosis maravillosa. De fuera a dentro, durante tres o cuatro días, el gusano con una hebra finísima y brillante, salida de dos vasos ambarinos colocados en la parte inferior de su boca, va tejiendo la cárcel donde ha de morir. Los zarzos de boj, se disponen según una distribución especial; son las «casicas» que el sedero ordena a unos sesenta centímetros para que el aire circule bien entre los bojes.

Una vez terminada la subida a los zarzos, cuando ya por entre las ramas no se ven más que las doradas manchas de los concluídos capullos, se comienza el «desembojado», es decir, la recolección. El capullo debe ser limpiado de borras y seleccionado, porque de su homogeneidad dependerá luego la calidad de las sedas obtenidas.

Dentro de él está la vida aun. Ha llegado el momento trascendente de decidirse a ahogar el capullo para aprovechar la seda o de esperar veinte días para que ésta sea destruída, y un nuevo ser, la mariposa, que dará semilla para otro año, sienta sobre sus alas el enorme milagro de la Creación.

Murcia se decide por ahogar el gusano. Domésticamente, casi siempre. Antes, el calor del sol y el del horno de cocer el pan, ayudaban a la huertana en su tarea. Ahora, el vapor de agua, jugado en un elemental y práctico aparato cuya base es la caldera de colar la ropa, es el que efectúa la operación.

Totalmente seco el capullo será vendido. La huertana descansará un invierno, para comenzar de nuevo, en otro marzo, a calentar con su cuerpo la «cauza» preñada de semillas.

A veces el gusano no llega a subir a los bojes. Cuando ya está «maduro», tras el cebo de la freza mayor, y sus cuerpos han tomado un color ambarino y transparente, la huertana, mientras pide perdón ingenuamente a Nuestro Padre Jesús, cuyos pies acarician descalzos, cada Viernes Santo, la suave tibieza de la seda, ahoga sus gusanos en agua y vinagre.

Los dedos hábiles, que aprendieron jugando en la niñez la delicada operación, extraen del cuerpo muerto del gusano, las glándulas sedosas coaguladas. El estirado, el lavado, y más tarde el tendido para secar, son funciones elementales que en esta tierra se hacen casi en comunidad, llenándolas del sabor de un antiguo rito.

Sedales de pesca, hilos blancos transparentes al agua, que sabrán del gozo de dar razón de la existenca del hombre en submarinos paisajes, y fibras para puntos de sutura en cirujía, serán fabricados luego de estas hebras, hijuela en rama, por una industria impar, magnificamente orientada y dirigida, que pone en alto el nombre de la Patria por los cuatro cardinales de la tierra.



SANTO ANTÓNIO Almirante de Espanha

POR JOAQUIN LANÇA





AQUELE agosto de 1195, no dia 15 precisamente, sob um ceu cravejado de estrelas claras e benignas, vinha ao mundo, entre orações e cuidados, o infante maravilhoso que, na pia baptismal, recebeu o nome de Fernando. No largo da Sé Velha, dois metros de chão desafogado, o silêncio dialogava com a luz das lamparinas votivas, ardendo nos nichos do templo. Dormia a pequena urbe medieval; e o Tejo, a dois passos, na cava do monte, espreguiçando-se, indolente e farto, sonhava no regaço das ninfas...

Provinha de bom sangue: —Seu pai herdara costelas e brios de um Martin, cruzado gaulês, que viera a Portugal expulsar moiros, no séquito de D. Henrique; de sua mãe, D. Maria Tereza Taveira, podia a criança orgulhar-se da estirpe dos Taveras, que no século VIII reinaram nas Astúrias. A meninice de Fernando decorre no exemplo e no carinho de «gente limpa e remediada»; e, na idade dos estudos, vai ás aulas da Sé aprender gramática e artes, e as primeiras letras de humanidades. As portas da cidade, estava o cláustro dos cónegos regrantes de Santo Agostinho. Aos 15 anos, levam-no a pedir nele a sua admissão. Mais tarde, desloca-se a Santa Cruz de Coimbra, da mesma ordem. O simpático mancebo, ágil e talentoso, no dizer dos seus cronistas, é o primeiro na cerca, o primeiro no coro, o primeiro a cavar. Naturalmente, cede ao instinto de uma actividade prodigiosa.

Fernando de Bulhões alarga os horisontes do saber lendo as melhores enciclopédias do tempo: conhece bem Santo Isidoro de Sevilha e Capela. As Escrituras são, porém, o seu mais valioso pão espiritual; nelas encontra a verdade que dimana de Deus e o explendor das idades e da fé.

Um dia, de tragédia e piedade, chegam a Coimbra os corpos dos Santos Mártires de Marrocos, corpos de 5 irmãos de S. Francisco. A procissão vinha de longe, atravessando caminhos perigosos e águas agitadas, á luz fumegante dos archotes. Passam as ordens, a cleresia, os fidalgos, graves e convictos; o povo delira de espanto e de raiva vingativa; dobram os sinos, plangentes, num clamor de angústia e glória: e, no templo, feito o silêncio do cansaço e do perdão, Fernando fala, e assombra com a sua eloquencia, que é fogo e música, clarão e graça!

Na exaltação do misticismo que o abraza, quem lhe aparece em sonhos, meigo e simples? E S. Francisco. A pobresa abnegada e fraterna desse divino modelo, vai ser a norma fulgurante da sua vida religiosa. Troca a alva branca pela estamenha dos frades menores. Vem ao convento dos Olivais, já famoso por acções e talentos, e passa a chamar-se António.

O sangue dos mártires e o apêlo de Cristo levamno a Africa, infiel e bárbara, a missionar. Sofre misérias, sedes e perseguições sem conto. Mas a sua palavra, inspirada, consola aflitos, redime cativos, conquista almas. Regressando á Pátria, o navio em que viaja, batido pela tempestade, vara nas costas da Sicíha. S. Francisco, o patriarca da Ordem, que repousa não longe, chama o frade humilde numa benção de luz e de amor. António percorre, a pé, — carne dorida e espirito vigoroso, os caminhos ásperos da Umbria, até á Prociuncula, perto de Assis. Quer ver o túmulo do Santo, derramar nas lages do templo as suas lágrimas de filho apaixonado; sentir mais forte o seu coração de prógador no contacto das verdades que ficaram geladas na boca pura do seu divino exemplo.

Ilumina-se a Catedral magestosa de Forli; vai celebrar-se a ordenação de novos sacerdotes. Ardem luzes e ressoam cântigos. Na solenidade, quem ousará falar sobre o grande sacramento? Frei Graciano, ministro-provincial de Romagna, famoso de boas letras e talentos de orador, assiste á cerimónia litúrgica. Expectativa e receio, na assembleia imponente e exigente. Ninguem ousa improvisar, no púlpito. «Por fim—escreve José Carlos de Macedo Soares—o provincial tirou da obscuridade o frade português e mandou-lhe que subisse ao púlpito. Frei António, transido de susto, subiu á tribuna sagrada como um neófito infeliz. Desceu consagrado por sua eloquência, e pelos inesperados fulgores da sua ciência tológica. A assistência abalada e comovida não se refazia de tão extraordinária surpresa».

Leão XIII chamou-lhe, um dia, o «Santo de todo o Mundo». Desde a sua morte em Pádua, aos 36 anos de idade, a 13 de Junho de 1231, até aos nossos dias, Santo António acompanhou em espirito conversações e batalhas, folguedos e aumas sofredoras, obrando milagres em todo o orbe católico. E foi tamben Almirante de Espanha.

Frei Beda Kleinschmidt, no seu livro «Antonius von P'dua», descreve o facto, como vai ler-se, na tradução de Macedo Soares:

«Depois da expulsão definitiva dos mouros da Península Ibérica, os espanhoes conquistaram a cidade de Oran, na Africa do Norte, a quel porem lhes foi arrancada pelo Bey da Algéria, em 1708. Por causa das piratarias praticadas na costa africana, a Espanha tentou diversas vezes, sem alcança-lo, apoderar-se de novo de Oran. Em 1731, o Rei Filipe V deu ordem ao Almirante Mondemar de empreender, para esse fim, uma nova expedição.

»Depois de fazer ver ao Rei que considerava a fortaleza inexpugnavel, o Almirante Mondemar partiu a cumprir a sua missão. Ao passar em Alicante, na Espanha meridional, o Almirante desembarcou e fez rezar na Igreja de Santo António uma missa solene. Terminada a cerimónia religiosa, Dom Mondemar pediu ao Guardião do Convento que lhe trouxesse uma escada, e na presença de muitas pessoas, subindo aos degraus para alcançar a imagen do Taumaturgo, colocou sobre a cabeça do Santo o seu chapeu de plumas, no ombro pendurou a insignia de almirante em chefe, cingiu-o com a sua espada, e na mão colocou o bastão de comando. Em seguida, Dom Mondemar disse em altas vozes: «Sois vós, oh Santo António, quem deverá conquistar Oran, eu nao tenho forças para isso. Daqui por deante, oh Santo António, sereis vós o Almirante, e eu vosso soldado.»

E o certo é que, ao desembarcar a esquadra naterra inimiga, sem resistência, Oram estava deserta. «E que, explicaram uns velhos que apareceram aos espanhóes, antes da frota surgir no horisonte, apareceu um frade franciscano tendo na cabeça um chapeu de plumas como usavam os almirantes espanhóes, na cinta uma espada, e na mão um bastão de comando; o frade ameaçava a cidades de destruição completa, se não, se rendesse sem combate.»

»O Rei Filipe V, ao receber a notícia deste feliz e singular acontecimento, «ordenou que daí por diante, fosse pago ao Convento de Santo António de Alicante, uma esmola no valor do soldo de um Almirante.»

Glória da Península, astro da Cristiandade, o humilde franciscano é justificadamente «Santo de todo o Mundo». E o Mundo de hoje, enloquecido, ensanguentado, só poderá achar amor e paz nas lições dos nossos santos e no exemplo do nosso espírito cristão e europêu.



La noche Salmantina de Fray Luis

Son las doce de la noche. Una noche ardiente y magnífica como una diosa, que pugna por entrar en el abierto balcón desde el cielo bruno. El escritor, un pitillo en los labios, se ha puesto a mirar arriba. ¿Busca acaso tema? Hay veces en que lo actual, lo más rigurosamente actual, es describir esto, por ejemplo: un cielo maravillosamente estrellado. Como cualquier otra noche. Como hace un año. Como hace siglos. Como hace miríadas de siglos, desde que el mundo es mundo.

Hace un momento leía *La noche serena*, de fray Luis. Ahí, sobre la mesa, bajo el círculo luminoso de la lámpara, ha quedado el libro abierto, con sus cubiertas de pergamino dorado, bruñido, marfileño casi. Es la tercera edición—«Tercera impresión nuevamente añadida»—de las *Obras Propias y Traducciones... del Padre M. Fr. Luis de León*. Está impreso en Valencia, «en la imprenta de Joseph Thomás Lucas, plaza de Comedias. Año 1761».

El escritor, un poco bibliófilo, se recrea también en estas cosas. Pero Dios no le permita quedarse en ellas, como esos buenos eruditos que tantos y preciosos datos nos suministran de raras y caras ediciones, barajando Venecia con París, Burgos con Bolonia, Sevilla o Salamanca con Amberes y Lyon, sin percatarse apenas luego de que el autor se llama Virgilio o Petrarca o Cervantes o San Agustín. Uno se acuerda entonces de aquel deseo de Antonio Machado de dejar su verso como una espada «famosa por la mano viril que la blandiera, —no por el docto oficio del forjador preciada». Es lo que les pasa a libros tales. Más famosos todavía por sus autores que por los Plantinos, Elzevires y Brocarios que los dieran a luz. Y lo mismo sucede con este pequeño tomo, viejo y sobado, y hasta anotado con anónima letra antigua, de fray Luis.

Su *Noche serena*... ¿Cómo sería aquella noche salmantina? ¿Qué día de qué año estaba preparado así desde el fondo de los siglos para que un poeta, un excelso poeta cantara a la noche?

Cuando contemplo el cielo
de innumerables luces adornado...

Fray Luis es un poeta apacible: con más sentimiento que fantasía, con menos fuego que intensidad. Trabaja más en la teología que en el mero esparcimiento lírico. La poesía—¡qué enorme paradoja en tan enorme poeta!—es su violín de Ingres. Por la poesía deriva sus íntimas inquietudes.

Se encuentra en *La Flecha*, pequeña granja conventual a las orillas del Tormes, para descansar de sus cargas universitarias. Apenas se acuerda allí, en el apacible vagar, de las encontradas controversias hebraicas sobre la traducción de las Escrituras. Sus enemigos —que algún día acabarán poniéndole en injusta prisión—están lejos. Salamanca misma, en el vértice del ardiente estío, se ha quedado casi vacía de estudiantes. Fray Luis rumia sus sosegadas vacaciones con el mismo lento placer con que su mentor, el viejo Horacio, gozaría en el retiro de sus Sabinas. Así de feliz anda esta noche el poeta, caminando por entre los setos y bancales del huerto, al arrullo de la brisa dormida en los álamos, mientras alguna tórtola solloza en la ladera y el Tormes parece, bajo la sola celistia estelar, un galón de plata entre la umbría.

Modernamente, ya en nuestros días, el célebre abate Brémond ha sostenido el entronque de la poesía, de la auténtica poesía, con la plegaria. La poesía solo puede hallar su más alta, casi inefable, cifra en el arrebato místico. En ese misterioso clima el poeta viene a ser como un enviado de Dios que habla con un lenguaje intraducible. ¿Quién ha acertado, por ejemplo, a expresar de un modo apodíctico ese momento único en que a la mente descienden a la par el concepto y la palabra, la imagen y el ritmo? ¿Quién sería capaz de discriminar con anatómica exactitud ese complejísimo trance en que el poeta se ve asistido por la creación poética? ¿Qué demiurgos operan al fraguarse un verso luminoso, de los que ensanchan el mundo? *Est Deus in nobis, excitante calescimus illo*, confesó Ovidio. Sí; «Dios está en nosotros: agitándonos El, nos calentamos».

Este es el caso de fray Luis. En la noche extática y prieta tiene sobre su frente, como un inmenso escudo recamado, la nitidez hirviente del cielo. Las estrellas dicen su mensaje. Hablan con el silencio excelso de su luz. Desde milenarias lejanías nos escrutan esos multiplicados ojos de Dios. Fray Luis quisiera, con los suyos bañados en llanto dulcísimo, que los mortales, entregados al sueño, despertaran; que vieran y sintieran como él, la maravilla. Aquí en la tierra todo es «vana sombra», «bien fingido». La verdad está arriba, en la «celestial, eterna esfera». ¡Cómo se va perdiendo el poeta por sus espacios infinitos! El mundo terrestre ha desaparecido a su alrededor.

Por la ventana de su celda, donde ahora escribe después de su paseo, sólo el cielo se asoma con sus vigilantes y testigos astros:

Inmensa hermosura
aquí se muestra toda, y resplandece
clarísima luz pura
que jamás anochece:
eterna primavera aquí florece.

Todo es ya luz y amor en su alma. Todo, divina embriaguez. Hasta la música se quiebra de puro gozo y arrobamiento. Esa última estrofa, que un crítico liviano hallaría torpe y desaliñada con sus yuxtapuestas rimas asonantes, ¿no es nuncio reflejo del desmayo en el supremo deliquio? No se puede desear con más ansia cuando ya las palabras sobran. Lo sublime ya no admite precisión de sonido, ni de palabra, ni de concepto siquiera: es pura unión inefable, vuelo místico, beso del barro humano con la divina luz.

Y fray Luis de León regaló a los siglos esta «Noche». ¿Qué hora es? ¿No buscaba el escritor un tema para escribir? Definitivamente, lo dejará para otro día. Esta noche será sólo para él. Con su amor y su dolor. Porque también, aunque ahora por otra causa, «el amor y la pena despiertan en «su» pecho un ansia ardiente». Algo que era muy suyo se le escapó a esa radiante inmensidad. Y nunca, nunca, se cansará de mirar hacia arriba, más allá de los astros de la noche.

Poniente en el Toboso

Ya la propia denominación, El Toboso, predispone a ello: al mito. No en vano los nombres tienen también su símbolo. Su alma. Cervantes logró hallar en «la gran ciudad de El Toboso» el mito supremo para Don Quijote. Trasnochen los eruditos discutiendo cuál sea la verdadera cuna del Ingenioso Hidalgo. No fué Argamasilla de Alba, según Astrana Marín. La Argamasilla, a secas, de los «académicos» quijotiles era, según la misma referencia, Argamasilla de Calatrava, bastante distante de la otra. ¿Sería Esquivias el pueblo de cuyo nombre no quiso acordarse Miguel? Pues bien, si el autor deja oculto el pueblo solar de su héroe no acontece así con el de la amada inmortal esa otra figura que trasciende invisible y en silencio a lo largo de toda la epopeya cervantina. El Toboso es la patria de Dulcinea. Todo lo demás es de tono menor en la manchega villa.

El Toboso es la patria de Dulcinea, que es como decir la Compostela del amor, el Sión o la Meca de todas las esperanzas ilusorias. De la enrevesada y adrede arbitraria geografía del Quijote, he aquí un nombre de carne y hueso, que sigue tendido bajo el sol, con sus bodegas y sus tinajas, con sus aperos de labor y sus bardas en los corrales, por donde diz que se asomara Sancho para ver aechar el trigo a la rolliza Aldonza Lorenzo.

Sólo en su tercera y última salida Don Quijote se resuelve a abandonar el aldeano retiro para visitar a su princesa Dulcinea en sus palacios de El Toboso. Al filo de la anochecida, para no cebar cuchicheos vecinales, sale con su inseparable escudero, en la más conmovedora peregrinación del ideal. Es de ver con qué expresión imaginativa interpretara Gustavo Doré el «tempo» cervantino. Tras un ancho recuesto, donde los cardos florecen como arbustos, emerge una inmensa luna, dentro de cuyo halo luminoso las figuras de Don Quijote y Sancho se esfuman en la lejanía, peque-



ñitas y oscuras, dejando unas largas sombras sobre la tierra yerma; al fondo, unos celajes tan vagos como un mar, y la silueta—cúpulas y torres—de la ciudad soñada.

Cuando el caballero llega a El Toboso, ya es noche rotunda. Una salmodia de ladridos da el contrapunto a las estrellas altas. Nada, pues, tiene de particular que, al vislumbrar un bulto levantado sobre el caserío en sombras, el enamorado crea ver en él los alcázares de su dama, siquiera luego resulte ser la torre de la iglesia. «Con la iglesia hemos dado, Sancho», dirá, melancólico. Y el socarrón Panza, que ya engañara a su amo otrora con las falsas albricias de su misiva al pueblo, donde nunca estuvo, «no recordaba», claro es, la «callejuela sin salida» con los palacios ideales. Con secreta ardentía, cuando por entre portalones corralizos y hastiales encalados, el hidalgo vela su amor, como antaño en la venta sus armas. Y antes de que se venga a más andar el día, después de preguntar en vano a un madrugador labriego por Dulcinea, Don Quijote se retirará a una floresta cercana para esperar allí el resultado de la embajada de Sancho a la señora de sus pensamientos. El Toboso ha vuelto a cobrar, tras la noche mágica, su aplomada y mancheguil silueta. Pero a la tarde, a pleno sol radiante, se obrará el milagro...

Yo he pensado en esa tarde maravillosa del encantamiento, ápice pasional de Don Quijote, desde que una vez en el pasado otoño me fué dado contemplar un fantasmagórico poniente sobre las tierras de El Toboso. A veleidades compatibles con los recovecos de sus calles habíamos pasado El Provencio, desparramado y oliente a vino recién encubado. Minutos después atravesábamos Pedroñeras, cuando ya la bandera del ocaso tremolaba en incendios de púrpura contra los encinares remotos de la Mancha de Cuenca. La carretera tersa devolvía en brisa los hialinos cambiantes de la luz. Pasamos El Pedernoso, repechando hacia la Mota del Cuervo, sobre un altozano. La escenografía se hacía cada vez más irreal, al romperse los oros, verdes, azules, rojos encendidos, en los cristales del coche. A unos matices relevaban otros, pero con un tiempo extasiado, como si el espectáculo no fuera precisamente bello por lo fugitivo. A nuestra izquierda se perfilaba ya el caserío de El Toboso con la misma torre que a Don Quijote pareciera alcázar, todo hundido en aquella conflagración de carmesí.

Tarde prodigiosa para que la auténtica, la divina Dulcinea saliera al campo con sus damas, cabalgando las más blancas y jarifas hacaneas que soportaron briales y chapines. ¿Por qué Don Quijote no la vió entonces? ¿Por qué, al postrarse de hinojos en el camino, oferente de la humanidad de su amor, no se interpuso la inefable belleza creada ante la moza «carirredonda y chata»? ¿Qué embaimiento del «maligno encantador» trocó así los papeles? ¡Ay, Alonso Quijano, en lucha siempre a muerte con Don Quijote!



CUENCA alta y sola



Este empedernidamente «encuencado» poeta de Federico Muelas, que no se duerme ninguna noche sin haber hablado por el día tres veces de su pueblo, me había dicho por las buenas que Cuenca había nacido el mismo día y hora que Roma. Gallarda fecha, sin duda, para nacer. Yo me lo creí a pie juntillas, como se deben creer siempre las intuiciones de los poetas. Pero ¡oh desilusión! Luego resultó que quien así lo aseguraba era un famoso astrólogo alemán, barón de... no sé cuantos, según el cálculo de sus horóscopos.

No obstante, el barón alemán se quedó corto. Cuenca es muy posible que quedara fundada mucho antes, en el momento mismo geológico—momento de siglos—en que sus rocas se levantaron y sus ríos empezaron a correr por los abismos. Porque si no fuera así, ¿a qué tanto esfuerzo de gigantes? ¿Para qué y para quién ese pétreo cataclismo estático de sus hoces? Inmediatamente se pondrían a crecer los pinos, en rivalidad con los chopos; y de las mismas raíces de las peñas irían emergiendo las ciclópeas murallas y las casas colgantes y las torres y las calles sorteando las torrenteras, y los primeros hombres, en una creación genésica, brutal y sorda como una tormenta de formas y perfiles. La ciudad y sus gentes nacieron allí a la vez que el viento y los alcotanes y las piedras. De otro modo, ese conjunto montaraz no se hubiera poblado nunca. ¿Qué bueyes iban a abrir allí con el arado latino el surco perimétrico para la futura urbe?

Es menester apelar al milagro, al milagro del primer mineral cristalizado, para creer que sólo entonces la ciudad quedó modelada como lo que es: como una cuenca, como concha abismal de piélagos fabulosos, sin clasificación científica posible, por el solo y divino capricho de crear poéticamente un escenario original sin contaminación alguna con la geometría.

Con esto quiero decir que Cuenca nació romántica y caótica, como las primeras conflagraciones estelares. Acaso fué un trozo planetario de Venus o Marte o la Luna, que cayó allí para nutrirse con leche sideral, mientras iban creciendo todos sus elementos morfológicos. Pero, en fin, de estas cosas más vale no hablar, sino sentir. Y lo que se siente en Cuenca es la llamada inapelable al prodigio de la fantasía.

Naturalmente, no se parece a ninguna otra ciudad. Yo recordé vagamente, al entrar por su recinto un radiante mediodía de abril, la acrópolis de Segovia, con el Eresma y el Clamores al fondo, rondando la cintura de la ciudad isabelina. Pero aquella mole militar del Alcázar, con sus cónicos torreones, da demasiada densidad a la proeza humana sobre la geología. En Cuenca no. En Cuenca es la geología la que os habla primero, la que detiene vuestra vista y vuestro asombro por los escarpes y hondonadas, con sus filas de árboles suicidas que se asoman sin vértigo al barranco, como si quedaran hipnotizados por las verdes pupilas del río.

Pero la ciudad mira hacia arriba. Es como si hubiera ocurrido—también puro portento—una asunción fracasada. Si alguna vez se puede creer en la influencia y atracción de los astros, según la teoría de las mareas, es aquí, en esta ciudad híspida, petrificada y absorta por Dios sabe qué polos infinitos. Y luego, para mayor perplejidad, sucede que el arte, aquí donde la naturaleza parece asentar su pleno dominio, quiere pujar también, en batalla sin duelo, disputándole palmo a palmo su tiranía. Acaso por esto, por un babélico pecado de superación se derrumbó un día la torre de la catedral, como si Dios tratara de expresar a los conquenses que ya las alturas quedaban sobradamente medidas para la celeste comunicación, sin peligro alguno de soberbia, aunque ésta fuera soberbia a lo divino.

Cuenca vive en éxtasis perpetuo. Se sueña a sí misma en cada luna. Sabe que está sola y alta, ciudad anacoreta que amaestra vientos y pastorea estrellas. El secreto de Cuenca lo saben, si es caso, sus dos ríos, el Júcar y el Huécar, que son como dos mastines imperturbables y humildes, guardianes del tesoro. Y el tesoro es su propia vida interior, injertada antaño en nombres universales, como el cardenal Gil de Albornoz, Alonso de Ojeda, Juan y Alfonso de Valdés, Melchor Cano, fray Luis de León. Es curiosa la coincidencia biográfica de fray Luis: viene a nacer en la misma tierra donde había muerto, peleando por su reina Isabel, el poeta y doncel Jorge Manrique; y va a morir en Madrigal de las Altas Torres, cuna de la reina Isabel. Parece como si quisiera perpetuarse en él una semilla poética, cebada con el mantillo más ilustre de la castellanía trascendente, que entiende a este mundo como un puente para el otro.

Cuenca está emparentada, consanguínea y cercanamente emparentada, con lo mejor de nuestros fastos. No hace mucho entregó una copia en plata de sus llaves a esa otra ciudad de Cuenca, del Ecuador, hija suya, pues por conquenses fué fundada en los primeros tiempos del Perú; cuando los Hurtados de Mendoza eran Caballeros Guisados de Caballo, guardianes de la serranía—según la noble institución creada por Alfonso VIII en el Fuero de Cuenca—, o cabalgaban y virreinaban en las provincias de las Indias. Pero Cuenca, vertida hacia lo épico, es, ante todo, una sinfonía lírica. Aunque la despojáramos de su historia, no la habríamos despojado de su biografía. Su encanto reside en ese vuelo inédito de su viento y de su piedra, de sus aguas y sus pinos, arrobados en su telúrica hecatombe.

Y con todo eso, Cuenca sonríe con la más civilizadora sonrisa, porque la mano de sus hombres hizo el prodigio de añadir a su natural espectáculo la heredad del espíritu. No he visto ciudad que menos se preste, por su temple secamente sincero, a la frivolidad de fáciles ironías. Y el caso es que a cuenta de ella se ha ironizado, con un cerril desconocimiento de su delicada enormidad artística y humana.

Cuenca está sobre toda bagatela. El cerro imponente en que se asienta, sábese que por las noches, cuando las campanas duermen, bajo la sola y agria música del viento y del río, celebra su himeneo, en plena luna de miel, con la Luna. Y así desde hace muchos siglos. Sólo que ésto no lo han dicho todavía—no lo habrán querido decir—los cronistas oficiales de la ciudad.

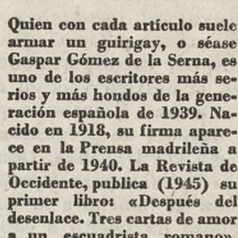
Capítulos del magnífico libro «El sendero enamorado». El Nacional, Madrid 1951 del que es autor Lope Mateo. Prosas de las tierras de España.

NUESTROS COLABORADORES

En los últimos números de MVNDO HISPANICO el exceso de original ha alterado una vieja norma de esta revista: ofrecer la síntesis biográfica de los colaboradores que por vez primera firman en nuestras páginas. Esta plural omisión queda salvada con esta plana, en la que aparecen las notas biográficas correspondientes a los numerosos escritores, periodistas y dibujantes que colaboraron por primera vez en los números 38 (dedicado a la mujer hispanoamericana), 39 (con tema central sobre el Museo Lázaro Galdiano), 40 (el de la réplica a «Life») y el 41, actual, que tienes, lector, en tus manos. MVNDO HISPANICO procurará salvar en lo sucesivo la aparición de estos bloques y dar con cada número el «curriculum vitae» de cada colaborador del mismo. Lo cual no quiere decir que nos asuste la presentación un tanto masiva, muestra, por otra parte, de la variedad y la renovación constante de firmas que ofrecen las páginas de esta revista y de la feliz abundancia de escritores y artistas en el ámbito español e hispanoamericano.



Desde las primeras «fotos» de los autogiros de La Cierva —cuando el autogiro aun no volaba—al reportaje gráfico del primer vuelo de la línea Madrid-París (1930), la firma de Portillo (Cristóbal Portillo de Robles) ha suministrado miles de instantáneas al periodismo español y extranjero. Portillo «debutó» en Murcia (donde nació, 1897), a los dieciséis años; pasó dos y medio en París, trabajó en Africa, Inglaterra, Francia e Italia, fué felicitado por Alfonso XIII—por una «foto»— y tiene el título de fotógrafo de Aviación Militar desde los veintiún años. Por su estudio madrileño han pasado la mayor parte de las figuras políticas, científicas, literarias y artísticas de la agitada vida española. «Portillo» es una institución en el Madrid de hoy.





Quien con cada artículo suele armar un guirigay, o séase Gaspar Gómez de la Serna, es uno de los escritores más serios y más hondos de la generación española de 1939. Nacido en 1918, su firma aparece en la Prensa madrileña a partir de 1940. La Revista de Occidente, publica (1945) su primer libro: «Después del desenlace. Tres cartas de amor a un escuadrista romano». Su segundo, «Libro de Madrid», se edita en 1949 y lleva el Premio del Ayuntamiento de la capital. Colabora en «ABC», de Madrid; ha publicado numerosos ensayos, es letrado de las Cortes Españolas, miembro del Instituto de Estudios Políticos y secretario de la revista «Clavileño», de la Asociación Internacional de Hispanistas, que se edita en la capital de España, etc., etc.



Entre la diplomacia y la literatura puede hallarse la eutrapelia, aunque Fernando Sebastián de Erice encontró asimismo en el «hinterland» las ciencias económicas. Nacido en Madrid (1906), y diplomático en 1932, con estancias en Túnez, Bayona, Marsella y Bruselas, es hoy consejero económico en el Consulado General de España en Tánger. En el ínterin, Fernando Sebastián de Erice ha publicado varios libros ingeniosos: «Con la caña de pensar», «Hojas de mi almanaque» y «Ceño y sonrisa de Tánger», así como infinidad de crónicas económicas, políticas y humorísticas en distintos periódicos españoles. De su «Ceño y sonrisa de Tánger» hemos tomado para MVNDO HISPANICO algunos de sus más brillantes y sugestivos capítulos.



Hombre de Ríobamba (Ecuador), donde nació, 1905, y andador de América, Gerardo Gallegos añadió a sus varios títulos académicos ecuatorianos el de graduado en periodismo en la Escuela «Márquez Sterling», de La Habana, donde reside hoy. Fué redactor, redactor-jefe y redactor volante en numerosos periódicos de Guayaquil, La Habana y Maracaibo; corresponsal de distintas agencias, etc., etc. Actualmente es colaborador de «Diario de la Marina» y «Carteles», de La Habana; de «Norte», de Nueva York; «La Nación» y «El Caribe», de Ciudad Trujillo, etc. Autor del trabajo que obtuvo el segundo premio en el II Concurso de Reportajes de «M. H.», G. G. es autor de varios libros, como «Eladio Segura», «El embrujo de Haití», «El puño del amo».



Gallego, de Orense—que no está mal—, Julio Prieto Nespereira, al que elogia Juana de Ibarbourou, es uno de los primeros aguafortistas españoles. En las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes, de Madrid, lleva esta carrera: 1926, 3.ª medalla; 1930, segunda medalla, y 1932, primera medalla. En 1931 se le concedió Diploma de Honor en la Iberoamericana de Sevilla; en 1933, el Premio «Duque de Alba» del Círculo de Bellas Artes, y en 1936, el Premio Nacional de Grabado. En 1934 viaja por Francia, Bélgica, Holanda e Inglaterra, pensionado por la Junta de Ampliación de Estudios, y poco después es nombrado profesor de Grabado Artístico en la Escuela Nacional de Artes Gráficas. Buenos Aires le invitó a exponer en 1929, 1947 y 1948.



La prosa serena de Antonio González y Martínez de Olaguibel la conocen los lectores de «M. H.» por la publicación de unos capítulos de su libro «Estampas Cartujanas», que anda por la tercera edición. Doctor en Derecho y Licenciado en Filosofía y Letras, A. G. es actualmente, y desde 1931, consejero delegado de «La Gaceta del Norte», de Bilbao. Ha dado infinidad de conferencias y publicado diversos libros, y en el último Congreso Internacional de la Prensa Católica, celebrado en Roma en 1950, fué elegido Vicepresidente del Comité Directivo de la Federación Internacional. Pertenece asimismo a la Comisión Permanente Internacional de Editores de Periódicos Católicos, y es organizador de la reunión que ésta celebrará en Bilbao en septiembre.



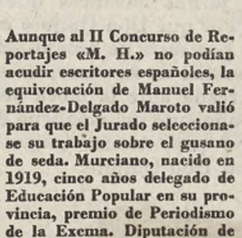
Nacido en Sevilla, en 1929, hijo del gran artista andaluz Santiago Martínez, Carlos Martínez Caro se encuentra actualmente en la Escuela Superior de Arquitectura, de Madrid, después de haber cursado las disciplinas artísticas en las Escuelas de Artes y Oficios de Sevilla y Madrid. Este joven colaborador de «M. H.», revista en que ha ilustrado distintos trabajos, es asimismo autor de ilustraciones de varios libros de poesía y de los aguafuertes de la edición para bibliófilos de los poemas de François Villon, publicados por la Editorial Hispalense. MVNDO HISPANICO se complace en augurar un franco éxito a la vocación artística de este gran coleccionador de Matrículas de Honor, obtenidas por sus valiosos trabajos.



Felipe Ximénez de Sandoval (n. en Madrid, 1903) ha abordado con éxito todos los géneros literarios, servidos por una pluma de estilista y una honda inquietud intelectual: la novela, el drama, el ensayo y la biografía. El autor de «Biografía apasionada de José Antonio» tiene hoy en prensa «El hombre y el loro» (novela) y una «Evocación de Cristóbal Colón». X. de S.—sólo o en colaboración— ha estrenado diez obras teatrales, y entre sus principales libros figuran «La piel de toro», «Diálogos de la Diplomacia», «Varia historia de ilustres mujeres» y «Antonio Alcalá Galiano», y ha colaborado y colabora en la mayor parte de los periódicos nacionales. Su última obra, no ha mucho publicada, ha obtenido un auténtico éxito de crítica y público.



Esa jungla impenetrable, que para muchos es la economía —con su teoría de guarismos y raíces cuadradas—, la domina sorprendentemente Emilio de Figueroa, doctor en Ciencias Económicas e intendente mercantil. Catedrático, por oposición, de Economía y Estadística, actualmente encargado de la cátedra Fomento de la Producción y del Comercio Nacionales, en la Escuela de Altos Estudios Mercantiles, de Madrid; profesor de Teoría Económica, en la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas, de la capital de España, Emilio de Figueroa es economista adscrito al Servicio de Estudios del Banco de España, miembro del Instituto de Economía «Sancho Moncada» y pertenece a la «Economic Society» (Universidad de Chicago).





Aunque al II Concurso de Reportajes «M. H.» no podían acudir escritores españoles, la equivocación de Manuel Fernández-Delgado Maroto valió para que el Jurado seleccionase su trabajo sobre el gusano de seda. Murciano, nacido en 1919, cinco años delegado de Educación Popular en su provincia, premio de Periodismo de la Excma. Diputación de Murcia en 1946 y 1951, ha publicado «Tres cartas en el bosque de Copxi», donde se recogen sus experiencias como soldado español en Rusia; «Elogio de la piedra» y «Pregón de Primavera», entre otros libros. Con temas casi siempre de su región, ha colaborado en numerosos periódicos españoles. Con esta su primera colaboración para M. H.; Delgado Maroto logrará suscitar el interés de nuestros lectores.



José de Rújula y Ochotorena, octavo Marqués de Ciadoncha, del Claustro Extraordinario de la Universidad de Madrid, es decano de los Reyes de Armas de España y Rey de Armas de Navarra, amén de director del Archivo Heráldico, correspondiente de la Real Academia de la Historia, académico de la Real de Jurisprudencia, caballero de la Orden Soberana de Malta, etc., etc. Por el viento hispanoamericano, el Marqués de Ciadoncha es académico de las Nacionales de la Historia de Venezuela y Ecuador y Colombiana de Jurisprudencia; de la de México, de la de Geografía e Historia de Guatemala. El Marqués de Ciadoncha pertenece asimismo al Instituto de Culturo Hispánica de Madrid. Es autor del artículo que aparece en la página 7 de este número.



Becario del Instituto de Cultura Hispánica, por el que vino a España para doctorarse en Derecho (y para casarse, que es otro doctorado), Jacinto Tello Johnson es licenciado en Filosofía y Letras y abogado, por la Universidad de San Marcos, de Lima. Quiere ya decirse que T. J. es peruano, y añadimos que nació en Supe en 1924. Y aun puede agregarse que explica Letras en la Unidad escolar «Melitón Carvajal», de Lima. Su artículo «Del valle a la puna»—que ya apareció en estas páginas—fué seleccionado entre los que se presentaron al II Concurso de Reportajes MVNDO HISPANICO, que, dicho sea entre paréntesis, ha constituído un gran y auténtico suceso, lo que confirma su bien ganado prestigio en las letras hispanoamericanas.



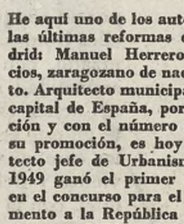
Castellano en su meollo y en su poesía—y nació en Salamanca, con una fecha clave: 1898—, Lope Mateo hizo sus licenciaturas sin salir de Castilla (Madrid y Valladolid) y publicó su primer libro de versos en 1922: «Ráfagas de la selva». Pero los «ismos» le quedan atrás y en él vale lo clásico y humanístico, o mejor, lo diáfano y castellano. A esta sustancia corresponden «Ojos claros, serenos» (poema dramático), «Última canción de Occidente», «Poemas de L. M.» y «Y el tiempo se hizo carne». Entre otros premios, L. M. tiene el del Milenario de Castilla, al que acudieron centenares de poetas, y el «Manuel Llorente», de la Real Academia Española. En este número de MVNDO HISPANICO damos dos capítulos de su último libro.



La colombiana Amira de la Rosa—de quien Gabriela Mistral dijo, en «La Nación», de Buenos Aires: «Criatura lujosa en el alma lograda, pieza del mayor precio entre las que estamos sobre los escaparates barrocos de este mundo»—lleva cinco años en Madrid realizando una admirable labor como agregado cultural de la Embajada de su país. Autora de varias obras de teatro, algunas estrenadas en la capital española, ha publicado también novelas y libros varios—lecturas para niños, poemas de maternidad, etc.—, servidos todos por un hermoso castellano, que la convierten en figura destacada en la literatura colombiana. Amira de la Rosa es una fignra que por su estilo se hace actualmente imprescindible en la vida intelectual madrileña.



La argentina María Elena Ramos Mejía, cadencia porteña e inquietud europea, hoy en el Viejo Continente, ha realizado una intensa labor literaria y periodística en Buenos Aires. En su lista de traducciones y prólogos para «Espasa-Calpe» podemos señalar «La cabra de oro», de Paul Arene; «Diario de mi vida» de María Bashkirtsef, etcétera, más «Frases», «Un libro» (libro de ensayos sobre viajes y recuerdos)..., M. E. R. M. tiene además dos novelas inéditas: «La tierra perdida» y «Campo alto». Ha colaborado en los periódicos bonaerenses «La Nación», «El Hoga» y «Atlántida», y en los madrileños «Correo Literario», «ABC» y «Semana». Prepara ahora una gran novela de neto ambiente porteño, que esperamos alcance un notable éxito.





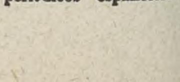
He aquí uno de los autores de las últimas reformas de Madrid: Manuel Herrero Palacios, zaragozano de nacimiento. Arquitecto municipal de la capital de España, por oposición y con el número uno de su promoción, es hoy arquitecto jefe de Urbanismo. En 1949 ganó el primer premio en el concurso para el monumento a la República Argentina, y en 1950 también el primer premio para el monumento a los Caídos, de Madrid. Entre las obras correspondientes a su cargo que se han realizado en la capital española, pueden señalarse las de la plaza de las Vistillas, plaza de Santa Ana, terminación de los jardines del Palacio Nacional, proyectos de grandes y espectaculares reformas nada menos que de la calle de Alcalá y de la Puerta del Sol.



El difícil quid de la caricatura política sabe alcanzarlo cotidianamente Joaquín de Alba (que no es otro que «Kin»), desde las páginas de «Arriba», de Madrid. La firma de «Kin» —quien nació andaluz de Cádiz, en 1912—ya apareció, punzante, en «Gracia y Justicia», en los tiempos de la República. Tras la guerra española, «Kin» es el caricaturista político del citado diario madrileño, a más de colaborar asiduamente en varios periódicos de provincias y en publicaciones de Filipinas y la República Dominicana. Una recopilación de sus trabajos ha sido editada recientemente para lectores de habla inglesa, con el título «La paz esa» («This peace»). Algunas de las magníficas caricaturas de esta obra aparecerá en MVNDO HISPANICO de septiembre.



Este experto en el amplio campo de la fotografía, Miguel Angel Basabe, madrileño, primero dibujante y delineante proyectista, ha jugado en todas las peripecias de la cámara. Operador-jefe de películas documentales durante diez años y con más de 150 «cortos», operador también en películas de largo metraje y en otras, asimismo de estudio, con destino a la televisión norteamericana, ha ganado diversos galardones por su labor, como el Primer Premio Nacional de Cinematografía Amateur (1944). Basabe ha sido profesor auxiliar de Optica y Cámaras en el Instituto de Investigaciones y Experiencias Cinematográficas, de Madrid, y colabora en la actualidad como repórter gráfico en los más importantes periódicos españoles.



Una Moderna
Joyería Cubana!



Vista interior lateral de la joyería.

En la populosa esquina de San Rafael y Aguila, en La Habana, se encuentra situada una moderna joyería cubana... "CUERVO Y SOBRINOS".

En las vidrieras de esta casa se puede admirar un extenso surtido de preciosas joyas y creaciones exclusivas, así como los famosos relojes Longines y Roskopf, de los cuales son distribuidores exclusivos para Cuba desde hace más de 70 años.

Fundada en el año 1862, ha acrecentado su prestigio debido a su honorable servicio y garantía en las joyas, platería y cristalería fina que vende. Su actual presidente es el Sr. Ricardo A. Rivón.



Vista exterior del edificio de Cuervo y Sobrinos.

